

EL MUNDO PERDIDO

SIR ARTHUR
CONAN DOYLE

CAPÍTULO 1

EL HEROISMO NOS CIRCUNDA

Su padre, el señor Hungerton, era la persona más falta de tacto sobre la tierra; de aspecto descuidado, charlatán, perfectamente afectuoso y absolutamente centrado en su propio, tonto ego. Si algo me hubiera podido alejar de Gladys, habría sido precisamente el pensar en tener tal suegro. Estoy convencido de que él creía firmemente que mis visitas a "Los Nogales" tres veces por semana no tenían otro objeto que gozar del placer de su compañía y muy especialmente, de escuchar sus opiniones acerca del bimetalismo, tema sobre el que estaba en camino de convertirse en una autoridad.

Aquella noche soporté durante más de una hora su monótono cloqueo sobre el valor nominal de la

plata, la depreciación de la rupia y los verdaderos patrones para el mercado cambiaron.

-Suponga usted -gritó con vana violencia- que todas las deudas del mundo fueran exigidas simultáneamente, y que fuera requerida su inmediata cancelación. ¿Qué sucedería en las presentes condiciones?

Le contesté que si eso se produjera yo quedaría arruinado, lo que provocó su enojo. Reprochándome mi falta de seriedad se incorporó violentamente y salió de la habitación para vestirse antes de concurrir a una reunión masónica.

¡Finalmente quedé solo con Gladys, y el momento decisivo de mi vida había llegado! Durante toda aquella velada me había sentido como el soldado que espera una señal que lo enviará rumbo a una misión desesperada, con la esperanza de la victoria y el miedo por el fracaso dominando alternativamente sus emociones.

Al sentarse Gladys, su delicado, orgulloso perfil se destacó contra el fondo rojo de la cortina. ¡Qué hermosa era... y qué distante parecía!

Tenía todas las cualidades femeninas. Todos los ornamentos del amor la caracterizaban; aquella delicada piel bronceada, casi oriental en su tonalidad,

el negrísimo cabello, los grandes ojos, los labios llenos, exquisitos. Pero yo había sido hasta entonces incapaz de despertar tal pasión. Esa noche estaba decidido a terminar con aquella situación inestable.

Lo peor que podría resultar sería que rehusara mi amor y era preferible ser un amante rechazado a un hermano aceptado.

Hasta aquí me habían llevado mis pensamientos, y en el momento en que estaba por romper el largo e incómodo silencio, dos ojos oscuros me miraron y la orgullosa cabeza se sacudió en sonriente desaprobación.

-Tengo el presentimiento de que estás por proponerme matrimonio, Ned. Deseo que no lo hagas, pues las cosas marchan mucho mejor como están actualmente.

-¿Cómo pudiste saberlo? -pregunté sorprendido.

-¿Acaso una mujer no lo sabe siempre? ¿Crees que una declaración de amor ha pescado desprevenida a alguna mujer, desde que el mundo es mundo?

¡Pero..., Ned! ¡Nuestra amistad ha sido hasta ahora tan agradable! Sería una pena que la arruinaras. ¿No ves que espléndido es que podamos conversar cara a cara y francamente en la forma en que siempre lo hemos hecho?

-No sé, Gladys. Puedo hablar cara a cara con... con el jefe de la estación, pero eso no me satisface. Quiero abrazarte, sentir tu cabeza sobre mi pecho... y, ¡oh, Gladys!...

Saltó en su silla al ver señales de que me proponía demostrarle algunas de las cosas que yo quería.

-Has arruinado todo, Ned. Era tan hermoso y natural hasta este momento... Es lamentable. ¿Por qué no pudiste controlarte?

-No es invento mío, sino de la Naturaleza. ¡Es el amor! -me defendí.

-Bueno, si ambos amáramos, tal vez sería diferente, pero yo no siento amor. Nunca lo he sentido.

-Pero... debes hacerlo, con tu belleza, con tu alma... Oh, Gladys, tú has sido hecha para amar. ¡Debes amar!

-Hay que esperar, Ned. Esperar hasta que llegue el amor.

-¿Y por qué no puedes amarme a mí, Gladys? ¿Es mi aspecto, o qué?

-No. No es eso. No eres vanidoso, de modo que puedo decírtelo tranquilamente. Se trata de algo más profundo.

-¿Mí carácter?

Asintió con expresión severa.

-¿Qué puedo hacer para modificarlo? Siéntate y conversemos.

Me miró con esa intrigada desconfianza que para mí significaba más que la anterior confianza cordial, y se sentó.

-Ahora dime qué sucede con mi carácter.

-Estoy enamorada de otro.

Esta vez fui yo quien saltó en su silla.

-Nadie en particular -explicó, riéndose de mi sorpresa-. Sólo un ideal..., un tipo de hombre que nunca he encontrado hasta ahora.

-Háblame de él. ¿Qué aspecto tiene?

-Oh... en ese sentido podría ser parecido a ti.

-¡Qué amable de tu parte decir eso! ... Entonces, ¿qué hace ese ideal tuyo que lo diferencia de mí? Dime tan solo una palabra: abstemio, vegetariano, aeronauta, teosofista, superhombre. Trataré de serlo si por lo menos me das una idea de lo que te agradaría.

Gladys rió nuevamente ante la elasticidad de mi carácter.

-Bueno... en primer término debe ser un hombre de acción, capaz de enfrentar a la muerte sin temores..., un hombre de grandes hechos y extrañas experiencias. No sería precisamente al hombre, a

quien amaría, sino a sus facetas de gloria, cuyos reflejos me iluminarían. Piensa en Richard Burton. Cuando leo la biografía que su esposa escribió puedo comprender que lo amara profundamente. ¡Y Lady Stanley! ¿Has leído ese maravilloso capítulo final de su libro sobre su esposo? Esa es la clase de hombres que una mujer puede adorar con toda su alma sin empequeñecerse. Por el contrario, su amor las engrandece haciéndolas merecedoras de honores como inspiradoras de nobles hechos...

-No todos podemos ser Stanleys o Burtons -le dije-. Además, no todos tenemos las oportunidades de llegar a serlo..., por lo menos yo nunca la tuve. Si se presentara alguna no la rehuiría.

-No, Ed. Las oportunidades nos rodean. Es el signo distintivo de estos hombres crear sus propias oportunidades. No trates de disminuir a mi ideal...

-Yo me siento capaz de hacer cualquier cosa por complacerte.

-Pero es que no debes hacerlo tan sólo por complacerte. Debe ser algo que realices porque no puedes evitarlo, porque es natural en ti, porque el hombre que hay en ti está ansioso por desarrollar una expresión de heroísmo. Por ejemplo, cuando describiste la explosión de carbón en Wigan el mes

pasado, debías haber bajado y ayudado a aquella gente a pesar del peligro.

-Es lo que hice.

-Nunca dijiste nada...

-No valía la pena. No hubo en ello nada de que vanagloriarse.

-Yo no sabía... -Me miró con cierto interés: Fue valiente de tu parte...

-Tenía que hacerlo, Gladys. Para poder escribir un artículo que merezca ser leído hay que estar en el sitio preciso en que suceden las cosas...

-¡Qué motivo tan prosaico! Destruye todo el romance... No obstante, cualquiera haya sido la razón que tuviste para hacerlo, me alegro de que hayas bajado a aquella mina.

Me dio la mano, pero con tal dulzura y dignidad que lo único que atiné a hacer fue inclinarme y besarla.

-Es posible que yo sea una muchacha tonta, con fantasías de niña, pero todo esto es parte de mí misma. No puedo hacer nada en contra de estos ideales. El día que me case, será con un hombre famoso.

-¿Y por qué no? Mujeres como tú son las que impulsan a los hombres. Dame una oportunidad y ve-

rás cómo me desempeño. Además, como tú dices, los hombres deben crear sus oportunidades y no esperar que les caigan del cielo. Mira a Clive... tan sólo un empleado, y conquistó la India. ¡Por Dios, que todavía el mundo debe ver mis hazañas!

Mi repentina efervescencia irlandesa la hizo reír.

-Claro que sí. Tienes todo lo que puede necesitar un hombre: juventud, salud, educación, energía. Lamenté que hubieras hablado pero ahora me alegro, ya que nuestra conversación ha despertado en ti estos deseos.

-¿Y si llego a...?

El tibio terciopelo de sus dedos cerró mis labios.

-Ni una palabra más, caballero. Hace media hora que tendrías que estar en tu oficina. Algún día, tal vez, cuando hayas ganado tu puesto en el mundo, hablaremos nuevamente de esto.

Y así fue cómo me encontré aquella tarde de invierno corriendo tras un tranvía con mi corazón quemándome por dentro, y con la firme determinación de no dejar transcurrir otro día sin haber encontrado alguna empresa que me hiciera digno de mi dama, sin imaginarme la increíble forma que esa hazaña estaba va tomando ni los extraños caminos por los que me llevaría.

Este primer capítulo podrá parecer innecesario al lector, pero de no haberse producido los hechos de que en él doy cuenta, este libro no habría llegado a escribirse. Solamente cuando un hombre enfrenta el mundo con la idea de que los hechos heroicos abundan a su alrededor, esperando ser emprendidos, y con un vivo, íntimo deseo de enfrentarse con ellos, puede romper la rutina en que vive y adentrarse en el maravilloso, místico país de ensueño en que esperan las grandes aventuras y las grandes recompensas.

Así fue cómo aquel día me encontraba en la oficina del "Daily Gazette" de cuyo personal era yo un insignificante engranaje, con la firme determinación de descubrir en qué hecho glorioso conseguiría hacerme digno de mi Gladys.

¿Era tan sólo dureza de corazón o egoísmo lo que la llevaba a pedirme que arriesgara mi vida para su propia exaltación? Pensamientos de tal índole pueden tenerse en la edad madura, pero jamás a los veintitrés años y dominado por la fiebre del primer amor.

CAPÍTULO 2

EL PROFESOR CHALLENGER

Siempre me gustó McArdle, el áspero editor de noticias, y en cierto modo esperaba caerle bien. Por supuesto, el verdadero jefe era Beaumont, pero vivía en la enrarecida atmósfera de sus alturas olímpicas desde donde no fijaba su atención en nada de significación menor que una crisis internacional o un resquebrajamiento en el Gabinete. A veces lo veíamos pasar en solitaria majestad rumbo a su santuario, sus ojos mirando inexpresivamente y su mente absorta en los Balcanes o el Golfo Pérsico. Estaba por arriba, y más allá de nosotros. Pero McArdle era su lugarteniente y la persona con quien nosotros nos entendíamos.

El viejo me saludó con un movimiento de cabeza cuando entré en su oficina, y empujó sus anteojos hacia arriba sobre su calva.

-Bien, bien, señor Malone. Según oigo, está usted progresando -me dijo con su suave acento escocés.

Agradecí su elogio y esperé que continuara.

-La explosión en la mina de carbón fue excelente. Lo mismo el incendio de Southwark. Tiene usted verdadera capacidad descriptiva. ¿Para qué quería verme?

-Para pedirle un favor.

Pareció alarmarse, y sus ojos rehuyeron los míos.

-¿Qué favor?

-¿Cree usted que sería posible enviarme a cumplir alguna misión para el periódico? Haría yo lo imposible por llevarla a buen término y presentar un artículo de real mérito.

-¿En qué tipo de misión está pensando, señor Malone?

-Y bien, algo en que exista peligro, aventura. Le aseguro que me esforzaré por cumplirla. Mientras más difícil, mejor para mis propósitos.

-Parece usted ansioso por perder la vida.

-Por justificarla, señor.

-Mi querido señor Malone, esto parece un poco romántico, exaltado. Me temo que este tipo de cosas pertenezcan al pasado. El costo de una de esas misiones especiales es, habitualmente, muy elevado para los resultados que de ellas se obtienen. Además, este tipo de tarea se asigna a hombres de experiencia, que cuentan con la confianza del público. Los espacios en blanco en los mapas ya están completos, y no queda sitio alguno para la aventura novelesca... ¡Espere! Hablando de espacios en blanco en los mapas ya están completos y no queda sitio alguno para la aventura novelesca... ¡Espere! Hablando de espacios en blanco en los mapas... ¿que opina de la idea de desenmascarar a un mentiroso, a un moderno Munchausen, y ponerlo en ridículo? ¡Usted podría ponerlo en evidencia como el fraude del siglo! ¿Le interesa?

-Cualquier cosa... en cualquier parte... no importa.

McArdle meditó en silencio durante unos minutos.

-Me pregunto si podrá usted siquiera conversar con el individuo. Usted parece tener cierta habilidad innata para establecer relaciones con la gente. ..., simpatía, supongo, o magnetismo animal, o vitalidad

juvenil. ¡Vaya uno a saber en qué consiste!, pero yo mismo tengo conciencia de ello cuando lo veo.

-Es usted muy amable, señor.

-Siendo así, ¿por qué no prueba suerte con el profesor Challenger?

Debo admitir que me sobresalté.

-¡Challenger! ¡El famoso zoólogo! ¿El hombre que le rompió el cráneo a Blundell, del "Telegraph"?

MeArdle sonrió, ceñudo.

-¿No le agrada la idea? Dijo usted que quería aventuras...

-Bueno..., todo es parte del oficio, señor
-contesté.

-Así es. Además, no creo que siempre sea tan violento. Pienso que Blundell lo abordó en mal momento, o de mala manera. Espero que usted tenga más suerte, o más tacto. Presiento que en este asunto hay algo como lo que usted está buscando, y que a la "Gazette" puede servirle.

-Realmente, debo admitir que no sé nada al respecto. Recordé su nombre solamente por su relación con los procedimientos judiciales por golpear a Blundell.

-Tengo algunas notas para guiarlo, señor Malone. He estado atento a los movimientos del profesor

durante cierto tiempo. Aquí tengo un resumen de sus datos. Sírvase.

Antes de guardar el papel en mi bolsillo lo leí rápidamente.

"Challenger, George Edward. Nacido en Largs 99 en 1863. Educación: Academia de Largs; Universidad de Edimburgo. Asistente del Museo Británico en 1892. Conservador Asistente del Departamento de Antropología Comparada en 1893. Renunció ese mismo año después de mordaz correspondencia. Ganador de la Medalla Crayston por Investigación Zoológica. Miembro Extranjero de -seguían casi cinco centímetros de escritura pequeña detallando sociedades científicas- Sociedad Belga, Academia Americana de Ciencias, La PlataR etc., etc. Ex presidente de la Sociedad Paleontológica. Asociación Británica, Sección H., etc., etc. *Publicaciones*: "Algunas Observaciones con Respecto a una Serie de Cráneos Kalmuck", "Bosquejo de la Evolución de los Vertebrados", y numerosos folletos, incluyendo "La Fundamental Falacia del Weissmannismo", que causó acalorada discusión en el Congreso de Zoología de Viena. "Pasatiempos: Caminatas. Alpinismo. Domicilio: Enmore Park, Kensington."

-Y bien, señor. ¿Qué ha hecho el profesor Challenger para que se considere de interés periodístico?

-Hace dos años fue a Sudamérica, solo. Regresó el año pasado. Sin lugar a dudas estuvo allí, pero rehusó indicar el sitio exacto. Comenzó a narrar sus aventuras, si bien en forma imprecisa, y cuando alguien señala ciertas lagunas en su relato se encerró en el más absoluto silencio. Algo maravilloso tiene que haberle sucedido... o es un mentiroso genial. Exhibió algunas fotografías averiadas, de las que se comentó que eran falsas. Se puso incómodo hasta el punto de que reacciona violentamente cuando le hacen preguntas, y arroja a los periodistas por las escaleras. En mi opinión es un megalómano homicida con un toque científico. He ahí a su hombre, Malone. Adelante con su labor y vea qué puede obtener. Es usted bastante crecido como para saber defenderse solo y, después de todo, puede estar tranquilo: lo cubre el seguro de accidentes del personal.

Con este último comentario, dio por terminada la entrevista.

Me encaminé al Savage Club, pero en lugar de entrar inmediatamente me detuve un rato, apoyado

en la baranda de la Terraza Adelphi mirando hacia el río. Pienso con mayor lucidez al aire libre. Extraje del bolsillo la lista de los merecimientos del profesor y la releí lentamente a la luz de la lámpara de la calle. Repentinamente tuve lo que considero una inspiración: como hombre de la prensa debía desechar la idea de obtener una entrevista con el profesor Challenger, pero este detalle, varias veces comentado en su biografía esquemática, sólo podía indicar, a mi modo de ver, que el hombre era un fanático de la ciencia. ¿No habría por ese camino una brecha que lo hiciera accesible? Tendría que tratar de encontrarla.

Entré en el club. Era un poco más tarde de las y el gran salón estaba bastante concurrido, si bien todavía no había llegado el momento en que la asistencia habitual se colmara. El hombre que andaba buscando se encontraba sentado en un sofá, cerca del hogar. Era Tarp Henry, del personal de "Naturaleza".

Me senté a su lado y sin más preámbulos le consulté sobre lo que me había llevado.

-¿Qué sabes del profesor Challenger?

Levantó las cejas con científica desaprobación antes de responderme.

-¿Challenger? Es ese hombre que vino de Sudamérica contando un increíble cuento sobre ciertos extraños animales... Creo que posteriormente se retractó. Por lo menos, dejó de repetir su historia. Concedió una entrevista a la gente de Reuter y el tumulto que ello provocó le demostró claramente que nadie le creería. Es un asunto completamente inadmisibile. Creo que una o dos personas estaban inclinadas a creerle, pero él mismo se encargó de alejarlas de su causa.

-¿De qué manera?

-Con su insufrible rudeza y su imposible comportamiento. Uno de ellos, por ejemplo, el bueno de Wadley, del Instituto Zoológico, le envió un mensaje: "El Presidente del Instituto Zoológico presenta sus respetos al Profesor Challenger y le ruega quiera brindarle el honor de concurrir a la próxima reunión del Instituto, lo que considerará como un favor personal". La respuesta de Challenger no puede ser impresa.

-¡Increíble!

-Así es. Una versión suave de la misma podría ser: "El Profesor Challenger presenta sus respetos al Presidente del Instituto Zoológico, y considerará un favor personal que se vaya al diablo".

-¡Buen Dios!

-Sí. Creo que eso fue lo que dijo Wadley. Recuerdo sus lamentaciones en la reunión. Su discurso comenzó: "En cincuenta años de experiencia en el intercambio de conocimientos científicos..." El pobre hombre estaba destrozado.

-¿Algo más que puedas decirme sobre Challenger?

-Bueno. Sabes que mi campo de actividad es la bacteriología, pero en reuniones científicas he oído comentarios sobre él. Es uno de esos hombres que no pueden ser ignorados. Inteligente, lleno de fuerza y vitalidad, pero pendenciero, maniático e inescrupuloso. Ha llegado incluso al extremo de presentar fotografías falsas relacionadas con su expedición a Sudamérica.

-¿En qué consiste su manía?

-Tiene miles; pero la última está relacionada con Weissmann y la Evolución. Tuvo una terrible discusión en Viena, al respecto.

-¿Puedes contarme algo sobre eso?

-No recuerdo los detalles, pero en la oficina tengo archivada una traducción de lo sucedido. Si vienes conmigo te la facilitaré.

-Por supuesto, siempre que no te resulte demasiado tarde. Eso es exactamente lo que necesito para conseguir una vía por donde aproximarse a Challenger. Eres extraordinariamente gentil al ayudarme así.

Media hora más tarde estaba yo sentado en la oficina del periódico, con un gran libro abierto en una página en que se leía "Weissmann *versus* Darwin" y un subtítulo que indicaba "Vivas protestas en Viena. Reunión Efervescente". Mis escasos conocimientos científicos me impedían seguir el hilo de la cuestión, pero resultaba evidente que el profesor inglés había presentado su posición en forma agresiva, lo que molestó profundamente a sus colegas continentales. "Protestas" "Tumulto" y "Reclamo general ante la Presidencia del debate" fueron las tres primeras acotaciones que me llamaron la atención. No obstante, el resto de la descripción de la reunión estaba escrita en chino, o por lo menos eso parecía a mi pobre cerebro inculto.

-¿Podrías traducirme esto al inglés? -solicité a mi gentil colega.

-¡Si estás leyendo una traducción!

-Entonces probaré con el original en alemán. Tal vez tenga más suerte.

Tarp rió comprendiendo mi embarazo.

-Sí, la verdad es que resulta incomprensible para el lego.

-Así es. Si pudiera entender alguna frase sustanciosa, simple y definida me encontraría en condiciones de afrontar lo que me propongo... Aquí hay algo. Creo que entiendo lo que dice. Lo copiaré. Espero que sea este el camino que me permita conversar con el profesor Challenger.

-Me alegro. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

-Bueno..., sí. Me propongo escribirle. Si pudiera hacerlo desde aquí, en tu papel, le daría más carácter.

-Con lo que tendré aquí a Challenger dispuesto a promover un escándalo y destrozar el mobiliario.

-No, no. Te mostraré la carta. Te aseguro que no será como piensas.

-Y bien; aquí tienes mi silla y mi escritorio. Adelante. Pero, insisto, tendré que ver esa carta antes que salga de esta casa.

Me llevó tiempo y trabajo hacerlo, pero cuando terminé me enorgullecí de leer la carta a mi amigo.

"Estimado Profesor Challenger:

"En mi condición de humilde estudiante de la naturaleza, he experimentado siempre gran interés ante sus especulaciones sobre las diferencias entre Darwin y Weissmann. Recientemente tuve oportunidad de leer nuevamente su magistral exposición en Viena. No obstante mi admiración por su erudición, encuentro que una frase de la misma necesitaría ser reestructurada y, tal vez, modificada totalmente. Me refiero a sus comentarios que dicen: «Protesto abiertamente contra la insufrible y absolutamente dogmática aseveración de que cada id por separado constituye un microcosmos poseedor de una arquitectura histórica elaborada lentamente a través de incontables generaciones». ¿No cree usted también que esta aseveración es susceptible de ser modificada? Con su permiso, me agradecería tener una entrevista con usted, pues considero, que podría hacerle algunas sugerencias que sólo serían interpretadas en todo su valor en una conversación personal. De contar con su consentimiento, tendría el honor de visitarle el próximo viernes a las once de la mañana.

Al expresarle nuevamente mi profundo respeto por su obra, saludo a usted muy atentamente.

EDWARD D. MALONE".

-¿Qué te parece? -pregunté a Tarp con sonrisa triunfal.

-Si tu conciencia te lo permite... ¿Y qué piensas hacer?

-Entrar en su casa. Una vez en ella tal vez encuentre algún medio de obtener la entrevista. Incluso llegaré a confesarle abiertamente mi superchería. Si es que realmente tiene espíritu deportivo, se sentirá movido...

-Lo más probable es que sea él quien produzca el movimiento... Te hará falta una cota de mallas o, mejor aún, una buena armadura. Bueno, por esta noche ya no puedes hacer nada. Si Challenger se digna contestar, tendrás su respuesta el miércoles por la mañana. Aunque, por tu propio bienestar, espero que no sea así.

CAPÍTULO 3

UNA PERSONA ABSOLUTAMENTE INTRATABLE

Las esperanzas de mi amigo se vieron defraudadas. El miércoles recibí un sobre en el que aparecía mi nombre garrapateado con una escritura que recordaba alambres de púa. La carta que contenía expresaba:

"Muy señor mío:

He recibido su nota, en la que manifiesta apoyar mis puntos de vista, en cuyo sentido le aclaro que no necesito del apoyo suyo ni de nadie. Se atreve usted a emplear la palabra «especulaciones» en relación con mi manifestación sobre el Darwinismo, y considero necesario hacerle saber que utilizar tal palabra para calificar mis opiniones resulta ofensi-

vo. El contenido de su carta me convence, no obstante, de que usted ha pecado por ignorancia y falta de tacto, y no por malicia, lo que me predispone a desestimar estos agravios. De mi conferencia ha citado usted una frase aislada, y parece tener dificultades en comprenderla. Yo considero que únicamente una inteligencia subhumana podía fracasar en interpretarlo, pero si realmente necesita usted que amplíe la exposición consentiré en recibirlo a la hora que usted sugirió, si bien las visitas de cualquier índole me resultan altamente desagradables. En cuanto a su opinión de que podría yo llegar a modificar mis declaraciones, le hago saber que no es mi costumbre hacerlo, especialmente después de haber expresado una opinión que he madurado previamente. Le ruego exhiba el sobre de esta carta a mi mayordomo cuando venga, ya que él tiene que adoptar extremadas precauciones para protegerme de esos tunantes importunos que se llaman a sí mismos «periodistas».

" Saludo a usted muy atentamente,"
 GEORGE EDWARD CHALLENGER.

Así decía la carta que leí en voz alta a Tarp Henry. Su único comentario fue que le parecía haber

oído hablar de algo mejor que el árnica, y cuyo nombre no recordaba.

Eran casi las diez y media cuando recibí esta carta, y tuve que tomar un taxi para llegar a tiempo a la cita.

Abrió la puerta un sirviente de aspecto extraño, moreno y extremadamente delgado, que vestía chaqueta de cuero y polainas de color castaño. Supe después que era él chofer, que además de tales funciones cubría las vacantes ocasionales entre uno y otro mayordomo fugitivo. Al exhibir el sobre de la carta que me había enviado el profesor, me franqueó la entrada.

Lo seguí a lo largo de un corredor, donde fuimos interrumpidos por una mujer que salía de lo que después supe era el comedor. Era una dama de ojos oscuros, vivaz y de aspecto inteligente, cuya apariencia era más de francesa que de inglesa.

-Un momento, por favor. Usted espere aquí, Austin. Pase, señor. ¿Puedo preguntarle si ha tenido relaciones con mi esposo anteriormente?

-No, señora. No entonces le presento nuestras excusas por anticipado. Creo necesario advertirle que se trata de un hombre absolutamente intratable. Espero que, sabiéndolo, esté usted preparado para

hacer algunas concesiones. Si nota que se muestra inclinado a la violencia, salga rápidamente del cuarto. No trate de discutir con él. Muchos que lo intentaron sufrieron las consecuencias. ¿Supongo bien si estimo que no es sobre Sudamérica que quiere usted hablar con él?

-Sobre esto es -le dije. Nunca he podido mentirle a una dama.

-¡Por Dios! Ese es el tema más peligroso. Usted no creerá una palabra de lo que le diga, lo que no me sorprenderá. Pero no se lo diga. Finja aceptar sus informaciones; tal vez así consiga salir airoso del trance. Tenga siempre presente que él está convencido de lo que sostiene. Nunca hubo hombre más honesto que él. Ahora, apresúrese. Podría sospechar si demora usted más. De todos modos, si observa que se pone peligroso, realmente peligroso, haga sonar la campanilla y manténgalo alejado hasta que yo llegue. Por lo general, puedo controlarlo aun en sus peores momentos.

Con estas palabras de aliento, la señora aquella me dejó nuevamente en manos de Austin, que había permanecido esperando como si fuera una estatua de bronce.

Un suave golpe sobre una puerta, un mugido desde el interior, y me encontré frente al profesor Challenger. Estaba sentado en una silla giratoria tras una amplia mesa cubierta de libros, mapas y diagramas. Su apariencia me hizo contener la respiración. Esperaba encontrarme con un hombre poco corriente, pero nunca ante una personalidad tan subyugante como la suya. El tamaño de su cuerpo y su imponente presencia eran los principales factores del efecto que producía conocerle. Su cabeza era enorme, la más grande que recuerdo haber visto. Su cara y su barba hacían recordar a los toros de la escultura asiria, especialmente la barba, tan negra que por momentos daba reflejos azules, cuadrada y rizada, que se extendía hacia abajo sobre su pecho. Sus ojos de color azul grisáceo miraban desde la sombra de espesas cejas negras, con expresión clara, crítica y dominante. Sus hombros amplios y un pecho del tamaño de un barril era lo único que aparecía desde detrás del escritorio, esto y dos enormes manos cubiertas de largos vellos negros.

Tal fue mi primera impresión del notorio profesor Challenger.

-¿Y bien?...

Una insolente mirada acompañó su pregunta. Yo tendría que hacer que mi engaño se mantuviera por lo menos unos minutos más, pues de lo contrario era evidente que la entrevista ya había terminado. Con expresión de humildad extraje el sobre.

-Usted tuvo la amabilidad de concertarme una cita, señor.

-De modo que usted es el joven que no entiende la más simple frase en idioma inglés. De todos modos, comprendo que está de acuerdo con mis conclusiones generales, ¿verdad?

-¡Completamente, señor! -respondí enfáticamente.

-Eso me hace sentir mejor -comentó con ironía-. Y bien, señor mío, vayamos al grano, a fin de reducir la duración de su visita que no creo le resulte agradable a usted y es extremadamente molesta para mí. Usted cree que algunos comentarios suyos podrían tener relación con la proposición de mi tesis, ¿no es así?

Lo brutalmente directo de su interrogación hacía difícil evadirse, y necesitaba todavía esperar un poco antes de iniciar mi propia ofensiva. Mi ingenio irlandés me abandonaba precisamente en esos momentos en que tanto lo requería, y el profesor Cha-

llenger me urgía con sus fríos ojos clavados en los míos.

-Soy tan sólo un simple estudiante, apenas un poco más que un curioso. Pero creo que usted fue algo severo con Weissmann en este asunto. ¿No opina que la evidencia general desde entonces ha tendido a fortalecer su posición?

-¿Qué evidencia? -dijo con amenazadora calma en su voz.

-Bien, por supuesto, no hay ninguna evidencia definida. Me refería tan sólo a la orientación de la opinión actual y al punto de vista científico general.

Se inclinó hacia adelante con expresión severa.

-Supongo que le consta a usted que el índice craneal es un factor constante, ¿no es así?

-Naturalmente -contesté.

-¿Y que la telegonía está aún bajo juicio?- continuó, llevando la cuenta de los distintos argumentos con los dedos de su mano.

-Sin lugar a dudas.

-¿Y que el plasma del germen es diferente del huevo partenogenético?

-¡Por supuesto! -exclamé, asombrándome de mi propia audacia.

-¿Y qué prueba eso? -prosiguió el profesor con voz suave, persuasiva.

-¡Ah, en verdad! ¿Qué prueba eso?-murmuré.

-¿Quiere usted que se lo diga? -su voz tenía matices invitantes.

-Sí, por favor.

El susurro se convirtió nuevamente en el rugido inicial.

-¡Prueba que usted es el más audaz impostor de Londres! ¡Que usted es un vil periodista..., un reptil que sabe tanto de ciencia como de decencia!

Se había incorporado de un salto, con los ojos inyectados de loca rabia. Aún en aquel momento de tensión me llamó la atención el descubrir que no era un hombre alto, ya que su cabeza quedaba debajo de la altura de mis hombros..., un Hércules incompleto cuyo desarrollo se había limitado a ancho, profundidad y cerebro.

-¡Tonterías y nada más que tonterías! Eso es lo que le estuve diciendo. ¡Únicamente tonterías con sabor a ciencia! ¿Creyó que podría usted medirse en astucia conmigo? Usted..., ¿con su cerebro de nuez? Ustedes..., infernales escribientes, se creen omnipotentes. Han perdido todo sentido de proporción. No son otra cosa que globos inflados. Pero yo los

he de poner en su lugar. Sí, señor. No podrán ustedes ganarle a G. E. Challenger. Ha perdido usted partida, señor Malone. Jugó usted a un juego muy peligroso y ha perdido.

-Mire, profesor. Puede usted ser todo lo insultante que quiera, pero no le permitiré que me ataque.

Yo había retrocedido hasta la puerta, y la abrí mientras decía eso. El profesor se aproximaba caminando amenazadoramente y se detuvo, con sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

-¿No? Ya he echado a varios de ustedes de mi casa. Usted será el cuarto o el quinto, no estoy muy seguro ahora. Por qué razón cree usted ser diferente de los demás de su fraternidad, es algo que no alcanzo a comprender.

Reasumió su amenazador avance. Pensé en huir, pero me resultaba demasiado ignominioso. Además, comenzaba a estimular mi ánimo un cierto deseo de poner las cosas en su lugar, de concluir con las bravatas de este hombre. Al comenzar la entrevista mi posición había sido falsa, de acuerdo, pero las amenazas del profesor me daban derecho a defenderme.

-Le aconsejo no ponerme las manos encima, profesor. No se lo permitiré.

-¿No me diga?

Una torcida sonrisa elevó la punta de su bigote a la vez que mostraba sus blancos incisivos.

-¡No se comporte como un tonto, profesor! Peso más de noventa kilos, me encuentro en perfectas condiciones físicas y juego como centro tres cuartos todos los sábados para el equipo irlandés de Londres. No soy el hombre...

En aquel momento Challenger arremetió. Fue una suerte que la puerta estuviera abierta, pues de otro modo la hubiéramos destrozado. Rodamos por el pasillo, donde de algún modo, que todavía ignoro, se nos enredó una silla. Pasamos por la puerta principal, que el vigilante Austin había abierto para nosotros, y, tras un salto mortal con el que traspusimos los escalones de entrada, caímos en la vereda. La silla se destrozó, y nosotros rodamos hasta la alcantarilla, donde nos separamos. Challenger se incorporó balanceando sus puños y resoplando como un asmático.

-¿Ya tiene suficiente?

-¡Maldito prepotente, le enseñaré! -grité mientras comenzaba a levantarme.

En esos momentos, se nos aproximó un policía, libreta en mano.

-¿Qué sucede? Deberían avergonzarse ustedes.
¿Qué ha pasado aquí?

-Este hombre- me atacó -dije.

-¿Es cierto eso? -consultó el policía a Challenger,
que respiró violentamente, pero no contestó.

-Por lo que recuerdo, no es la primera vez
-continuó el agente-. El mes pasado tuvo usted dificultades por el mismo motivo. Ha golpeado fuertemente a este hombre. Mire ese ojo. ¿Formulará usted la denuncia, señor?

Para ese momento, yo ya me había aplacado.

-No, no lo haré.

-¿Cómo?...

-Fue culpa mía. Me entrometí no obstante su aviso.

El policía cerró la libreta.

-Bueno; que no se repitan estas situaciones
-reconvino al profesor, y, volviéndose al grupo de gente que nos había rodeado, los instó a circular.

El profesor me miró y en el fondo de sus ojos me pareció observar una chispa de humor.

-¡Sígueme, que todavía no he terminado con usted!

Su acento era siniestro, pero de todos modos lo seguí. Austin cerró la puerta tras nosotros, sin decir palabra.

CAPÍTULO 4

ALGO SORPRENDENTE

Apenas entramos, la señora de Challenger salió furiosa del comedor y cerró el paso a su esposo, como una gallina airada frente a un bulldog. Era evidente que había presenciado mi apresurada salida, pero no mi regreso.

-George, eres un bruto. Has lastimado a ese joven.

El señaló hacia atrás con el pulgar.

-Aquí lo tienes, sano y salvo.

-Lo siento, no lo había visto.

-Le aseguro señora que todo está bien.

-¡Le ha dejado marcas en la cara! ¡George, eres un bruto! Nada más que escándalo durante todas las

semanas. Todos te odian y se ríen de ti. Has agotado mi paciencia...

Challenger murmuró algo sobre la ropa sucia en público.

-¡No es ningún secreto! -gritó la señora-. ¿Crees que no lo sabe ya todo el mundo? ¿No sabes que todos están hablando de ti? ¿Dónde está tu dignidad? La dignidad de un hombre que debería ser profesor en una gran universidad, con miles de estudiantes atendiéndole reverentemente... ¿Dónde está tu dignidad, George?

-¿Y la tuya, querida?

-Me pides demasiado. No eres más que un rufián, pendenciero y prepotente.

-Basta, Jessie, por favor.

-¡Un rufián prepotente y gritón!

-¡Suficiente! Tendré que ponerte en penitencia.

Para mi sorpresa, el profesor se inclinó y, levantando a su esposa, la sentó sobre un pedestal de mármol negro que adornaba un rincón del cuarto, que tenía no menos de dos metros de alto y era tan delgado que apenas podía ella mantener el equilibrio. No recuerdo haber visto nada tan ridículo como aquella pobre mujer allá arriba, con la cara

convulsionada por la ira, los pies balanceándose y el cuerpo rígido por miedo de caer.

-¡Déjame bajar!

-Pídelo por favor.

-¡Bruto! ¡Déjame bajar!

-Venga conmigo al estudio, señor Malone.

-Realmente, señor... -dije, mirando a la dama.

-Aquí lo tienes al señor Malone intercediendo por ti, Jessie. Di "por favor" y te bajo.

-¡Bruto! ¡Eres un bruto! ¡Por favor, por favor!

La bajó con el mismo esfuerzo como si hubiera sido un canario.

-Debes controlar tu comportamiento, querida. El señor Malone es un hombre de la prensa. Para mañana aparecerá todo en su diario y venderá por lo menos una docena más entre nuestros vecinos. "Extraña historia entre la alta sociedad". Porque realmente estabas alta sobre el pedestal, ¿no es así? No olvides que el señor Malone, como todos los de su gremio, viven de eso. Son todos comedores de carroña, ¿verdad, señor Malone?

-¡Es usted absolutamente intolerable! -dije airadamente, lo que le hizo rugir de risa.

-Pronto tendré que enfrentarme con una coalición -comentó mirándonos, alternativamente, a su esposa y a mí.

Luego cambió repentinamente de tono.

-Disculpe este frívolo bromeo familiar, señor Malone. Le pedí que regresara con un propósito mas serio. Ahora, mi pequeña mujer, vete. Déjanos a solas. Tienes absoluta razón en lo que dices. Yo sería un hombre mejor si siguiera tus consejos, pero dejaría de ser George Edward Challenger. El mundo está lleno de hombres mejores y hay un solo G. E. C.

Se despidió de ella con un afectuoso y resonante beso, que me produjo aún más embarazo que su anterior violencia, y volvimos al estudio del que tan tumultuosamente habíamos salido unos minutos antes. El profesor cerró cuidadosamente la puerta, me invitó a ocupar un sofá y me convidó con cigarrros.

-Auténticos "San Juan Colorado". La gente excitable como usted necesita de cualquier narcótico. ¡Cielos! ¡No lo muerda! Córtelo con suavidad. Ahora póngase cómodo y escuche. Escuche atentamente a todo lo que yo le diga y, si se le ocurriera algún

comentario, resérvelo para un momento más oportuno. Por ahora, escuche en silencio.

"Ante todo, le aclararé el motivo de admitirlo nuevamente en mi casa después de su merecida expulsión. Me llevó a hacerlo su respuesta a aquel oficioso agente de policía, en la que me pareció observar buena disposición de su parte; mejor disposición, por supuesto, de la que estoy acostumbrado a asociar con la gente de su profesión. Al admitir que el incidente era culpa suya, dio usted prueba de cierta actitud mental y amplitud de miras que atrajeron favorablemente mi atención. La subespecie de la raza humana a la que usted tiene la desgracia de pertenecer ha estado siempre por debajo de mi horizonte mental. Usted, en cambio, llegó a elevarse hasta aparecer en mi plano de interés, y es por eso que le invité a regresar, dispuesto a ampliar mi conocimiento de usted... Puede dejar caer las cenizas en esa bandejita japonesa que está sobre la mesa de bambú a su izquierda.

Dijo todo esto en el tono con que un profesor se dirige a sus alumnos, se interrumpió para buscar algo entre la maraña de papeles que cubría su mesa de trabajo y, mostrándome un ajado cuaderno de apuntes, continuó:

-Voy a contarle algo de Sudamérica. Le ruego no haga ningún comentario hasta que yo termine. Ante todo, quiero que quede perfectamente aclarado que nada de lo que le diga será repetido al público, salvo que yo lo autorice expresamente, y es muy probable que jamás llegue yo a autorizarlo. ¿Entendido.

-Es difícil de prometer. Con toda seguridad...

-Eso es todo -me interrumpió-. Tenga usted muy buenos días.

-¡No, no! -grité-. Me someto a cualquier condición, ya que no me queda otra alternativa...

-Así es. No tiene otra.

-Entonces, lo prometo.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de horror.

Me miró con expresión de duda en sus ojos insolentes.

-Pensándolo bien, ¿qué sé sobre su honor?

-¡Por Dios! -exclamé irritado-. Jamás en mi vida he sido insultado así. ¡Se está tomando usted demasiadas libertades conmigo!

Mi explosión pareció interesarlo, más que molestarlo.

-Cabeza redonda, braquicéfalo -murmuró-. Ojos grises, cabellos negros, con sugerencias de negroide. ¿Céltico?

- Soy irlandés, señor.

-¿Irlandés irlandés?

-Así es.

-Eso lo explica todo. Veamos, usted me ha dado esa promesa de que mis confidencias serán respetadas. Tales confidencias no serán completas; todo lo contrario, pero le daré algunas informaciones que resultarán de interés. En primer lugar, sabrá usted que hace dos años hice un viaje a Sudamérica, un viaje que llegará a ser clásico en los anales de la historia de la ciencia en el mundo, y cuyo objeto fue verificar algunas conclusiones de Wallace y Bates, lo que únicamente podía lograr observando los hechos que ellos indicaron, bajo las mismas condiciones en que ellos mismos los habían observado. Si mi expedición no hubiera tenido otros resultados que esas observaciones, hubiera merecido igualmente ser tenida en cuenta, pero me ocurrió un extraño incidente que me impulsó a iniciar una investigación totalmente diferente de la que me proponía efectuar.

"Sabrá usted -continué- que ciertas regiones de la cuenca del Amazonas se encuentran exploradas

parcialmente apenas, y que gran numero de tributarios del gran río ni siquiera figuran en los mapas. Mi propósito era visitar estas regiones y examinar su fauna, con lo que obtuve material para varios capítulos de ese monumental trabajo de zoología que será la justificación de mi paso por el mundo. Me encontraba ya de regreso, cumplida mi tarea, cuando tuve la ocasión de pasar una noche en una pequeña aldea indígena situada en la confluencia de cierto tributario del Amazonas cuyo nombre me reservo. Se trataba de una población de indios Cucama, una raza amistosa pero degradada, cuya capacidad mental es apenas superior a la de un londinense medio. En mi anterior visita a la tribu, cuando subí el curso del río, efectué algunas curaciones, y de este modo se vieron tan impresionados por mi personalidad que no me sorprendió que esperaran ansiosamente mi regreso. Por sus gestos supuse, justificadamente, que se necesitaban mis servicios médicos. El jefe me guió a una de las chozas, en las que se encontraba el hombre enfermo que, según alcancé a comprender, había fallecido en ese preciso instante. Me sorprendió grandemente observar que no se trataba de un nativo, sino de un hombre blanco, en realidad, un hombre muy blanco, con cabe-

llos pajizos y algunas de las características de un albino. Vestía harapos y mostraba evidentes señales de haber vivido momentos penosos recientemente. Por lo que pude entender de las narraciones de los nativos, era la primera vez que aparecía en esa región, y había llegado a la aldea cruzando la selva, solo y absolutamente agotado por la fatiga. Sobre el piso estaba la mochila del difunto, cuyo contenido examiné. Su nombre, según una tarjeta adherida al interior de la maleta, era Marile Vffiite, domiciliado en Lake Avenue, Detroit, Michigan. Un nombre que pronunciaré siempre con el mayor respeto. Los efectos que contenía la mochila lo indicaban como artista y poeta en busca de efectos. No me considero un juez capaz para tales cosas, pero su poesía, según los ejemplos que allí había, era deficiente, y lo mismo puedo decir de los dibujos que llevaba, compartiendo el espacio desocupado de la mochila con una caja de pinturas, algunos pinceles, ese hueso curvo que puede usted ver en mi tintero, un revólver barato y algunas balas. Si alguna vez tuvo ropas y efectos personales, los había perdido en el viaje, pues todo lo que he nombrado constituía la riqueza total de ese extraño bohemio americano. Ya me estaba por alejar de su lecho de muerte, cuando ob-

servé que algo asomaba entre los harapos de su chaqueta. Era este libro de apuntes, que estaba entonces tan arruinado como lo ve usted ahora. Puedo asegurarle que esta reliquia ha recibido de mis manos mayores cuidados que si se tratara de un manuscrito de Shakespeare. Tómela, le ruego estudie su contenido y examine lo que allí encuentre.

Me entregó el libro y se apoyó en el respaldo de su sillón, estudiando a través del humo de su cigarro el efecto que el libro me producía.

Yo había abierto el volumen esperando una revelación, si bien no podía imaginar de qué naturaleza sería. La primera página me desilusionó en cierto modo, ya que sólo contenía el retrato de un hombre muy gordo, con la indicación "Jimmy Colver en el vapor-correo". Seguían varias hojas con pequeños bosquejos de indios y sus actividades, estudios de mujeres y niños, y luego una serie ininterrumpida de dibujos de animales con explicaciones tales como "Manatí en un banco de arena" "Tortugas y sus huevos", "Agustín negro bajo una palmera" y, finalmente, una doble página de estudios de desagradables saurios. Nada de lo que había visto me resultaba de significación especial. Levanté mis ojos del libro y miré al profesor.

-Me parece que éstos son cocodrilos. ¿Es así, profesor?

-Yacarés. No existe un verdadero cocodrilo en América del Sur. La diferencia...

-Lo que quiero decir es que no veo nada extraño... que justifique lo que usted me dijo.

-Mire la página siguiente -comentó, sonriendo suavemente.

Así lo hice, pero mi indiferencia continuó. Se trataba de un paisaje, bosquejado apenas y con ciertas sugerencias de colores, a manera de gula para un posterior cuadro, más elaborado. Había allí un primer plano de claro color verde con vegetación tenue, que se elevaba en una pendiente hasta una línea de farallones de oscuro color rojo, con extraños estratos que me hacían recordar ciertas formaciones basálticas. En un extremo aparecía una piedra aislada, de forma piramidal y coronada por un gran árbol, y a la que una hendidura no muy ancha, a juzgar por el dibujo, separaba del risco principal. Detrás de todo esto, un azul cielo tropical. En la página siguiente aparecía otra acuarela del mismo lugar, pero dibujada desde más cerca, con lo que los detalles eran más visibles.

-¿ Y bien?

-Sin duda es una curiosa formación -repuse pero no sé bastante de geología como para decir que sea algo de maravilla.

-¡Maravilla! -repitió Challenger-. Es algo único. Es increíble. Nadie en el mundo soñó siquiera en la posibilidad de que exista algo así. Ahora mire la página siguiente.

Así lo hice, y no pude contener una exclamación de sorpresa al ver allí dibujada la criatura más extraña que hubiera visto en mi vida. Era el salvaje sueño de un fumador de opio, la visión de un delirio. La cabeza recordaba a la de un ave; el cuerpo, al de un lagarto hinchado; la larga cola estaba erizada de púas y el curvo lomo presentaba un borde serrado, que hacía pensar en muchas crestas de gallo alineadas. Frente a este animal aparecía un absurdo muñeco, un diminuto enano de forma humana, que lo observaba.

-¿Qué opina ahora? -fue la pregunta del profesor Challenger, que frotaba sus manos con expresión triunfal.

-Es monstruoso..., grotesco.

-De acuerdo. Pero, ¿qué fue lo que llevó a White a dibujar tal animal?

-Gin barato, supongo.

-¿Es esa la mejor explicación que se le ocurre?

-Bueno..., ¿cuál es la suya?

-La razón obvia es que tal criatura existe. Que en verdad fue dibujada del natural.

Lo único que impidió que riera a carcajadas fue el recuerdo de nuestra anterior lucha.

-Tiene usted razón -comenté en el tono de quien sigue la corriente a un bobo-. No obstante, debo confesar que esta pequeña figura humana me intriga. Si se tratara de un indio, podría considerarse evidencia de que en América existe una raza de pigmeos, pero por lo que puedo ver es un europeo con casco de corcho.

-¡Realmente, usted llega ya al límite! -resopló el profesor-. ¡Excede lo que considero probable! ¡Parálisis cerebral! ¡Inercia mental!

Resultaba demasiado absurdo para irritarme. Enojarse con un hombre como Challenger era una pérdida de energía, pues tendría uno que estar airado todo el día. Me reduje a sonreír tímidamente a la vez que comentaba que lo que me había llamado la atención era la pequeñez del hombre.

-¡Mire esto! -gritó señalando el dibujo con su índice, que hacía pensar en una gruesa salchicha con vellos-. ¿Ve esta planta detrás del animal? ¿Piensa

usted que es un brote de repollo? ¡Es una palmera! ¡Una palmera de una especie que mide más de quince metros de alto! ¿No comprende que el hombre fue incluido en ese dibujo deliberadamente? No pudo haber permanecido delante de esa bestia y vivir después para dibujarlo. Se dibujé a sí mismo para incluir un elemento de tamaño, conocido y dar así una escala que permitiera juzgar las demás dimensiones. White medía aproximadamente un metro setenta centímetros. La palmera es diez veces más alta, que es realmente lo que cabría esperar.

-¡Cielo santo! -exclamé-. Entonces usted opina que esa bestia... ¡Caramba! ¡La estación de Charing Cross apenas resultaría una casilla para tal animal!

Di vuelta más hojas, pero eso era todo. Ya no aparecían más dibujos en todo el libro. Seguía sin convencerme del punto de vista del profesor.

-Pero con toda seguridad que toda la experiencia del ser humano no puede ser dejada de lado contando tan sólo con lin simple bosquejo, dibujado por un artista vagabundo que pudo haberlo hecho bajo el influjo de drogas, en el delirio de la fiebre o simplemente para satisfacer su imaginación enfermiza. Como hombre de ciencia no puede. usted defender una posición tan débil.

Por toda respuesta, el profesor extrajo un libro, que me alcanzó por sobre la mesa.

-Aquí tiene un excelente trabajo de mi docto amigo Ray Lankester. Puede ver esta ilustración, que le interesará. Lea, por favor, la inscripción al pie: 'Probable apariencia, en vida, del Etegosauro del período Jurásico. La pata posterior es dos veces más alta que un hombre adulto". ¿Qué opina de eso?

Me sorprendí al mirar aquella ilustración. En esta reconstrucción de un animal perteneciente a un mundo desaparecido, había realmente gran similitud con el bosquejo del artista desconocido.

-Realmente notable -comenté.

-Pero aun así, no admite que sea una prueba definitiva, ¿verdad?

-Concordará conmigo, profesor, en que puede tratarse de una coincidencia. Bien pudo ser que el americano había visto un dibujo como éste, y es probable que la imagen se le presentara en algún delirio.

-De acuerdo -dijo indulgentemente el profesor-.

Lo dejaremos como está. Ahora le ruego que mire esto.

Me entregó el hueso que anteriormente me había indicado como parte de las cosas que tenía en su

poder el dibujante. Medía aproximadamente quince centímetros de largo, era algo más grueso que mi pulgar, y en uno de sus extremos se veían rastros de cartílagos muertos.

-¿A qué animal conocido puede pertenecer este hueso? -fue la pregunta de Challenger.

-Podría ser una clavícula humana muy gruesa.

Mi interlocutor agitó la mano en ademán de despectivo rechazo.

-La clavícula humana es curva, mientras que este hueso es recto. Además, hay aquí una muesca que prueba que sobre él corría un gran tendón, lo que no se produce en una clavícula.

-Debo confesar que no sé, entonces, de qué se trata.

-No debe avergonzarse de admitir su ignorancia, pues no creo que en todo el personal del Hospital de Kensington pueda haber quién lo sepa.

Tomó entonces un pequeño hueso, aproximadamente del tamaño de un poroto, y continuó su disertación:

-Hasta donde llegan mis actuales conocimientos, este hueso humano es el equivalente del que tiene usted en su mano. Esto puede darle una idea del tamaño de la bestia a que, pertenece.

-Tal vez un elefante... -aventuré.

-¡No, por Dios! ¡No hable de elefantes en Sudamérica!

-Bueno... Algún gran mamífero sudamericano... Un tapir, por ejemplo.

-Admitirá usted, mi joven amigo, que domino los elementos relacionados con mi profesión. Este hueso no pertenece a un tapir, ni a ningún otro animal conocido por los zoólogos. Corresponde a una bestia muy grande, muy fuerte, y en consecuencia, muy temible. Un animal que existe actualmente pero aún no ha sido debidamente observado por los científicos. Observe que el cartílago que aparece en ese hueso indica que no se trata de un espécimen fósil, sino que es reciente. ¿No está aún convencido?

-Admito que, por lo menos, -estoy profundamente interesado.

-Entonces su caso rio es desesperado. Espero que con un poco de paciencia conseguiré de usted una reacción inteligente. Dejemos por ahora al americano desaparecido y continuemos con mi narración. Se imaginará que difícilmente podía yo dejar el Amazonas sin investigar más a fondo el asunto. Dado que no había ningún tipo de comentarios sobre la dirección que había seguido el viajero, tuve

que guiarme por las leyendas indígenas, teniendo en cuenta rumores que corren entre las tribus ribereñas sobre la existencia de una extraña tierra. ¿Oyó usted hablar alguna vez de Curupuri?

-Jamás.

-Curupuri es el espíritu de los bosques, algo terrible y malévolos que debe ser rehuido. Nadie ha descrito nunca su forma o naturaleza, pero el solo nombre inspira terror a lo largo del Amazonas. Todas las tribus concuerdan en cuanto a la aproximada dirección en que Curupuri habita, y es la misma desde la que vino el viajero americano. Algo terrible existe en la región y me propuse averiguarlo.

-¿Que hizo usted?

Toda mi impertinencia había ya desaparecido. Este hombre imponente absorbía mi atención e inspiraba respeto.

-Conseguí vencer la resistencia de los nativos, que llegaban incluso a negarse a hablar del tema, y mediante regalos a los que agregué, debo admitirlo, una buena dosis de coerción, conseguí que dos de ellos me guiaran. Después de muchas aventuras que no viene al caso relatar, y luego de viajar una distancia y en una dirección que me reservo, llegamos a una región jamás visitada ni descrita por nadie ex-

cepto mi infortunado predecesor. ¿Quiere usted observar esto?

Me alcanzó una fotografía, algo mayor que una postal. Las imágenes que presentaba eran borrosas, uniformemente grises, lo que el profesor explicó aclarándome que al regresar, el bote se había volcado produciendo la rotura de la caja que contenía películas no reveladas aún, con lo que se perdieron la mayoría de las fotografías, rescatándose algunas, y en el mal estado en que se encontraba la presente. Representaba un paisaje en el que, fijando mi atención, comencé a darme cuenta de algunos detalles: se trataba de una elevadísima línea de acantilados exactamente como una inmensa catarata vista desde la distancia, con una suave llanura en pendiente cubierta de árboles en el primer plano.

-Parece el mismo lugar que el de la pintura -comenté.

-Es el mismo lugar. Encontré rastros de campamentos. Ahora observe esto.

Se trataba de otra fotografía, extremadamente defectuosa, en la que alcancé a distinguir claramente la roca aislada, coronada por árboles.

-Fíjese en este picacho rocoso. ¿Qué ve en la cima?

-Un enorme árbol.

-¿Y en ese árbol?

-Un gran pájaro.

El profesor me dio una lupa, pidiéndome que observara mejor.

-Sí, se trata de un gran pájaro..., parece tener un pico considerable. Diría que se trata de un pelícano.

-No. No se trata de un pelícano. Ni siquiera es un pájaro. Tal vez le interese saber que pude cazar ese ejemplar y que se trata de la única prueba tangible de mis experiencias, que pude traer conmigo.

-¿Es decir que lo tiene usted?

-Lo tenía. Desgraciadamente se perdió con muchas otras cosas en el mismo accidente del bote en que se arruinaron mis fotografías. Alcancé a asirlo cuando desaparecía ya entre los rápidos, y retuve en mis manos parte de un ala. Héla aquí.

Extrajo de un cajón lo que parecía la parte superior del ala de un murciélago, de aproximadamente sesenta centímetros de largo, con un hueso curvo y un velo membranoso colgando del mismo.

-¡Un murciélago monstruoso! -fue mi comentario.

-Nada de eso. La conformación ósea de esta pieza indica que no puede tratarse del ala de un murciélago. Observe esto ahora.

Abrió nuevamente el libro que ya anteriormente me había mostrado y señaló un grabado de un extraño monstruo volador.

-Aquí tiene una excelente descripción del dimorphodon o pterodáctilo, un reptil volador del período Jurásico. En la página siguiente encontrará un diagrama del mecanismo del ala, que le ruego compare con lo que tiene en su mano.

Ya estaba yo completamente pasmado, convencido de la veracidad de los argumentos del profesor. Las pruebas acumuladas eran sobrecogedoras: los dibujos, luego las fotografías, la narración y ahora un espécimen real..., la evidencia era completa. Así lo dije, y lo hice entusiastamente, sintiendo que el profesor había sido objeto de abusos por la incomprensión de sus colegas.

-¡Esto es lo más extraordinario que he visto en mi vida! ¡Es colosal! Es usted un Colón de la ciencia, que ha descubierto un mundo perdido. Perdóname si demostré dudas; era todo tan aparentemente increíble...

El profesor rebosaba de satisfacción.

-¿Y qué fue lo que hizo usted, entonces, profesor Challenger?

-Había llegado la época de las lluvias, señor Malone, y mis provisiones se estaban terminando. Exploré algunos sectores de estos acantilados, pero no pude encontrar ninguna manera de escalarlo.

-¿Vio algún otro animal vivo, además del pterodáctilo?

-No, pero durante la semana en que acampamos en la base del acantilado, alcanzamos a oír muy extraños ruidos en la meseta que lo corona.

-¿Y el extraño animal que el americano dibujé?

-Sólo puedo suponer que él encontró alguna manera de subir. Es decir, que debe haber algún camino hacia la cumbre del acantilado, y que debe tratarse de uno sumamente difícil de recorrer, pues de otra manera esos animales hubieran descendido y se encontrarían también en los terrenos circundantes.

-Sí, así debe de ser. ¿Y cómo explica usted su existencia en esa meseta?

-No creo que eso sea muy oscuro. Sólo cabe una explicación. Sudamérica es un continente granítico. En este sitio debe haberse producido en una remota era un desnivel, como consecuencia de un sismo. Estos acantilados, debo señalar, son basálticos, y en

consecuencia, plutónicos. Una superficie tal vez tan grande como Sussex fue levantada en bloque con toda su flora y su fauna, y cortada con precipicios perpendiculares, de una dureza que resiste la erosión. ¿Cuál fue el resultado de esto? Pues, que las leyes ordinarias de la naturaleza quedaron en suspenso. Los diferentes factores que influyen en la lucha por la existencia en todo el mundo quedaron neutralizados o alterados. Sobrevivieron criaturas que de otra manera habrían desaparecido. Debo señalar que tanto el pterodáctilo como el estegosau-ro pertenecen al período Jurásico.

-Pero, profesor, todas sus pruebas son determinantes. Debió usted presentarlas ante las autoridades adecuadas...

-Eso creí, en mi estupidez, señor Malone. Amargamente advertí que mis descubrimientos eran recibidos con incredulidad, hija tanto de la estupidez como de los celos profesionales, y de la envidia. No es parte de mi temperamento insistir y rogar. Después de mis primeros desengaños me resistí a exhibir la totalidad de las pruebas en mi poder. El tema se me hizo odioso y me resistí a volver a hablar de ello. Llegué a actuar violentamente contra todos los que intentaron destruir la paz de mi intimidad en lo

que se refiere a todo este asunto. Usted fue testigo de ello, precisamente...

Froté suavemente mi ojo dolorido sin responder.

-Esta noche, sin embargo, me propongo dar un ejemplo del control de la voluntad sobre las emociones, y le invito a asistir a ello. El señor Percival Waldron, un naturalista de cierta reputación popular, dará una conferencia sobre "El registro de las edades" y he sido especialmente invitado a la tribuna, para agradecer al conferenciante. En tal oportunidad me propongo, con la mayor delicadeza posible, efectuar algunas acotaciones para inducir a los oyentes a profundizar en el tema. Me mantendré firmemente en reserva, y espero de este modo obtener alguna respuesta favorable a mis planteos.

-¿Y me invita usted?

-Así es; le ruego que asista. Será en cierto modo reconfortante pensar que cuento, por lo menos, con un aliado entre la multitud. Es seguro que habrá mucho público, pues Waldron, si bien es un completo charlatán, tiene gran influencia popular. Y ahora, señor Malone, le ruego me deje. Espero tener el placer de verlo esta noche. Mientras tanto, entenderá usted que no debe hacerse ninguna publicación relacionada con mis confidencias de esta noche.

-Pero... Mi editor querrá saber qué he hecho...

-Dígale lo que quiera, pero anticipele que si envía a alguien más a inmiscuirse en mi vida, iré a visitarlo... con mi látigo. En cuanto a la publicación de lo que le he dicho esta noche, dejo en sus manos que nada de esto aparezca impreso. Y bien..., lo espero esta noche, a las ocho y media, en el Salón del Instituto Zoológico.

CAPÍTULO 5

¡PIDO LA PALABRA!

Entre las impresiones físicas y las mentales que mi entrevista con el profesor Challenger me habían producido, cuando regresé a Enmore Park, era yo el periodista más desmoralizado del mundo. Mi dolorida cabeza retumbaba con el pensamiento de que la narración de este hombre era verdadera, de que algo de la mayor importancia palpitaba tras ella, y que cuando obtuviera autorización para publicarla quedaría yo consagrado en el mundo del periodismo. Tomé un taxímetro con el que llegué rápidamente a la oficina, donde encontré a McArdle en su puesto, como de costumbre.

-¿Y bien? -me preguntó ansioso-. ¿Qué consiguió? Pero..., ¿qué le sucedió? No me diga que Challenger lo golpeó a usted también ...

-Tuvimos una diferencia al principio ...

-¡Qué hombre! ¿Y usted qué hizo?

-Bueno... Se volvió más razonable y tuvimos una charla, pero no obtuve ninguna información. Nada publicable.

-No estoy seguro de ello. Usted consiguió un ojo negro, y eso es publicable. No podemos admitir este reinado del terror, señor Malone. Debemos poner a ese hombre en su lugar. Deme el material y -dejaremos a ese charlatán marcado para siempre. Profesor Munchausen..., ¿qué le parece como titular? Sir John Mandeville resucitado... Cagliostro... todos los impostores y prepotentes de la historia. Dejaré en descubierto qué gran fraude es el profesor Challenger.

-Yo no lo haría, señor.

-¿Y por qué no?

-Porque no es un charlatán. No señor, todo lo contrario.

-¡Qué! -rugió McArdle-. ¿No pretenderá decirme que cree en todo ese asunto de mamuts y mastodontes y grandes serpientes marinas?

-No, no sé nada de eso. No creo que él trate de insistir en ello, -pero estoy convencido de que tiene algo realmente nuevo.

-Entonces, por el amor de Dios, ¡escríbalo!

-No hay nada que desee tanto, pero lo recibí en confidencia y con la condición de no publicarlo.

Hice un sumario de la narración del profesor, y pregunté a McArdle qué opinaba de ello. Me escuchó evidenciando profunda incredulidad.

-Bueno, señor Malone -dijo finalmente-, con respecto a esa reunión científica de esta roche no creo que existan inconvenientes en que sea divulgada. Es improbable que algún diario envíe periodistas, puesto que Waldron ha sido entrevistado ya una docena de veces y dejó de ser noticia, y por otra parte, nadie está enterado de que Challenger hablará. Si tenemos un poco de suerte, podemos obtener alguna exclusividad. De todos modos, esté usted allí y pase un informe completo de lo que suceda. Retendré espacio en la "Gazette" hasta medianoche.

Tuve un día ocupado, y cené temprano en el Club Savage con Tarp Henry, a quien conté algo de mis aventuras. Me escuchó con expresión escéptica y rió estrepitosamente al enterarse de que el profesor Challenger me había convencido.

-Mi querido muchacho, las cosas no suceden así en la vida real. La gente no hace descubrimientos extraordinarios como ése y luego pierde las pruebas de ello. Dejemos eso para los novelistas. Ese hombre tiene más tretas que todos los monos del zoológico juntos. Es una tontería.

-¿Y el poeta americano?

-Nunca existió.

-¡Pero si yo mismo vi su libro de apuntes!

-El libro de apuntes de Challenger, mejor dicho.

-¿Crees que el profesor dibujó ese animal?

-Por supuesto.

-¿Y las fotografías?

-No había realmente nada en ellas, tú mismo admities que viste tan sólo un pájaro.

-Un pterodáctilo.

-Eso es lo que él dice. El puso el pterodáctilo en tu imaginación.

-Bueno..., ¿y el hueso?

-Si uno es suficientemente hábil y conoce lo que está haciendo, puede falsificar un hueso con tanta facilidad como una fotografía.

Comencé a sentirme incómodo. Tal vez, después de todo, mi admisión de la narración de Challenger

había sido prematura. De pronto tuve una idea, que consideré brillante.

-¿Vendrás a la reunión? -pregunté a Henry.

Me contempló pensativo, antes de contestarme:

-No es una persona muy popular, ese afable amigo Challenger. Mucha gente tiene cuentas pendientes con él. Se podría decir que es el hombre mejor odiado de Londres. Si los estudiantes de medicina aparecen por allí, tendremos un gran alboroto, y no siento deseos de encontrarme en medio de la borrasca.

-Por lo menos deberías ser justo y escucharlo presentar su propia defensa.

-Bueno, creo que tienes razón. Iré contigo.

Cuando llegamos al salón, encontramos mucha más concurrencia que la que se esperaba. Además de los barbados rostros de los profesores se veía gran cantidad de jóvenes y en la galería superior se percibía un ambiente jovial. Detrás de mí observé grupos de caras que a todas luces indicaban que se trataba de estudiantes de medicina. Aparentemente, cada gran hospital había destacado un contingente y el comportamiento del público era en esos momentos alegre, pero con toques de perversidad. Contrariamente a lo que cabía esperarse, como pre-

ludio para una conferencia como aquélla, se oían estribillos populares y algunas chanzas en alta voz.

Cada profesor que subía al estrado era recibido con comentarios sobre su aspecto, o sus especiales debilidades, pero la entrada del profesor Challenger superó a todas las precedentes. Al aparecer su negra barba, se oyó tal grito de bienvenida, que comencé a admitir que Tarp Henry estaba acertado, y que esta gran concurrencia no se había congregado tan sólo a escuchar la disertación, sino que se había esparcido el rumor de que el famoso profesor tomaría parte en la misma. Algunas risas en la sala, dieron la impresión de que también, fuera del ambiente estudiantil, existía animosidad contra Challenger.

El profesor sonrió con expresión suave y tolerante, como un hombre bondadoso miraría a una camada de cachorros. Se sentó parsimoniosamente, ensanchó el pecho y acarició su barba mientras paseaba su mirada altanera, por sobre la muchedumbre.

Apenas había terminado todo esto, cuando entraron el profesor Murray, director del debate, y el señor Waldron, el conferenciante, y comenzó la disertación.

El profesor Murray presentó, como es habitual, al señor Waldron, y éste se incorporó recibiendo un aplauso general.

Era Waldron un hombre delgado, de aspecto austero, con voz áspera y modales agresivos, pero tenía el mérito de saber asimilar las ideas de otros hombres y transmitir las en forma inteligible, interesante si se quiere, al público lego.

Desarrolló para nuestro beneficio una vista a vuelo de pájaro de la creación, tal como la interpreta la ciencia, en un lenguaje siempre accesible y a veces pintoresco. Nos contó sobre el globo, como una enorme masa de gas incandescente girando en el espacio.

Luego describió la solidificación, el enfriamiento, la contracción que formó las montañas, el vapor que se condensó para formar los mares, la lenta preparación para la etapa en que se comenzó a representar el inexplicable drama que se llama vida. Sobre el origen de la vida misma, guardó discreta vaguedad. Señaló que cualquier tipo de vida no pudo presentarse durante el período de combustión, de modo que tuvo que presentarse posteriormente; comentó las posibilidades en pro y en contra de que los elementos vivos primigenios hubieran llegado de otros

planetas o se desarrollaron localmente a partir de los elementos inorgánicos existentes previamente. Habló de la sutil química de la Naturaleza que, trabajando con grandes fuerzas durante larguísimos períodos, podía producir resultados que a nosotros nos resulta imposible duplicar.

Continuó luego hablando de la sucesión de la vida animal, comenzando por, los moluscos y las débiles criaturas marinas, luego los reptiles y peces, hasta llegar a una rata-canguro, animal vivíparo y antepasado directo de todos los mamíferos y, presumiblemente, en consecuencia, de todos los asistentes a esa conferencia.

Luego habló del desecado de los mares, la aparición de bancos arenosos, la vida viscosa que se produjo en sus márgenes, las infestadas lagunas, la tendencia de las criaturas marinas a refugiarse en los fondos legamosos, la abundancia de alimentos y la consecuente proliferación de seres vivientes.

-Así llegamos, damas y caballeros, a esa espantosa legión de saurios que todavía nos asustan cuando las vemos en las rocas de Solenhofen o Wealden, pero que afortunadamente desaparecieron mucho antes de la primera aparición del hombre sobre este planeta.

-¡No estoy de acuerdo! -gritó alguien en la plataforma.

El señor Waldron hizo una pausa, y luego, elevando la voz, repitió lentamente las palabras finales de su párrafo anterior.

-Desaparecieron mucho antes de la primera aparición del hombre.

-¡No estoy de acuerdo! -repitió la misma voz anterior.

Waldron, con expresión sorprendida, recorrió con la mirada la fila de profesores, hasta que descubrió a Challenger, recostado hacia atrás en su silla, con los ojos cerrados y aspecto divertido, como quien sonríe en sueños

-¡Oh, ya veo!, es mi amigo el profesor Challenger.

Y con un encogimiento de hombros continuó su disertación como si ese comentario aclarara todo, pero el incidente no había quedado superado. Cada vez que el desarrollo de su tema parecía conducir nuevamente a la aseveración de que la vida prehistórica había desaparecido, el profesor Challenger hacía oír su voz con su disconformidad. La concurrencia comenzó a anticiparse, y rugir de placer cuando esto se producía, hasta el punto de que en

varias oportunidades el "no estoy de acuerdo" del profesor era simultáneamente coreado por las filas de estudiantes.

Esto ablandó la fibra de Waldron, a pesar de tratarse de un conferenciante experimentado. Dudó, tartamudeó, se repitió a sí mismo, se enredó en mitad de una frase larga y finalmente se volvió furioso, enfrentando a Challenger.

-¡Esto es realmente intolerable! -gritó-. Debo pedirle, profesor Challenger, que suspenda estas ignorantes y poco adecuadas interrupciones.

Se produjo un cuchicheo general en la sala. Los estudiantes estaban encantados de ver a los altos dioses del Olimpo científico discutir entre ellos. Challenger se levantó lentamente.

-A mi vez, debo solicitarle a usted, señor Waldron, que se abstenga de efectuar afirmaciones que no están estrictamente de acuerdo con los hechos científicos.

El tumulto que esto produjo se prolongó durante algunos minutos, tras los cuales Waldron continuó, muy enrojecido y con aspecto beligerante, y dirigiendo airadas miradas a su oponente, cada vez que efectuaba un comentario de la índole de los que habían motivado las anteriores interrupciones; pero

Challenger permaneció silencioso, aparentando un profundo sueño con la misma ancha, feliz sonrisa en su cara.

El resto de la conferencia fue apresurado, inco-nexo, y finalmente concluyó. El hilo de la disertación había sido violentamente cortado, y el público estaba inquieto, expectante.

Waldron ocupó su silla en el estrado y, tras unas frases de introducción del director del debate, se incorporó el profesor Challenger, quien avanzó hasta el borde de la plataforma.

Tomé nota de su discurso, palabra por palabra.

-Damas y caballeros -comenzó en medio de un clamoreo en el fondo de la sala-. Perdón, debo decir, damas, caballeros y niños. Ruego se me disculpe por haber omitido -incluir en mis palabras iniciales a una considerable proporción de la concurrencia.

Se produjo un tumulto durante el cual el profesor permaneció con una mano levantada sonriendo como si esparciera una bendición pontifical a la multitud.

-He sido designado para expresar nuestro agradecimiento al señor Waldron por su imaginativa y pintoresca conferencia. Hay aspectos de la misma con los que disiento, y consideré mi deber indicarlo

en cada oportunidad, pero de todos modos, el señor Waldron ha obtenido perfectamente su propósito: el de darnos una relación simple e interesante de lo que el considera que ha sido la historia de nuestro planeta. Los conferenciantes populares son los que más fácilmente se escuchan, pero, y ruego al señor Waldron me disculpe por ello, debo decir que, por necesidad, son superficiales y están equivocados, ya que deben graduar su potencial para la comprensión por parte de un público ignorante.

En estos momentos fue interrumpido por un irónico coro de expresiones de aplauso.

-Los conferencistas populares son, de naturaleza parasitaria. Recurren para obtener fama o dinero, a los trabajos realizados por sus colegas desconocidos e indigentes. Basta un hecho controlado en laboratorio, un pequeño ladrillo agregado al vasto edificio de la ciencia, para sobrepasar el valor de estas disertaciones populares que transcurren en una hora y no dejan tras de sí nada de valor. No es mi propósito con esto menospreciar al señor Waldron en particular, sino inducir a ustedes a no perder el sentido de la proporción y confundir al acólito con el real sacerdote.

Al llegar a esta altura de la exposición, el señor Waldron susurró algo al director del debate, que su vez se dirigió a Challenger con expresión severa.

-¡Pero basta de esto!-continuó diciendo el profesor-. Quiero referirme a un tema de mayor interés. ¿Cuál es el aspecto especial en que yo, como investigador real, he manifestado mi desacuerdo con lo que expresaba nuestro conferenciante? La permanencia de ciertos tipos de vida animal sobre la tierra. No hablo de esto como un mero aficionado ni, me honro en agregar, como un conferenciante popular, sino como alguien cuya conciencia científica lo impulsa a ceñirse a los hechos. Cuando digo que el señor Waldron está muy equivocado al suponer que, dado que él jamás ha visto un animal del tipo que se llama prehistórico, tales animales no existen. Son, como bien dijo, nuestros antepasados, pero, si me permite la expresión, son nuestros antepasados contemporáneos, que todavía pueden ser admirados con toda su imponente y fealdad si se tiene la energía y temeridad necesarias para buscar sus moradas. Criaturas que se suponen del período jurásico, monstruos que pueden devorar a nuestros mayores y más feroces mamíferos, todavía existen.

Estas declaraciones de Challenger fueron recibidas con gritos de desaprobación.

-Me preguntan ustedes cómo lo sé. Lo sé porque he visitado guaridas secretas, porque he visto algunos de ellos.

Aplausos, rugidos y un grito acusándolo de mentiroso.

-¿Consideran que miento?

El público en general coreó su asentimiento.

-Oí a alguien llamarme mentiroso. ¿Podría esa persona ponerse de pie para que la conozca?

-Aquí está, señor.

Y de un grupo de estudiantes fue levantado un hombrecillo diminuto, de anteojos, que luchaba por liberarse.

-¿Se atrevió usted a llamarme mentiroso?

-¡No, señor! ¡Oh, no!

El pobre hombre desapareció como por encanto.

-Si alguien en la sala duda de mi veracidad, tendré sumo placer en conversar con él después de esta conferencia.

-¡Mentiroso!

-¿Quién dijo eso?

Nuevamente el inofensivo hombrecillo fue elevado por los aires. El tumulto se prolongó, y a esta

altura de los acontecimientos el profesor había ya perdido el control de sí mismo evidenciado hasta entonces.

-Cada gran descubrimiento ha sido recibido con la misma incredulidad, que representa la característica más saliente de una generación de tontos. Cuando se os presentan datos sobresalientes, carecéis de la intuición e imaginación necesarias para interpretarlos correctamente y lo único a que atináis es a enlodar a los hombres que han arriesgado sus vidas para abrir nuevos caminos a la ciencia. ¡Todos los profetas se han visto perseguidos por tontos de vuestro calibre! Galileo, Darwin y yo...

La interrupción en este punto fue absoluta, estruendosa.

Estas notas que tomé apresuradamente en aquel momento, dan poca idea del completo caos que era el salón para entonces. El tumulto era de tal magnitud que varias damas se habían visto obligadas a retirarse apresuradamente y algunos graves y reverendos profesores parecían haberse contagiado del perverso espíritu de los estudiantes, hasta el punto en que pude ver algunos hombres de blancas barbas levantarse y agitar los puños en dirección al profe-

sor Challenger. Se tenía la impresión de estar dentro de un enorme caldero hirviente.

El profesor se adelantó y levantó ambos brazos, con un ademán tan grandioso, imponente y viril, que la gritería se desvaneció gradualmente.

Era evidente que tenía un mensaje definido que transmitir, y se callaron para oírlo.

-No los retendré más. No vale la pena. La verdad es la verdad, y el ruido que puedan producir un grupo de tontos jóvenes y, lamento tener que agregar, de viejos tontos, no alcanzará a impedir que la verdad triunfe. Declaro nuevamente que he abierto un nuevo campo para la ciencia, y ustedes lo niegan. En consecuencia, quiero someterlos a prueba. ¿Quieren ustedes designar a uno o más de vuestro grupo para actuar como representantes vuestros y acompañarme a verificar mis declaraciones?

El señor Summerlee, veterano profesor de anatomía comparada, se incorporó preguntando si los resultados a que había aludido Challenger los había obtenido en oportunidad de su viaje al Amazonas, a lo que el profesor asintió.

Continué consultando Summerlee si dichos descubrimientos tuvieron lugar en las regiones ya visitadas por Wallace, Bates y otros exploradores de

firme reputación científica, y que habrían dejado de observar los hechos posteriormente establecidos por Challenger.

A esto, el profesor repuso comentando que el señor Summerlee parecía confundir el Amazonas con el Támesis, que aquél era un río bastante más grande, que al señor Summerlee le interesaría saber que con el Orinoco, con el que se comunica, cubre alrededor de quince mil millas de territorio, y que en tan vasto espacio no resulta imposible que una persona encuentre cosas que otros han dejado de ver.

Acusando haber captado la ironía de estas frases, el señor Summerlee manifestó estar completamente de acuerdo en cuanto a la diferencia existente entre el Amazonas y el Támesis, que, según aclaró, estribaba principalmente en que cualquier cosa que se dijera sobre este río podía ser verificada, mientras que, en cuanto al Amazonas...

-Agradeceré al profesor Challenger nos informe sobre la latitud y longitud del territorio en que pueden encontrarse animales prehistóricos.

-Me reservo tal información por razones de mi única incumbencia, pero estoy dispuesto a darla, con las debidas precauciones, a una comisión que se elija entre esta concurrencia. ¿Está usted dispuesto,

señor Summerlee, a integrar tal comisión y verificar en persona mi historia?

-Sí, señor. Lo estoy.

-Entonces, puedo garantizarle que pondré en sus manos información que le permitirá encontrar el camino. Claro está, no obstante, que dado que el señor Summerlee irá a verificar mis declaraciones, es justo que yo designe a alguien para que verifique las suyas. No quiero ocultar que se encontrarán peligros y dificultades extraordinarias. El señor Summerlee necesitará de un colega más joven. ¿Puedo pedir voluntarios?

Es así cómo el destino prepara para los hombres las grandes crisis que los acosan. Nunca pude imaginarme al entrar en aquel salón que estaba yo en vísperas de participar de la más extraña aventura que pude soñar, pero, ¿no era ésta acaso la gran oportunidad de que Gladys había hablado? Gladys me hubiera dicho que me uniera al grupo.

Me puse de pie, mientras Tarp Henry a mi lado tiraba de mis ropas.

-¡Siéntate, Malone! ¡No te pongas en ridículo!

Alcancé a ver que delante de mí, a corta distancia, un hombre alto y delgado, también se había levantado, ofreciéndose.

-¡Nombres, nombres!-gritaba la concurrencia.

-Me llamo Edward Dunn Malone. Soy periodista de la "Gazette". Declaro ser un testigo absolutamente libre de prejuicios.

-Su nombre, por favor -preguntó el presidente del debate a mi rival.

-Soy Lord John Roxton. He estado previamente en el Amazonas, conozco el terreno y estoy especialmente capacitado para esta investigación.

-La reputación de Lord John Roxton como periodista y viajero es, por supuesto, mundialmente conocida -acotó el presidente del debate-, y al mismo tiempo sería adecuado contar con un miembro de la prensa en la expedición.

-En tal caso -dijo el profesor Challenger- propongo que ambos caballeros sean designados para acompañar al profesor Summerlee en este viaje para informar sobre la veracidad de mis manifestaciones.

Y así quedó decidida nuestra suerte, entre gritos y aplausos, y me encontré envuelto en la marejada humana que remolineaba hacia la puerta, aturdido ante la perspectiva de la gran empresa que tan inesperadamente había decidido acometer, y me encontré en la calle, caminando solo y con la mente ocupada en Gladys y hechos heroicos.

De pronto, alguien tomó mi codo. Al volverme me encontré con los ojos dominantes y llenos de humor del hombre alto y delgado que también se había ofrecido como voluntario.

-Señor Malone, buenas noches. Seremos compañeros de aventura, ¿verdad? Me alojo cruzando la calle. ¿Quiere tener la bondad de brindarme media hora? Hay algunas cosas de las que necesito seriamente hablar con usted.

CAPÍTULO 6

EL AZOTE DE DIOS

Cruzamos los portales del Albany, el famoso alojamiento de aristócratas en que habitaba Lord Roxton y, tras recorrer un largo pasillo, mi ocasional compañero abrió una puerta y encendió las luces que iluminaron el amplio cuarto. Desde la puerta tuve una general impresión de extraordinario confort y elegancia que aún así mantenían una atmósfera de masculina virilidad. En todas partes se apreciaba una agradable combinación del lujo del hombre rico de buen gusto y el descuido de la habitación de un soltero. Ricas pieles, brillantes tapices orientales, dibujos de perros, de caballos de carreras, alternaban con un Fragonard, un Girardet y un Turner. Un remo con los colores de Oxford orna-

mentaba la chimenea y a su lado un florete y un par de guantes de boxeo recordaban el hecho de que Lord John Roxton había sobresalido en esos deportes. Completaban la decoración varias cabezas de animales cazados por él, incluyendo un extraño rinoceronte blanco.

Sin decir palabra, me indicó un sillón, sirvió dos vasos con whisky y soda, de los cuales me alcanzó uno y, mientras me ofrecía un largo y suave habano, tomó asiento delante de mí, observándome atentamente con inquietos ojos de un azul tan claro como el de un lago congelado.

A través del humo de mi cigarro, contemplé la cara que ya me era familiar por cientos de fotografías publicadas en los diarios. La nariz aguileña, las mejillas hundidas, el cabello castaño oscuro que comenzaba a ralear, el viril bigote y la pequeña y agresiva barba que adornaba su saliente mentón. Había allí algo de Napoleón III, algo de don Quijote, y más aún, algo que constituye la esencia del caballero inglés, incisivo y astuto amante de perros, caballos y aire libre. Su cuerpo era delgado, pero visiblemente fuerte. En realidad, muchas veces había demostrado que pocos hombres eran capaces de los esfuerzos que él podía llevar a cabo. Medía alre-

dedor de un metro ochenta, pero parecía ligeramente más bajo debido a la peculiar caída de sus hombros.

Tal era el famoso Lord John Roxton, que ahora estaba allí sentado, mordiéndose su cigarro y contemplándose en largo y embarazoso silencio.

-Y bien, aquí estamos, mi joven amigo -dijo por fin-. Hemos dado un gran salto. Apostaría a que cuando entró en aquel salón no tenía ni la menor idea de lo que iba a pasar.

-Ni por asomo.

-Lo mismo me sucedió a mí, y aquí estamos, con el agua al cuello. Hace apenas tres semanas que regresé de Uganda y alquilé una casa en Escocia... Ya he firmado contrato de arrendamiento y todo... En fin, ganas de buscarme problemas. ¿Y usted? ¿A qué se debe su interés en esto?

-Bueno.. . En cierto modo está dentro de mi trabajo. Soy periodista de la "Gazette".

-¡Por supuesto! Recuerdo ahora que lo dijo en el momento de ofrecerse como voluntario. De paso, tengo un pequeño trabajo, si quiere usted ayudarme.

-Con mucho gusto.

-¿No le preocupa correr un cierto riesgo?

-¿De qué riesgo se trata?

-Bueno, es Ballinger. ¿Oyó hablar de él?

-No.

-Pero, mi joven amigo, ¿dónde ha estado usted viviendo? Sir John Ballinger es el mejor jinete del norte del país. Con cierto esfuerzo puedo casi igualarlo en terreno llano, pero con vallas es supremo. Es un secreto a voces que cuando no se está entrenando bebe fuertemente. Tuvo *delirium, tremens* el martes y desde entonces está gritando endiabladamente. Su cuarto está arriba de éste. Los doctores dicen que todo habrá terminado para él a menos que se le obligue a comer algo, pero está en cama con un revólver bajo la almohada y jura que baleará a quien se le acerque, de modo que sus sirvientes están en cierto modo de huelga. Es un hueso duro de roer, pero no podemos permitir que un ganador del Grand National muera de esa manera.

-;Y qué se propone usted hacer?

-Mi idea es que entre los dos, lo dominemos. Tal vez lo encontremos durmiendo y, de todos modos, él podrá solamente eliminar a uno de nosotros, de manera que el otro puede llevar a cabo lo que proyectamos. Una vez que lo tengamos asegurado, pediremos al médico que venga con una bomba esto-

macal y le daremos la mejor cena que ha tenido en su vida.

Se trataba de algo extremadamente arriesgado y no me considero un hombre especialmente valiente. Mi imaginación irlandesa hace que lo desconocido se me aparezca más terrible de lo que en realidad es, pero, por otra parte, he sido criado con miedo a parecer cobarde. No quiero llegar al extremo de asegurar que, como el huno de los libros de historia, me arrojaría por un precipicio si se pusiera en duda mi valor, pero el orgullo y el terror a ser marcado como cobarde podrían ser mi inspiración en una situación similar. Por eso fue que, si bien mi cuerpo temblaba ante la figura del hombre enloquecido por el Whisky en el cuarto de arriba, contesté con la voz más descuidada que pude obtener de mis torturadas cuerdas vocales, que me encontraba dispuesto a hacerlo. Anticipándome a cualquier otro comentario de Lord Roxton acerca del peligro, que hubiera empeorado las cosas, insistí en que hablar del asunto no lo haría más fácil, de modo que lo urgí a llevarlo a cabo.

Me incorporé, pero Lord Roxton, con una pequeña risita confidencial me dio un par de amistosas palmadas y me obligó, a sentarme nuevamente.

-Muy bien, muy bien, mi joven amigo. Usted servirá.

Lo miré sorprendido.

-Ya atendí a Jack Ballinger personalmente esta mañana. Una bala me perforó la chaqueta. Gracias a Dios el pobre tiembla terriblemente y no puede apuntar como en sus buenos momentos. Le pusimos una camisa de fuerza y en una semana se pondrá bien. Espero que no se haya molestado, pero, entre nosotros, este asunto en Sudamérica me parece que será cosa difícil y quiero estar seguro de que podré contar con mis colaboradores; por eso es que hice esto. Quería estar especialmente convencido de su potencial, ya que pienso que en lo que respecta al viejo Summerlee, tendremos que cuidarlo nosotros. De paso tengo que preguntarle una cosa. ¿Es usted el mismo Malone que representa a Irlanda en rugby?

-Así es.

-Me parecía recordar su cara. Estuve cuando hizo aquel *try* contra Richmond. La mejor corrida que vi en toda la temporada. Pero no hemos venido a hablar de deportes sino de nuestro viaje. Aquí tenemos en la primera página del "Times" las fechas de salidas de los barcos. Aquí hay uno que parte con rumbo a Pará el viernes de la próxima semana, de

modo que si usted y el profesor pueden arreglarlo, deberíamos tomarlo. ¿Qué tal es usted con un arma de fuego en la mano? Pienso que si nuestro amigo el profesor Challenger no es un loco o un mentiroso, necesitaremos de nuestra mejor puntería, pues encontraremos en nuestro viaje las cosas más extrañas que podemos imaginar.

Y sin dejar de hablar se acercó a un gran armario que, al abrirlo, mostró una extensa colección de armas.

-Aquí tenemos un arma adecuada, 470, mira telescópica, doble eyector. Es el rifle que usé contra los tratantes de esclavos en el Perú hace tres años. Yo fui el azote de Dios en aquellas regiones. Hay momentos en que cada uno de nosotros debe erigirse en un baluarte en favor de los derechos humanos y de la justicia, pues si así no lo hiciera, nunca más podría llamarse a sí mismo hombre. Por eso es que por mi propia cuenta y decisión, llevé a cabo mi propia pequeña guerra en esos lugares. La declaré, la luché y terminé por mí mismo. Cada una de las muescas en la culata indica que hay un tratante de esclavos menos en el mundo.

Hizo una pausa para alcanzarme el arma antes de continuar su discurso.

-En lo que respecta al profesor Challenger, ¿qué sabe usted de él?

-Recién lo conocí hoy.

-Bueno..., lo mismo me sucede a mí. Es curioso que ambos tengamos que partir con instrucciones secretas provistas por un hombre que no conocemos. Parece un pajarraco arrogante, poco apreciado por sus colegas. ¿Cómo es que llegó usted a interesarse en este asunto?

Se lo corté en pocas palabras, que escuchó atentamente. Luego recogió un mapa de Sudamérica que extendió sobre la mesa.

-Creo cada una de las palabras que dijo Challenger -comentó-. Amo Sudamérica, y la he recorrido en casi toda su extensión. Pudo asegurarle que desde Darien hasta Tierra del Fuego es la tierra más grandiosa, rica y magnífica del planeta. La gente no la conoce aún y no se da cuenta de sus posibilidades. En una de las oportunidades en que estuve allí escuché comentarios que concuerdan con la narración de Challenger. Tradiciones tribales y narraciones de los indios, pero con algo de verdad detrás de todo, sin duda. Mientras más se conoce la región, más dispuesto está uno a admitir que todo es posible. Existen algunos riachos por cuyas costas la

gente viaja, pero fuera de ellos todo es tiniebla, todo es desconocido.

Y continuó hablando en términos similares durante largo rato. Era visible que si algún peligro nos esperaba, no podía yo haber encontrado en toda Inglaterra alguien con más sangre fría y valiente disposición con quien compartirlos.

Aquella noche, preocupado como estaba por todo lo que me había ocurrido durante el día, me senté a charlar con McArdle, el editor de noticias, explicándole toda la situación, que él consideró de importancia suficiente como para comentarlas la mañana siguiente con Sir George Beaumont, el propietario. Se convino que yo escribiría dando información completa de mis aventuras, en forma de cartas sucesivas a McArdle, y que éstas serían publicadas por el periódico a medida que fueran recibidos, o retenidas para publicación ulterior, según decidiera el profesor Challenger, ya que no sabíamos todavía qué condiciones impondría en tal sentido.

Y desde ahora, mis pacientes lectores, no me dirigiré más a ustedes directamente. Desde este momento en adelante, si es que cualquier continuación de esta narración llega a ustedes, será a través del

diario que represento. Dejo en las manos del editor esta narración de los hechos que me llevaron a la más increíble expedición de todas las épocas; así, que si nunca regreso a Inglaterra quedará por lo menos esto, como indicación de cómo se inició todo el asunto. Estoy escribiendo estas últimas líneas en el salón del "Francisca", y las remitiré a McArdle por intermedio del piloto cuando éste deje el barco.

En el momento en que Lord John, Summerlee y yo llegamos al puerto, nos alcanzó el profesor Challenger, a la carrera. Nos entregó un sobre cerrado con instrucciones de no abrirlo hasta que llegáramos a Manaos, en el Amazonas, pero no antes de una fecha y hora determinados, que había escrito en el mismo, y se despidió de nosotros.

Mientras el barco comienza a alejarse, lo vemos sobre el muelle, caminando de regreso a su carruaje.

Debo concluir esta carta para entregarla al piloto.

Que Dios bendiga a todos aquellos que dejamos atrás, y nos permita regresar a ellos sanos y salvos.

CAPÍTULO 7

RUMBO A LO DESCONOCIDO

No los molestaré con la descripción de nuestro viaje, ni de nuestra semana de permanencia en Pará, salvo para expresar mi reconocimiento por las atenciones de la Compañía Pereira da Pinta en ayudarnos a preparar nuestro equipo. Me referiré brevemente también a nuestro viaje por río, subiendo por la perezosa, ancha corriente barrosa en un vapor un poco más pequeño que el que nos llevó a través del Atlántico. Llegamos finalmente a Manaos, donde nos hospedamos en la fazenda del señor Shortman, representante de la Compañía Comercial Británica del Brasil, en espera del día en que estábamos autorizados a abrir la carta de instrucciones del profesor Challenger.

Los nativos recibieron con especial entusiasmo a Lord John. En estas regiones era muy conocido, como consecuencia de sus aventuras ya comentadas, y su presencia despertó gran interés, si bien los sentimientos que inspiraba iban desde la gratitud de los nativos hasta el resentimiento de aquellos que deseaban explotarlos y cuyas actividades se habían visto coartadas por la intervención de mi actual compañero de aventuras. Uno de los resultados útiles de su anterior experiencia, era que podía hablar con fluidez la *Lingoa Geral*, el peculiar idioma con un tercio de portugués y dos tercios de indio, que se habla corrientemente en todo el Brasil.

Su conocimiento de la región, de sus peculiaridades geográficas y de su historia, sorprendieron incluso al profesor Summerlee.

-¿Qué tenemos en aquella dirección? -solía exclamar señalando hacia el Norte-. Bosques y pantanos, selva virgen. ¿Quién sabe qué puede ocultarse allí? ¿Y hacia el Sur? Una amplia extensión de bosques pantanosos, donde no ha estado jamás el hombre blanco. Lo desconocido nos enfrenta en todas partes. ¿Quién sabe acaso lo que se oculta fuera de las angostas líneas de los ríos? ¿Quién sabe

qué es posible en un país como éste? ¿Por qué razón puede negarse que Challenger diga la verdad?

A esto, invariablemente, el profesor Summerlee respondía con expresión sarcástica, mirando a través de la nube de humo que desprendía su pipa.

Además de nosotros tres, la expedición necesitaba de ayuda local, y ya habíamos contratado algunos hombres, que jugarían parte importante en los sucesos que relataré.

El primero era un negro gigantesco llamado Zambo, que nos fue recomendado en Pará por una compañía naviera en cuyos barcos había aprendido a hablar algo de inglés.

En Pará también habíamos enrolado a Gómez y Manuel, dos mestizos que acababan de llegar desde río arriba con una carga de quebracho. Eran dos individuos atezados, activos, flacos pero fuertes y nerviosos como panteras. Procedían de la zona que exploraríamos, y esto llevó a Lord John a contratarlos. Además, Gómez hablaba excelente inglés, lo que era otro punto favorable.

Completaban nuestro personal tres indios mojo, de Bolivia. Al jefe de ellos lo llamábamos Mojo, por el nombre de su tribu, y los otros, dos eran conocidos por José y Fernando.

Tres hombres blancos, dos mestizos, un negro y tres indios constituían la expedición que esperaba instrucciones en Manaos, antes de iniciar singular búsqueda.

Finalmente llegó el día y la hora en que debíamos abrir el sobre.

Sobre la mesa, a cuyo alrededor nos sentábamos, estaba el sobre lacrado, en el que se leía: "Instrucciones a Lord John Roxton y sus compañeros; para ser abierto en Manaos el 15 de julio, a las 12 horas exactamente".

-Faltan todavía siete minutos -señaló Lord John, consultando el reloj.

El profesor Summerlee sonrió acerbamente.

-¿Qué puede importar si lo abrimos ahora o dentro de siete minutos? Esto es una demostración más de la charlatanería, de la tontería absoluta por la que se ha hecho notorio el autor de esas instrucciones.

-¡Oh! Bueno. Tenemos que jugar siguiendo todas las reglas. Es Challenger el que dirige en realidad todo esto, y sería un mal comienzo no seguir sus instrucciones desde el principio.

-¡Un hermoso asunto! -exclamó el profesor-. Me resultaba inaguantable en Londres, pero aquí me

parece peor aún. No sé qué contiene ese sobre, y, a menos que sea algo perfectamente definido, estoy muy tentado a tomar el próximo vapor y embarcarme en el "Bolivia", en Pará. Después de todo, tengo trabajos más importantes que hacer que correr por el mundo para probar que son falsas las declaraciones de un lunático. Y bien, Roxton, creo que ya debe ser el momento.

-Así es -dijo Lord John..

Recogió el sobre y lo cortó con su navaja. Extrajo una hoja de papel plegada, que abrió con todo cuidado y extendió sobre la mesa. Estaba en blanco. La dio vuelta. Igualmente en blanco.

Nos miramos en sorprendido silencio, que fue roto por una explosiva carcajada del profesor Summerlee.

-¿Quieren ustedes otra prueba? El hombre es un confeso charlatán. Sólo nos queda regresar y desmascarar al impostor...

-¡Tinta invisible! -sugerí.

-No lo creo -comentó Lord John-. No, no vale la pena tratar de engañarnos. Me atrevo a apostar a que nada fue escrito jamás en este papel.

-¿Puedo entrar? -rugió una voz desde la ventana. Una sombra se proyectó sobre el manchón de luz

que caía a nuestros pies. ¡Esa voz! ¡Esos anchísimos hombros! Nos incorporamos de un salto con un grito de sorpresa mientras que el profesor Challenger se nos reunía.

Eché hacia atrás la cabeza y permaneció contemplándonos con sus ojos intolerantes bajo la insolencia de sus párpados caídos, desde detrás de su barba asiria.

-Me temo que he llegado algunos minutos tarde -dijo consultando su reloj-. Cuando les entregué ese sobre, debo confesar, no tenía intención de que ustedes llegaran a abrirlo, ya que me proponía verlos antes de la hora indicada. Me temo que la infortunada demora, debida a un piloto ineficiente y un banco de arena inoportuno, ha dado oportunidad a mi colega para blasfemar.

Terminó de entrar en la sala, estrechó mis manos y las de Lord John, saludó con insolente reverencia al profesor Summerlee y se dejó caer en una silla de mimbre que crujió bajo su peso.

¿Está todo listo para el viaje?

-Podemos partir mañana.

-Así lo haremos, entonces. No necesitarán mapas ni direcciones ahora, ya que contarán con la inestimable ventaja de mi propia guía, tal como me pro-

puse desde el comienzo. El más detallado mapa, admitirán ustedes, hubiera resultado un pobre sustituto de mi propia inteligencia y consejo. En cuanto a mi pequeña treta con ese sobre, resultará claro que lo hice para evitar que se insistiera en que debía viajar desde el comienzo con ustedes, siendo que en realidad yo prefería aparecer sólo en el momento preciso en que resultara necesaria mi presencia, momento que ha llegado ahora. Están ustedes en buenas manos, y no podrán dejar de encontrar el sitio de destino de la expedición, Desde este momento tomo el mando de la expedición y he de pedirles que completen los preparativos esta noche, de modo que podamos partir mañana temprano. Mi tiempo es extremadamente valioso y sin duda podemos, decir lo mismo del de ustedes, en menor grado. Me propongo, entonces, acelerar las cosas en todo lo posible, hasta que quede demostrado lo que han venido a verificar.

Y así fue cómo, cuatro días después, nos encontrábamos ya navegando en un tributario del Amazonas por el que, en un par de días, llegamos a una aldea india donde Challenger dispuso que desembarcáramos, despachando de regreso el vapor en que habíamos viajado, ya que, según dijo, pronto

encontraríamos algunos rápidos que hacían imposible la navegación. Privadamente agregó luego que nos aproximábamos al país desconocido y que mientras menos gente supiera de nuestra meta, mejor resultaba para sus intereses personales. Más aún, nos exigió nuestra palabra de honor de que no publicaríamos ni diríamos nada que pudiera representar una clave exacta sobre el destino de nuestro viaje, juramento que también exigió a los sirvientes.

En la aldea obtuvimos dos grandes canoas indias en las que cargamos nuestros efectos, y contratamos los servicios adicionales de dos indios para ayudarnos en la navegación. Supuse que eran los mismos indios -llamados Ataca e Ipetu- que habían acompañado al profesor Challenger en su viaje anterior, y se aterrorizaron ante la idea de repetirlo, pero el jefe de la tribu tiene poderes patriarcales en estas regiones, de modo que si el trato le resulta conveniente, los hombres de la aldea no tienen posibilidad de elección.

De modo que mañana habremos de desaparecer en lo desconocido. Esta narración será llevada en canoa y es posible que resulte ser la última información para aquellos que estén interesados en nuestro destino. De acuerdo con lo convenido, la he dirigi-

do a usted, estimado señor McArdle, y dejo a su albedrío la eliminación, alteración de su texto, o lo que desee usted hacer. No tengo ya la menor duda de que el profesor Challenger nos está guiando hacia las más increíbles experiencias de nuestra vida.

CAPÍTULO 8

LA AVANZADA DEL NUEVO MUNDO

Cuando escribí mi última carta, estábamos por partir de la aldea india donde nos había dejado el "Esmeralda".

Debo ahora reiniciar mi informe con malas noticias, ya que la primera situación seria ocurrió esa tarde, y pudo haber tenido un final trágico. No me refiero, por supuesto, a las incesantes discusiones entre los dos profesores. Se trata esta vez del mestizo que habla inglés, Gómez. Un excelente trabajador, pero a quien aflige el vicio de la curiosidad. Parece ser que se había ocultado cerca de nuestra choza, donde estábamos discutiendo nuestros planes de acción, y fue descubierto por el negro Zambo, que es fiel como un perro y participa del odio

que todos los de su raza sienten por los mestizos; Zambo lo arrastró a nuestra presencia, a lo que Gómez extrajo un cuchillo y, de no ser por la extremada fortaleza de su apresador, que le permitió desarmarlo con una sola mano, con toda seguridad lo hubiera apuñalado. Cerramos el asunto con una enérgica reprimenda y obligándolos a estrecharse las manos, y esperamos que en el futuro todo siga bien.

En cuanto a la discusión entre los profesores, he de admitir que Challenger es extremadamente provocador, pero Summerlee tiene una lengua ácida que indudablemente empeora la situación. La noche pasada, Challenger manifestó que no le agradaba caminar por el Embankment y mirar río arriba, ya que siempre es triste observar nuestro destino final: se le refería, por supuesto, a la seguridad de que será sepultado en la Abadía de Westminster. Summerlee le contestó con amarga mueca que él tenía entendido que la prisión de Millbank había sido demolida. La vanidad de Challenger es demasiado colosal para permitirle molestarse por tal respuesta. Se limitó a sonreír con petulancia repitiendo: "Así es, así es" en el tono e uno se dirige a un chiquillo.

El día siguiente comenzamos nuestro viaje. Todo nuestro equipo cabía perfectamente en las dos ca-

noas, y dividimos nuestro personal de modo de ubicar a seis en cada una, con la obvia precaución de que cada uno de los profesores viajara en distinta embarcación.

Durante dos días viajamos corriente arriba por un amplio río, de varios centenares de metros de ancho, oscuro pero transparente hasta el punto de que resultaba visible el lecho. En dos oportunidades nos encontramos con rápidos que nos obligaron a acarrear nuestros enseres cerca de media milla hasta evitarlos. Los bosques en ambas orillas están formados por árboles de primera vegetación, que los hace más fácilmente penetrables que si se tratara de recrecimiento de desmontes. Jamás podré olvidar la solemne magnificencia de esa selva. La altura y dimensiones de esos troncos excedían todo lo que yo, en mi mentalidad de hombre de las ciudades, podía jamás haber imaginado. Allá se elevaban, hacia las alturas, en forma de magníficas columnas, hasta llegar a una enorme distancia sobre nuestras cabezas, donde apenas alcanzábamos a ver el punto en que sus ramas se abrían de manera de curvas góticas que sostenían un techo de verdor a través del cual el sol era apenas adivinado por la presencia de los pocos rayos que alcanzaban a filtrarse entre el follaje.

Al amanecer, tanto como a la puesta del sol los monos aulladores y las cotorras dejaban oír sus alaridos, pero durante las calurosas horas del día sólo el zumbido de los insectos, remedando el ruido de una distante marejada, llenaba nuestros oídos mientras que nada se movía entre las solemnes vistas de estupendos troncos perdiéndose en la oscuridad que nos rodeaba.

A pesar de eso había indicaciones de que la vida humana no se encontraba ausente de aquellos parajes. El tercer día de viaje oírnos un extraño, profundo retumbar, rítmico y solemne. Los dos botes surcaban el centro del río a poca distancia uno del otro, y nuestros indios se inmovilizaron, como si se tornaran de bronce, escuchando intensamente con expresión de terror.

-¿Qué es eso? -pregunté.

-Tambores -explicó Lord John-. Tambores de guerra. Los he oído con anterioridad.

-Así es, señor. Tambores de guerra -confirmó el mestizo Gómez-. Indios salvajes, bravos, no mansos. Nos vigilan todo el viaje. Nos matarán si pueden.

En la tarde de aquel día, por lo menos seis o siete tambores sonaban en otros tantos puntos a nuestro

alrededor. A veces con rapidez, lentamente otras. Un redoble vibrante y agudo desde el este, al que seguía otro grave, profundo, desde el norte. Algo indescriptible, amenazador y torturante se insinuaba en aquel constante sonido. Parecía repetir la frase de Gómez: "Los vamos a matar si podemos... Los vamos a matar si podemos". Toda la paz y tranquilidad de la naturaleza en reposo se mostraba a nuestro alrededor, en aquella oscura cortina de vegetación; pero desde más allá, detrás de la arboleda, se repetía el mensaje. "Los vamos a matar si podemos" decía el tambor del este. "Los vamos a matar si podemos" repetía el del norte.

Todo el día retumbaron los tambores, mientras que la amenaza mostraba sus efectos en las caras de nuestros compañeros de viaje.

Aquella noche detuvimos nuestras canoas en el centro del río, con grandes piedras a manera de anclas, y efectuamos todos los posibles preparativos para defendernos de cualquier ataque. No obstante, al romper el día continuábamos sin novedad y proseguimos viaje, mientras que el redoble de tambores moría a nuestras espaldas.

Alrededor de las tres de la tarde llegamos a un rápido de pronunciada corriente y casi una milla de

largo, que era el mismo en el que el profesor Challenger había sufrido el desastre de su primer viaje. Confieso que el verlo me consoló, pues era realmente la primera corroboración directa, somera y todo como resultaba, de la verdad de su narración. Los indios transportaron las canoas y luego nuestros enseres a través de la maleza, extremadamente espesa en este lugar, mientras que nosotros, con las armas al hombro, caminábamos entre ellos y cualquier peligro que pudiera presentarse desde la arboleda. Antes del atardecer habíamos concluido con tranquilidad el cruce de los rápidos y continuamos viaje avanzando cerca de diez millas antes de anclar para pasar la noche. Calculo que ya habríamos recorrido más de cien millas por este afluente del gran río.

Al día siguiente, desde el amanecer, el profesor Challenger se mostró extremadamente inquieto, observando con atención continuada cada costa del río. De pronto, señaló un árbol solitario que se proyectaba sobre la corriente, en un extraño ángulo.

-¿Qué es eso? -preguntó a Summerlee.

-Sin lugar a dudas, una palmera Assaí -fue la respuesta.

-Exactamente. Y una palmera Assai es el punto de referencia que seleccioné. El paso secreto está media milla río arriba, en la costa opuesta. Ninguna abertura entre la arboleda lo señala. Allí, donde el verde claro de esos juncos reemplaza al verde de la arboleda..., eso es, allí. En ese punto se encuentra mi entrada privada al mundo de lo desconocido. Adelante, remen en esa dirección y lo verán.

Se trataba realmente de un paisaje de maravilla.

Después de remar entre los juncos durante un centenar de metros, emergimos en una corriente plácida, de poca profundidad, cuyas transparentes aguas permitían ver el fondo arenoso. Su anchura no excedía una veintena de metros, y en ambas costas lucía la más lujuriente vegetación.

Verdaderamente, se trataba de una escena de cuento de hadas.

Sobre nuestras cabezas se entrelazaba la vegetación, y a través de este túnel de verdor, en la luz dorada del crepúsculo, corría el diáfano río, hermoso de por sí pero exaltada su belleza por la calidad tenue de la luz que inundaba toda la escena.

Claro e inmóvil como la lámina de cristal, verde como el filo de un iceberg, se extendía el río delante de nosotros bajo la frondosa arcada. Cada golpe de

remo producía miles de pequeñas ondas que quebraban la brillante superficie.

Era en verdad una adecuada avenida por la cual internarse en un mundo de maravillas.

Todo rastro de los indios había quedado atrás, pero la vida animal era ahora más frecuente, y la mansedumbre de las criaturas demostraba que desconocían al cazador.

Durante tres días recorrimos este túnel de verde luminosidad. En las rectas largas, apenas podíamos distinguir donde terminaba el verdor del agua y empezaba el verde follaje de la profusa arboleda. La profunda paz de este extraño río no mostraba absolutamente ninguna señal de haber sido hollada por seres humanos.

-No vienen indios aquí. Temen hacerlo. Curupuri -comentó Gómez.

-Curupuri es el espíritu de los bosques -explicó Lord John-. Los pobres diablos creen que hay algo temible en esta dirección, y en consecuencia la evitan en sus correrías.

El tercer día se hizo evidente que nuestro viaje en canoa no duraría mucho más, ya que la corriente era cada vez menos profunda. Dos veces en un par de horas nuestras embarcaciones vararon. Final-

mente empujarnos las canoas contra la maleza sobre la costa, y pasamos la noche en tierra firme. En la mañana Lord John y yo caminamos por la costa un par de millas estudiando la corriente, pero habiendo confirmado que era aún más playa, regresamos para informar de ello al resto de nuestros compañeros de expedición.

Ocultamos las canoas marcando el lugar con unos golpes de hacha en los árboles para, poder localizarlas a nuestro regreso, distribuimos la carga entre todos nosotros y, echándonos al hombro las mochilas, dimos comienzo a la más penosa parte de nuestro recorrido.

Una infortunada discusión entre nuestros dos sabios marcó la iniciación de la nueva etapa. Desde el momento en que Challenger se nos unió, había estado dando órdenes a todos, con evidente descontento de Summerlee. Ahora, al asignarle una tarea a su colega se trataba tan sólo de llevar un barómetro de aneroide-, éste explotó finalmente.

-¿Puedo saber en virtud de qué especial derecho se toma usted la libertad de dar estas órdenes? -preguntó con deliberada calma.

-Lo hago, profesor Summerlee, como director de esta expedición.

-Me veo obligado a informarle que no le reconozco en ningún modo la condición de tal, señor.

-¿No me diga? ¿Quiere, entonces, explicarme que estoy haciendo aquí?

-Con mucho gusto. Es usted un hombre cuya veracidad es cuestionada, y esta comisión tiene por objeto juzgarla. Es decir, señor mío, que está usted caminando entre sus jueces.

-¡Perfectamente! -exclamó Challenger sentándose en una de las canoas-. En tal caso, ustedes desearán proceder de acuerdo con vuestra entera voluntad y yo seguiré mis deseos. Si no soy director de la expedición, no esperarán ustedes que los dirija, por supuesto.

Gracias a Dios estábamos allí Lord Roxton y yo, pues de otro modo la petulancia y tontería de nuestros sabios profesores nos habría obligado a regresar sin llegar a nada en nuestro viaje. Después de mucho rogar, argumentar y discutir, conseguimos que ambos se pusieran en cierto modo de acuerdo y reiniciamos nuestra interrumpida travesía.

Por una afortunada casualidad descubrimos entonces que tanto Challenger como Summerlee tenían la más pobre opinión del doctor Illingworth de Edimburgo, de modo que desde allí en adelante el

zoólogo escocés se convirtió en nuestra válvula de seguridad: cada vez que la situación entre nuestros dos sabios llegaba a ser demasiado tensa, mencionábamos su nombre y durante largo rato los veíamos en temporaria alianza y amistad en sus insultos y expresiones de desprecio contra el rival común.

Avanzando en fila india por la costa de la corriente, pronto descubrimos que se convertía en un mero arroyuelo y finalmente se perdía en una zona de pantanos en los que el barro nos llegaba a las rodillas, mientras sobre nuestras cabezas zumbaban nubes de mosquitos, por lo que nos alegramos de encontrar tierra firme y hacer un rodeo para evitar este pestilente cenagal.

Al segundo día después de haber abandonado las canoas nos encontrábamos en una región de características totalmente diferentes. Nuestro camino era constantemente ascendente, y los bosques se hacían menos cerrados y perdían su exuberancia tropical. Los grandes árboles de la llanura amazónica daban lugar ahora a palmeras reunidas en aislados grupos, con serrada vegetación baja entre ellos.

Viajábamos guiados exclusivamente por nuestra brújula y una o dos veces hubo diferencias de opinión entre Challenger y los indios, y en esas ocasio-

nes, citando las indignadas palabras del profesor "todos nos pusimos de acuerdo para confiar en los falaces instintos de salvajes subdesarrollados en lugar de seguir las directivas del más acabado producto de la moderna cultura europea". Pronto se demostró que habíamos acertado en nuestra decisión, ya que no tardamos en encontrar varios elementos que Challenger admitió reconocer como hitos de su expedición anterior, incluyendo cuatro piedras ennegrecidas por el fuego que señalaban la ubicación de un campamento.

El camino continuaba ascendiendo y cruzamos una elevación tachonada de rocas cuya travesía nos llevó dos días. La vegetación continuaba cambiando. Ocasionalmente algún pequeño arroyuelo nos brindaba sitio para acampar, y en sus aguas pescábamos peces del tamaño y forma de la trucha inglesa, con los que preparábamos nuestras comidas.

Al noveno día después de dejar las canoas, y recorridas ya cerca de ciento veinte millas, comenzamos a dejar debajo de nosotros a los últimos árboles, que ya eran meros arbustos. Su lugar fue ocupado por inmensas extensiones de bambú, que crecía tan tupido que apenas podíamos atravesarlo cortando a machete un paso entre las cañas. Todo el

día nos llevó trasponer ese obstáculo, y al oscurecer, recién terminado de cruzar ese cinturón de bambúes, preparamos nuestro campamento para pasar la noche.

La mañana siguiente nos encontró ya en pie, dispuestos a continuar la marcha.

El paisaje había vuelto a sufrir una transformación. Detrás de nosotros la pared de bambú, tan definida como si marcará el curso de un río; al frente, amplia llanura, ligeramente inclinada y punteada con manchones de helechos arborescentes, el terreno se curvaba hacia arriba hasta terminar en una extensa serranía, a la que llegamos cerca del mediodía para descubrir que detrás de ella aparecía un valle de poca profundidad, que nuevamente se elevaba con suave al inclinación hasta llegar a una línea de horizonte baja, redondeada. Allí fue donde, mientras cruzábamos la primera de estas colinas, se produjo un incidente cuya importancia no quiero juzgar.

El profesor Challenger, que con los dos indios formaba la vanguardia del grupo, se detuvo abruptamente y señaló hacia la derecha. Entonces vimos, a una milla aproximadamente, algo que parecía ser un gran pájaro gris aleteando lentamente desde el suelo

y planeando suavemente, en un vuelo bajo y recto, hasta perderse entre los árboles.

-¿Vieron eso? -gritó Challenger entusiasmado-. Summerlee, ¿vio usted eso?

-¿Y qué dice usted que era eso? -preguntó éste a su vez.

-Un pterodáctilo; con toda seguridad que es un pterodáctilo.

-¡No me diga! -fue la irónica respuesta de Summerlee-. Tan sólo cigüeña...

Challenger estaba demasiado furioso para responder. Se echó la mochila al hombro nuevamente y continuó la marcha, pero Lord John se adelantó, con expresión más seria que lo habitual. En sus manos sostenía un par de prismáticos.

-Alcancé a enfocarlos antes que se perdiera entre los árboles -explicó-, y puedo arriesgar mi reputación de cazador a que no es ningún tipo de pájaro que yo haya visto antes en mi vida.

Así quedaron las cosas.

¿Estamos realmente al borde de lo desconocido?

¿Son éstos los puestos de avanzada de este mundo perdido del que habla el director de la expedición?

Les he presentado el incidente tal como ocurrió, y saben ustedes tanto como yo del asunto. Nada que podamos considerar notable, dado lo poco que en realidad hemos visto.

Ya nuestra meta está a la vista:

Al trasponer la segunda línea de colinas nos encontramos con una llanura irregular cubierta de palmeras, y tras ella apareció el acantilado de basalto que ya había visto en el dibujo, en casa del profesor Challenger.

Challenger se contonea como un pavo real, y Summerlee está silencioso, si bien continúa manifestándose escéptico.

Un nuevo día pondrá fin a todas las dudas.

Mientras tanto, dado que José insiste en regresar, ya que tiene un brazo muy lastimado por las astillas de bambú, aprovecharé para remitir esta nueva carta confiando en que llegue a destino.

CAPÍTULO 9

ALGO IMPREVISTO

Cuando terminé de escribir mi anterior carta, indiqué que estábamos cerca de la enorme línea de acantilados que envolvía, fuera de toda duda, la meseta de que había hablado el profesor Challenger.

Aquella noche montamos nuestro campamento al pie de aquel acantilado, en un lugar sumamente desolado y salvaje. El risco, por sobre nuestras cabezas, no sólo era perpendicular, sino que se curvaba hacia afuera, con lo que el pensar en trepar por sus paredes quedaba completamente fuera de cuestión. Cerca se elevaba el pináculo rocoso que creo haber mencionado al comienzo de nuestra narración. Es como una ancha torre de iglesia cuya parte superior está al nivel de la meseta, pero con un gran

abismo entre ambas. Tanto el pináculo como la meseta son relativamente bajos, de ciento cincuenta a ciento ochenta metros, diría. Sobre el pináculo crecía un alto árbol.

-Allí estaba el pterodáctilo que cacé -mostró Challenger señalando aquel árbol-. Trepé a mitad de camino por el pináculo antes de disparar contra él. Considero que un buen alpinista como yo puede trepar hasta la cumbre de esa roca, pero no por ello se encontrará más cerca de la meseta que antes.

Mientras Challenger hablaba de su pterodáctilo, observé a Summerlee, y por primera vez vi signos de cierta credulidad y arrepentimiento. La sonrisa burlona había desaparecido, reemplazada ahora por una atenta expresión de excitación y sorpresa. Challenger, también lo notó y se extasió en paladear la victoria. -Por supuesto, profesor Summerlee, que cuando digo pterodáctilo quiero significar cigüeña, sin dudas. Sólo que se trata de una clase especial de cigüeñas, sin plumas, cubiertas de cuero, con alas membranosas y dientes en sus mandíbulas.

Sonrió, guiñó los ojos e hizo reverencias hasta que su colega se vio obligado a alejarse.

Por la mañana, tras un frugal desayuno, tuvimos un consejo de guerra para establecer el mejor método de ascender a la meseta.

-No creo necesario decirles que en ocasión de mi anterior visita agoté el análisis de los posibles medios de subir -comentó Challenger-. Me considero un excelente alpinista y no creo que donde yo haya fracasado en tal sentido otros puedan tener éxito. En mi anterior visita, repito, carecía de los elementos necesarios para ayudarme en una ascensión, y los he traído ahora, pero ellos sólo me permitirán subir al pináculo, y no a la meseta. Además, en aquella oportunidad me vi presionado por el tiempo, ya que se aproximaba la temporada de las lluvias y mis provisiones se agotaban, de modo que sólo pude explorar cerca de seis millas hacia el este sin encontrar ningún posible camino de ascenso. ¿Qué opinan ustedes sobre nuestra futura actividad?

-Aparentemente nos queda un camino -expreso Summerlee-. Si usted exploró hacia el este, debemos seguir el borde del acantilado hacia el oeste en busca de una vía de acceso.

-Así es -terció Lord John-. Es posible que esta meseta sea relativamente pequeña, de modo que la

circundaremos hasta que, o bien encontrarnos una manera de subir, -o regresamos a este punto.

-Ya expliqué anteriormente a nuestro joven amigo que es imposible que exista una manera fácil de subir, pues de tal modo esta meseta no estaría aislada y no se habría visto librada de las leyes generales de la evolución. No obstante, admito que puede muy bien darse la posibilidad de que exista un lugar por donde un experto alpinista pueda subir, y sin embargo un animal pesado y corpulento no pueda descender. De todos modos, es una realidad indudable que *hay* un sitio por donde se puede subir.

-¿Cómo lo sabe? -fue la incisiva pregunta de Summerlee.

Porque mi predecesor, el americano Maple White, realmente llegó a efectuar tal ascensión. De otra manera no pudo haber visto al monstruo que dibujé en su cuaderno de apuntes.

-Está usted anticipándose a los hechos probados. Admito la existencia de su meseta, pues la he visto, pero no acepto todavía que contenga ninguna forma especial de vida.

-Lo que usted acepte o no es de muy poca importancia. Me alegra observar que finalmente la meseta

haya interferido en su obstinación y se haya hecho aparente a su inteligencia.

Challenger miró hacia arriba admirando la meseta como si fuera de su propia pertenencia, y de pronto comenzó a actuar con excitación. Tomó a Summerlee del cuello, le obligó a levantar la cabeza mientras le gritaba que observara algo.

Un espeso borde de vegetación sobresalía del límite del arrecife, y por sobre éste, un objeto negro y brillante emergía, moviéndose con lentitud. Una forma de serpiente, enorme, con una peculiar cabeza chata en forma de pala.

Summerlee había estado tan interesado que permaneció observando sin resistirse, mientras Challenger le inclinaba la cabeza. Ahora se desprendió de su colega y recuperó la dignidad.

-Le agradeceré que en lo sucesivo trate de hacer las indicaciones que le resulten necesarias sin recurrir al expediente de tomarme de la barbilla. Ni siquiera la aparición de una muy común pitón de las rocas justifica tal libertad.

-De todos modos, hay vida en esa meseta, y ahora, habiendo demostrado este importante detalle de manera que nadie dude de ello, no obstante cuán obtuso o lleno de prejuicios esté, soy de opinión de

que lo mejor que podemos hacer es levantar el campamento y viajar hacia el oeste hasta que encontremos algún medio de ascender.

El terreno al pie del acantilado era rocoso y quebrado, de modo que nuestra marcha era lenta y difícil. Súbitamente, nos encontramos con algo que levantó nuestros espíritus. Era el lugar de un antiguo campamento, con varias latas de comida de Chicago, una botella con una etiqueta que indicaba "Brandy" un abrelatas roto y una cantidad de otros desperdicios similares. Un viejo periódico conservaba el título "Chicago Democrat", si bien la fecha había desaparecido.

-No era mío -comentó Challenger-. Debe de haber pertenecido a Maple White.

Lord John había estado mirando con curiosidad un gran helecho arborescente que arrojaba su sombra sobre el campamento.

-Miren esto -señaló-. Parece que se trata de un indicador o algo en tal sentido.

Una astilla de madera dura estaba clavada en el tronco de tal manera que señalaba hacia el oeste.

-Ciertamente- concordó Challenger-. Debe ser una guía. Al encontrarse en una situación de peligro, nuestro predecesor dejó esta señal para cualquier

partida de rescate que pudiera seguirlo. Es probable que más adelante encontremos nuevas señales similares.

En realidad, las encontramos, pero eran de una naturaleza terrible y casi inesperada. Inmediatamente debajo del arrecife crecía un considerable grupo de altos bambúes, similar al que tuvimos que atravesar en nuestro viaje. Muchos de los tallos medían hasta seis metros de alto, con las puntas afiladas y fuertes, de tal modo que aún en esa posición parecían formidables lanzas. Estábamos pasando al lado de estos bambúes cuando mis ojos fueron atraídos por algo blanco que brillaba, de modo que aparté algunas cañas para ver mejor, y me encontré con un cráneo humano. Estaba allí el esqueleto completo, pero el cráneo se había separado y rodado de modo que quedó a la vista.

Unos golpes de machete aclararon el lugar permitiéndonos estudiar los detalles de esta vieja tragedia.

Apenas unas hilachas quedaban de lo que había sido ropa, pero sobre los huesos de los pies se veían restos de botas, y era fácil estimar que se trataba de los huesos de un europeo. Un reloj de oro, una cadena que sostenía una estilográfica y una cigarrera

de plata con inscripción "a J. C., de A. E. S." completaban los restos. El estado del metal parecía indicar que la catástrofe había ocurrido no mucho tiempo atrás.

-¿Quién será? -se preguntó Lord John-. ¡Pobre diablo! Cada hueso de su cuerpo parece haber sido roto.

-Y el bambú crece a través de sus costillas quebradas -señaló Summerlee-. Es una planta de crecimiento rápido, pero es inconcebible que este cuerpo haya estado allí mientras las cañas crecían hasta esa altura.

-La identidad de este hombre no es ningún misterio- dijo entonces el profesor Challenger-. Antes de encontrarme con ustedes en la fazenda, efectué algunas investigaciones sobre Maple White. En Pará era desconocido, pero afortunadamente contaba con una pista definida. En su libro de apuntes había un dibujo que lo mostraba almorzando con cierto eclesiástico en Rosario. Pude encontrar a ese sacerdote y por él supe que Maple White pasó por Rosario hace cuatro años, es decir, dos antes de que yo lo encontrara, y no viajaba solo, sino que lo acompañaba un amigo, un americano llamado James Colver. Creo, en consecuencia, que no debe quedarnos

ninguna duda de que lo que aquí vemos son los restos de James Colver.

-Ni puede quedarnos ninguna duda de cómo encontró su muerte -acotó Lord -John-. Cayó o fue arrojado desde allá arriba, y así quedó clavado en las cañas. De otro modo no pudo haber sido atravesado por las mismas, con las puntas tan altas sobre nuestras cabezas.

Un temeroso silencio nos dominó mientras contemplábamos los destrozados huesos y comprendíamos cuán acertado estaba Lord John Roxton. El borde del acantilado se proyectaba exactamente sobre las cañas. Era indudable que había caído desde allá. Pero... ¿había caído? ¿Se trataba de un accidente?... Ya comenzaban a formarse ominosas, terribles posibilidades alrededor de aquella tierra desconocida.

Nos alejamos en silencio, continuando nuestra exploración alrededor del farallón, que se mostraba tan uniforme e ininterrumpido como uno de esos monstruosos campos de hielo antártico que he visto descritos como extendiéndose de horizonte a horizonte muy por arriba de los mástiles de los buques exploradores. Durante cinco millas no encontramos nada, ninguna grieta ni hendedura, y de pronto di-

mos con algo que nos llenó de nuevas esperanzas. En un hueco de la roca, protegida de la lluvia, había una marea de tiza o yeso: una flecha que señalaba hacia el oeste.

-Maple White nuevamente -comentó el profesor Challenger-. Debe de haber tenido el presentimiento de que alguien seguiría sus pasos.

Proseguimos durante otras cinco millas y dimos con otra flecha blanca sobre las piedras, en un sitio en que el acantilado mostraba una grieta, la primera que veíamos. Dentro de esa grieta una segunda marca señalaba hacia arriba, con el extremo algo elevado como si el punto indicado estuviera sobre el nivel de nuestras cabezas.

Era un lugar solemne, pues las paredes eran gigantescas y la pequeña línea de cielo azul arriba se veía angostada y oscurecida por una doble orla de vegetación, con lo que al fondo llegaba apenas un poco de luz, suave y difusa.

No habíamos probado bocado hacía ya tiempo, y estábamos sumamente fatigados por el viaje, pero nuestro estado nervioso nos impedía detenernos. Ordenamos a los indios que montaran el campamento y partimos con los dos mestizos a explorar el angosto pasadizo.

Tenía cerca de cinco metros en la entrada, pero rápidamente se angostaba hasta terminar en un ángulo agudo, demasiado recto y liso para un ascenso. Con seguridad que no era éste el lugar que señalaba la flecha de Maple White. Regresábamos ya cuando los experimentados ojos de Lord John dieron con lo que buscábamos. Por sobre nuestras cabezas entre las oscuras sombras, se veía un círculo aún más negro. Ciertamente se trataba de la abertura de una caverna.

La base del acantilado estaba cubierta de, piedras menores, y fue difícil trepar, con lo que disipamos nuestras dudas. No sólo se trataba de una abertura, sino que al lado de la misma vimos nuevamente la señal de Maple White.

Este era el sitio que buscábamos, y por aquí Maple White y su infortunado compañero de viaje habían ascendido.

Estábamos demasiado excitados para regresar al campamento. Debíamos efectuar en seguida nuestra primera exploración. Lord John tenía una linterna eléctrica en su mochila, y con esa luz tendríamos que arreglarnos. Avanzó iluminándose con el pequeño círculo de luz amarillenta, y nosotros le seguimos en fila india pegados a sus talones.

Era evidentemente una caverna producida por la erosión de las aguas, de paredes lisas y con el fondo cubierto de cantos rodados. Permitía el paso de un hombre por vez, y siempre que se agachara un poco. Durante una veintena de metros se mantuvo recta, pero luego comenzó a elevarse hasta el punto en que nos encontramos trepando sobre manos y rodillas entre pedrezuelas que resbalaban. De pronto, una exclamación de Lord Roxton interrumpió el silencio en que avanzábamos.

-¡Está bloqueada!

Apiñándonos detrás de él, pudimos ver que una pared de basalto se extendía delante de nosotros.

En vano nos esforzamos en sacar algunas de las piedras. Lo único que conseguimos fue permitir que las rocas mayores se movieran y amenazaran con caer y aplastarnos. Era evidente que el obstáculo sobrepasaba nuestras posibilidades.

El camino por el que Maple White había subido ya no era utilizable.

Demasiado descorazonados como para conversar, regresamos por el oscuro túnel y volvimos al campamento.

No obstante, antes que saliéramos de la grieta, ocurrió un incidente que es de interés recordar en vista de lo que sucedió más tarde.

Nos habíamos reunido en un pequeño grupo al pie de la garganta, a unos metros debajo de la cueva, cuando una gran roca descendió a gran velocidad, pasando a muy poca distancia. No pudimos ver de dónde venía, pero los dos mestizos, que estaban todavía en la boca de la caverna, dijeron que había pasado al lado de ellos también, y, en consecuencia, debía proceder de la cima. Observamos atentamente, pero no vimos ningún signo de movimiento en la verde maraña que asomaba en la cumbre del acantilado. Sin embargo, no quedaba ninguna duda de que la piedra había sido dirigida a nosotros, con lo que el incidente daba la pauta de existencia de humanidad sobre la meseta..., de una humanidad malévola.

Nos alejamos apresuradamente, con nuestras mentes ocupadas en considerar este nuevo aspecto de la situación. Las cosas ya eran difíciles, pero si ahora agregábamos a los inconvenientes que nos oponía la naturaleza aquellos otros que surgían de la deliberada oposición de algunos hombres, nuestro caso se hacía realmente desesperado.

A pesar de ello, al mirar el hermoso borde de vegetación que coronaba el acantilado, ninguno de nosotros podía concebir la idea de regresar a Londres sin haber, explorado sus profundidades.

Decidimos continuar nuestra investigación tratando de dar la vuelta completa a la meseta, en procura de otra vía de acceso.

Aquella misma noche nos esperaba una nueva experiencia que concluyó con cualquier duda que pudiéramos haber tenido sobre las maravillas que existían tan cerca de nosotros.

Lord John había cazado un agutí -un pequeño animal parecido a un cerdo- y después de dar la mitad a los indios, estábamos cocinando la otra mitad en nuestro fuego. Era una noche sin luna, pero había cierta visibilidad a la luz de las estrellas. De repente, desde las sombras de la noche apareció algo con un silbido como el de un aeroplano, nuestro grupo se vio cubierto por un instante como por un dosel de alas de cuero, y tuve una momentánea visión de un largo cuello, como de serpiente, feroces ojos rojos y un gran pico lleno, para mi sorpresa, de brillantes dientes. Un segundo después aquello había desaparecido... con nuestra cena. Una enorme sombra, de más de cinco metros de ancho, se elevó

en el aire. Por un instante las alas del monstruo cubrieron las estrellas y luego desaparecieron en el borde del acantilado. Permanecimos rodeando el fuego en silencio, sorprendidos como los héroes de Virgilio cuando las Arpías cayeron sobre ellos.

Summerlee fue el primero en hablar.

-Profesor Challenger, le debo mis excusas. Me siento profundamente confuso y le ruego quiera disculpar lo que hubo entre nosotros en el pasado.

Por primera vez, los dos hombres estrecharon sus manos. Esto habíamos ganado con la visión de nuestro primer pterodáctilo. Había costado la pérdida de una cena reunir a los dos sabios.

Pero si en la meseta existía vida prehistórica, no era en cantidades superabundantes, ya que durante los días siguientes liada vimos. Atravesamos un estéril territorio en que alternaba el desierto de piedra con desolados pantanos.

Al sexto día completamos la circunvolución del acantilado y nos encontrábamos en nuestro primer campamento, al lado del pináculo aislado, convencidos ahora de que no existía ser humano capaz de subir, ahora que el camino señalado por Maple White resultaba impracticable.

Pero la mañana siguiente, el profesor Challenger se nos reunió en la mesa del desayuno con aspecto entusiasta.

-¡Eureka! -exclamó, brillando sus dientes bajo la barba al sonreír-. Caballeros, pueden felicitarme y felicitarse. El problema está resuelto.

-¿Ha descubierto una vía de ascenso?

-Me atrevo a decir que sí.

-¡Dónde?

Se limitó a señalar el pináculo, a nuestra derecha.

No lo comprendimos. Teníamos cierta seguridad de poder trepar a su cumbre, pero entre ésta y la meseta se abría un horrible abismo.

-Nunca podremos cruzar...

-Por lo menos podemos llegar allá arriba. Cuando estemos allí espero poder demostrarles que los recursos de una mente inventiva nunca se agotan.

Después del desayuno desembalamos los implementos de alpinismo que había traído el profesor Challenger. Un rollo de sogas de casi cincuenta metros de largo, hierros, grampas y otros objetos. Lord John era un alpinista experimentado y el profesor Summerlee también había efectuado algunos ascensos, de modo que el único novicio era yo, pero mi

fuerza y agilidad reemplazarían mi falta de experiencia.

No fue en realidad tarea ardua, si bien por momentos mis cabellos se erizaron. La primera mitad de la ascensión fue relativamente fácil, pero desde allí en adelante la ladera era cada vez más empinada, de modo que en los últimos quince metros estábamos literalmente colgando de nuestras manos y pies, apoyándonos en pequeños huecos de la roca. Ni Summerlee ni yo hubiéramos llegado si el profesor Challenger no hubiera trepado a la cumbre para desde allí ayudarnos con la soga, que ató alrededor de un árbol.

La primera impresión que recibí una vez recobrado el aliento, fue la extraordinaria vista que desde allí se tenía del territorio que habíamos atravesado. En primer plano, la suave ladera sembrada de rocas y salpicada de helechos arborescentes; un poco más allá, el amarillo y verde de la masa de bambúes que habíamos tenido que cruzar y luego la vegetación, cada vez que se extendía hasta donde podían llegar los ojos.

Estaba yo embebido en este maravilloso panorama, cuando la fuerte mano del profesor Challenger me tomó del hombro.

-Hacia aquí, mi joven amigo. Nunca mire hacia atrás, sino hacia nuestra gloriosa meta.

Al volverme, constaté que el nivel de la meseta concordaba con el que habíamos alcanzado al subir al pináculo, y los verdes grupos de arbustos, con algunos árboles mayores, estaba tan cerca que era difícil admitir que continuaba siendo inaccesible.

Me así al árbol para inclinarme sobre el borde del pináculo. Allá abajo se veían las pequeñas, oscuras figuras de nuestros sirvientes, mirando en nuestra dirección. La pared era perfectamente perpendicular, como aquella que se veía enfrente, correspondiente a la meseta.

-Realmente curioso... -oí que decía el profesor Summerlee.

Lo miré, y vi que examinaba con gran interés el árbol a que yo estaba tomado. La suave corteza y aquellas pequeñas hojas nervadas me resultaron familiares.

-¡Es una haya!

-Exactamente. Un compatriota en esta tierra distante.

-No sólo un compatriota, sino un aliado de gran valor -señaló Challenger-. Este árbol será nuestro salvador.

-¡San Jorge! -exclamó Lord John-. ¡Un puente!

-Exactamente. Anoche pasé horas pensando en nuestra situación y pensé en la posibilidad de contar aquí arriba con elementos para construir un sustituto de puente entre este pináculo y la meseta. ¡Helo aquí!

Era -realmente una brillante idea. El árbol medía fácilmente una veintena de metros de alto y si conseguíamos hacer que cayera sobre el abismo constituiría un excelente puente. Challenger había recogido el hacha del campamento al partir, y ahora me la alcanzó.

-Nuestro joven amigo tiene los músculos y nervios necesarios, y es el más apto para esta tarea. Debo rogarle, no obstante, que tenga especial cuidado en seguir nuestras instrucciones.

Bajo su dirección, efectué en el tronco los cortes que asegurarían que el árbol cayera en la dirección adecuada. Ya estaba inclinado naturalmente hacia la meseta, de modo que no era tarea difícil. Me apliqué a la tarea, en la que me secundó de vez en cuando Lord John, y en poco más de una hora se oyó un fuerte crujido, el árbol se balanceó y cayó hundiendo sus ramas entre los arbustos de la meseta. El tronco giró hasta el borde mismo de nuestra plata-

forma, y por un terrible segundo pensamos que todos nuestros trabajos se verían defraudados, pero mantuvo su equilibrio a pocos centímetros del borde, y allí quedó nuestro puente hacia lo desconocido.

Todos nosotros, sin decir palabra, estrechamos la mano del profesor Challenger.

-Reclamo el honor de ser el primero en cruzar -dijo éste, y se aproximó al árbol, pero fue contenido por Lord John.

-Lo siento, pero no puedo permitirlo.

-¿Que no puede usted permitirlo? ¿Y por qué no?

-En cuestiones científicas, sigo su consejo, pero éste es mi departamento, y en consecuencia, considero que ustedes deben seguirme.

-¿Su departamento?

-Todos tenemos nuestras profesiones, y la del soldado es la mía. De acuerdo con mi enfoque, estamos invadiendo un nuevo país que puede estar lleno de enemigos de toda especie. No es sensato entrar allí ciegamente.

Challenger consintió, encogiéndose de hombros.

-Y bien, ¿qué se propone usted realizar, entonces?

-Por lo que sabemos, puede haber una tribu de caníbales esperándonos entre esos arbustos. Es mejor pensar un plan antes de ir a meternos en su cacerola. Nos satisfaremos pensando que no encontraremos dificultades, pero actuaremos como si las hubiera. Malone y yo descenderemos nuevamente y volveremos a subir, esta vez con los rifles así como con Gómez; y los otros. Un hombre puede, entonces, cruzar el puente mientras el resto de nosotros lo cubrimos con las armas prontas, hasta que vea por sí mismo que los demás podemos cruzar con seguridad.

A pesar de la impaciencia de Challenger así lo hicimos. En poco más de una hora estábamos de regreso con armas, municiones y provisiones suficientes para algunos días en previsión de que nuestra exploración fuera prolongada.

-Y ahora, profesor Challenger, si usted realmente insiste en ser el primero en cruzar... -ofreció Lord John.

A regañadientes agradeció el profesor la oportunidad que se le brindaba, ya que jamás vi un hombre menos dispuesto a aceptar autoridad de otros, y, sentándose sobre el tronco, con el hacha a la espalda, avanzó en breves saltos hasta llegar, en corto

tiempo, al borde de la meseta. Se incorporó y agitó las manos en el aire.

-¡Por fin! -gritó-. ¡Por fin!

Le observé ansiosamente, con cierta vaga expectativa de algo terrible, pero todo estaba tranquilo y, excepto por un pájaro multicolor que voló desde casi sus pies, nada se movía entre la arboleda.

Summerlee fue el segundo. Me maravilló una vez más la energía que encerraba su pequeño cuerpo. Insistió en llevar dos rifles a su espalda, de modo que ambos profesores estuvieran armados cuando él llegara al otro lado. Yo le seguí tratando de no mirar al horrible abismo que se abría a mis pies. En cuanto a Lord John, caminó por sobre el tronco, sin sostenerse. ¡Ese hombre tenía nervios de acero!

Habíamos caminado unos pocos metros cuando oímos un fuerte ruido a nuestras espaldas. Inmediatamente corrimos todos hacia donde habíamos venido, y nos encontramos con que el puente había desaparecido. ¿Había cedido el borde de la plataforma bajo el peso del árbol? Por un momento pensamos en esta explicación, pero en seguida vimos la cara de Gómez observándonos desde el lado más distante del pináculo, pero no ya con la suave sonrisa y la expresión inmovible. Era ahora una

máscara de odio con la salvaje alejería de la venganza satisfecha.

-¡Lord Roxton! ¡Lord John Roxton! -gritó.

-Sí. Aquí estoy -repuso nuestro compañero.

Un grito de alegría se dejó oír desde el lado opuesto del abismo.

-¡Claro que está allí, perro inglés! ¡Y allí se quedará! He esperado y esperado hasta tener esta oportunidad, y aquí estamos. Le resultó difícil llegar allí, y más aún le resultará salir. ¡Malditos tontos, están atrapados!

Estábamos demasiado sorprendidos para hablar. Tan sólo podíamos mirar asombrados. La cara de Gómez desapareció, pero a poco volvió a surgir, más frenética aún su expresión.

-Casi lo matamos con una piedra en la caverna, pero esto es mejor. Es más lento y más terrible. Vuestros huesos se blanquearán allí arriba y nadie sabrá dónde están para venir a cubrirlos. En el momento en que esté muriendo, piense en López, a quien mató usted hace cinco años en el río Putoma-yo. Yo soy su hermano y, no importa lo que me pase, moriré tranquilo, pues su memoria ha sido vengada.

Una mano furiosa se agitó amenazadora, y luego todo fue tranquilidad.

Si el mestizo se hubiera contentado con cumplir con su venganza y escapar, todo le hubiera salido bien, pero su tonto, irresistible impulso latino de dramatizar, le llevó a su fin. Roxton, el hombre que se había adjudicado el mote de Azote del Señor en tres países, no era alguien a quien se podía vituperar a salvo. El mestizo estaba descendiendo por el lado opuesto del pináculo, pero antes de que llegara a tierra Lord John corrió hasta un punto de la meseta desde donde podía verlo. Se oyó un solo disparo de su rifle y, si bien no vimos nada, alcanzamos a oír el grito y luego el distante ruido sordo del cuerpo que caía. Roxton se nos reunió con expresión pétrea.

-He sido un estúpido -comentó amargamente-. Mi idiotez los ha traído a todos ustedes a esta difícil posición. Debía haber recordado que esta gente tiene larga memoria para este tipo de cosas y no tendría que bajar la guardia.

Ahora que teníamos la clave de los movimientos de Gómez, comenzamos a recordar: su constante deseo de saber nuestros planes, su arresto fuera de nuestra tienda cuando trataba de escucharnos, las furtivas miradas de odio que de vez en cuando sor-

prendimos... Estábamos todavía comentándolo cuando una escena al pie de la meseta llamó nuestra atención.

Un hombre en ropas blancas, que sólo podía ser el otro mestizo, corría como quien es perseguido por la Muerte. Pocos metros más atrás, lo hacía nuestro fiel Zambo. En el momento en que mirábamos, éste se arrojó contra el perseguido y le rodeó el cuello con sus potentes brazos. Rodaron juntos por el suelo y un instante después Zambo se incorporó, miró al hombre postrado y, agitando las manos en nuestra dirección, se acercó al pie de la meseta.

Los dos traidores habían desaparecido, pero el mal que nos habían hecho los sobrevivía. Habíamos sido habitantes, del mundo. Ahora éramos de la meseta. Dos cosas completamente distintas, absolutamente separadas. Allá estaba la llanura por la que llegaríamos a las canoas, y más allá, trasponiendo el neblinoso horizonte, la gran corriente que nos llevaría de regreso a la civilización. Pero el eslabón entre nosotros y ese mundo había desaparecido. Un instante, y había quedado alterada totalmente la condición de nuestra existencia.

Fue entonces cuando tuve la completa noción del temple de mis camaradas de aventuras. Estaban graves, es cierto, y pensativos, pero evidenciando invencible serenidad. Esperamos entre los arbustos, hasta que la hercúlea figura de Zambo emergió en la cumbre del pináculo.

-¿Qué puedo hacer? ¡Díganmelo, y lo haré! ¡Lo que sea! -gritó.

Era una pregunta más fácil de formular que de responder. Sólo una cosa estaba en claro. El constituía nuestro único vínculo con el mundo exterior. De ningún modo podía alejarse de allí.

-No los dejaré. Cualquiera cosa que pase, me encontrarán ustedes aquí. Pero no puedo retener a los indios. Están asustados. Dicen que Curupuri vive aquí y quieren volver a sus casas. Ahora que ustedes no están, no podré retenerlos.

-¡Haz que se queden hasta mañana, Zambo! -le grité-. ¡Así podré enviar una carta por intermedio de ellos!

-¡Muy bien, señor! Le prometo que esperarán hasta mañana. Pero, ¿qué puedo hacer ahora por ustedes?

Era mucho lo que necesitábamos de él, y lo cumplió admirablemente. Ante todo, bajo nuestras di-

rectivas, desató la soga del tocón del árbol y nos arrojó un extremo. No era mucho más gruesa que una soga de colgar ropa, pero, si bien no nos servía para utilizarla a modo de puente, podría resultarnos de utilidad en caso de que tuviéramos que trepar. Luego aseguró el extremo de la misma el bulto con provisiones que habíamos subido, y conseguimos deslizarlo hasta nosotros, con los que nos hacíamos de medios para sobrevivir por lo menos durante una semana, aun cuando no encontráramos elementos que nos permitieran abastecernos. Finalmente descendió y llevó hasta la cumbre del pináculo dos paquetes más de distintas cosas una caja de municiones y gran cantidad de otros elementos de los que nos hicimos arrojándole la soga y recogéndola otra vez. Ya comenzaba a oscurecer cuando descendió finalmente, asegurándonos que retendría a los indios hasta el día siguiente.

CAPÍTULO 10

SORPRESA TRAS SORPRESA

Cosas increíbles nos han sucedido y continúan produciéndose. Todo el papel que nos queda consiste en cinco viejas libretas de apuntes y no tengo más que esta estilográfica, pero mientras pueda mover mi mano continuaré anotando nuestras experiencias e impresiones, ya que, dado que somos los únicos hombres en toda la humanidad que vemos tales cosas, es de enorme importancia que queden anotadas mientras se mantienen frescas en mi memoria y antes que el destino que constantemente nos amenaza llegue a terminar con nosotros. Tanto si Zambo puede finalmente llevar estas cartas hasta el río, o si por alguna casualidad yo mismo puedo llevarlas conmigo, o, finalmente, si algún audaz ex-

plorador, siguiendo nuestros pasos tal vez con la ayuda de un monoplano perfeccionado, encuentre este fajo de manuscritos; de cualquier modo, trataré de que lo que estoy escribiendo llegue a ser un clásico de la literatura de aventuras de la vida real.

La mañana siguiente al día en que quedamos atrapados en la meseta por la villana acción de Gómez, comenzó una nueva etapa en nuestras experiencias. El primer incidente no conducía precisamente a que me formara una idea agradable del lugar en que nos encontrábamos. Al despertarme, vi que sobre mi tobillo había una gran uva purpúrea. Asombrado, me incliné para recogerla y sentí horror vi que al tomarla entre mis dedos reventaba esparciendo sangre. Mi grito de desagrado atrajo a los dos profesores.

-Muy interesante -dijo Summerlee inclinándose sobre mi pierna-. Una garrapata gigantesca y, hasta donde puedo recordar, no clasificada aún.

-Los primeros frutos de nuestro esfuerzo -señaló Challenger en su habitual manera pedante de hablar-. No podemos menos que llamarla *Ixodes Malomi*. El pequeño inconveniente de sufrir la picadura se verá ampliamente compensado, estoy seguro, con el glorioso privilegio de inscribir su nombre en el in-

mortal catálogo de la zoología. Lamentablemente usted reventó este hermoso espécimen en el momento de saciedad.

-¡Bicho sucio! -rezongué.

El profesor Challenger levantó sus pobladas cejas con expresión de protesta, y apoyó una de sus manos sobre mi hombro.

-Debe usted cultivar el ojo científico, y la objetivamente científica. Para un hombre de temperamento filosófico la garrapata, con su probosis alacantada y su estómago extensible es una obra de arte de la naturaleza como lo es el pavo real o la aurora boreal. Me appena oírle hablar de modo tan poco científico. Sin duda, con debida asiduidad conseguiremos otro ejemplar.

-Sin lugar a dudas -comentó Summerlee-. Uno de ellos acaba de desaparecer debajo del cuello de su camisa.

Challenger saltó gritando como un toro, tirando frenéticamente de su camisa, mientras la risa nos impedía a Summerlee y a mí ayudarlo. Finalmente conseguimos descubrir su monstruoso pecho. Su cuerpo estaba totalmente recubierto de negro vello, formando una tupida maraña de entre la cual conseguimos extraer la garrapata antes que lo picara, pero

los arbustos de los alrededores estaban llenos de aquellos horribles bichos de modo que decidimos cambiar a ubicación del campamento.

Antes de hacerlo resultaba necesario hacer arreglos con el fiel negro, que en esos momentos aparecía en el pináculo con una cantidad de latas de cacao y bizcochos, que nos arrojó. Le indicamos que retirara, de nuestras provisiones allá abajo, lo necesario para subsistir durante dos meses, y que el resto se lo entregara a los indios en pago de sus servicios y por llevar nuestras cartas hasta el Amazonas. Algunas horas después los vimos alejarse sobre la llanura, con bultos sobre la cabeza, siguiendo el camino por el que habíamos llegado. Zambo ocupó nuestra pequeña tienda de campaña en la base del pináculo y allí se estableció, nuestro único vínculo con el mundo exterior.

Cumplido esto, iniciamos nuestra actividad en la meseta. Cambiamos de ubicación el campamento, alejándonos de los arbustos cargados de garrapatas, y lo trasladamos hasta un pequeño claro rodeado de árboles, en el que había grandes rocas chatas en el centro con un excelente pozo de agua cerca, y allí nos establecimos.

Nuestro primer cuidado fue hacer una lista de nuestras provisiones, de modo que pudiéramos saber con qué contábamos. Con las cosas que habíamos traído personalmente más lo que nos alcanzó Zambo, nos encontrábamos bastante bien surtidos. Lo más importante, especialmente en vista de los peligros que pudieran presentarse, contábamos con nuestros cuatro rifles y mil trescientas balas, así como una escopeta, si bien tan sólo no más de ciento cincuenta cartuchos de munición pequeña.

Contábamos también con alimentos como para varias semanas, algunos instrumentos científicos, incluso un gran telescopio y un buen par de prismáticos.

Reunimos todo esto y, como primera precaución cortamos con nuestra hacha y cuchillos una gran cantidad de ramas de los arbustos espinosos de nuestro alrededor, las que apilamos en círculo, para formar nuestro lugar de refugio contra posibles peligros y almacén para nuestras provisiones.

Llamamos a esta precaria defensa "Fort Challenger".

Era mediodía antes que concluyéramos nuestros trabajos, pero el calor no era opresivo, y en general

el aspecto de la meseta, tanto en lo que respecta a clima como a vegetación, era moderado,.

Los árboles que nos rodeaban eran especialmente hayas, robles e incluso abedules. Un gran árbol que extendía sus grandes ramas y copioso follaje sobre el fuerte que habíamos construido. A su sombra continuamos nuestra discusión, escuchando los puntos de vista de Lord John, que había rápidamente asumido el comando en el momento de acción.

-Mientras nadie, ni hombre ni bestia, nos vea u oiga, estaremos a salvo. Ni bien sepan de nuestra existencia comenzarán nuestras dificultades. Aparentemente no hemos sido descubiertos aún, de modo que debemos mantenernos ocultos por un tiempo y espiar a nuestro alrededor, de modo de llegar a conocer a nuestros posibles vecinos antes de tratar de visitarlos.

-Pero tenemos que avanzar... -me atreví a señalar.

-¡Con toda seguridad que lo haremos! Pero en forma sensata. Nunca nos alejaremos tanto que no nos resulte posible regresar a nuestra base, y por sobre todo, jamás dispararemos nuestras armas a menos que sea cuestión de vida o muerte.

-Pero *usted* lo hizo ayer -puntualizó Summerlee.

-Sí, no pude evitarlo. No obstante, el viento era fuerte y soplabá hacia fuera de la meseta. Es poco probable que el sonido se haya adentrado mucho. Y, de paso, ¿qué nombre daremos a este lugar? Supongo que nos corresponde a nosotros bautizarlo.

Se oyeron varias sugerencias más o menos atinadas, pero la de Challenger fue definitiva.

-Puede llevar sólo un nombre: el del pionero que la descubrió. Es la Tierra de Maple White.

Y así fue, y así queda designada en el mapa que como tarea especial he comenzado a delinear, y así aparecerá, espero, en los Atlas del futuro.

La invasión pacífica de la Tierra de Maple White era nuestra inmediata y urgente tarea. Teníamos ya conocimiento directo de que el lugar estaba habitado por criaturas desconocidas, concordando nuestra experiencia con parte de lo anticipado por el libro de apuntes de Maple White. Además, cabía suponer la existencia de seres humanos, y de instinto agresivo, según sugería el cadáver empalado en los bambúes, que no pudo llegar allí de otra manera que siendo arrojado desde arriba. Nuestra situación, signada por la imposibilidad de huida, rodeada de peligros, hacía que nuestra razón apoyara todas las medidas de seguridad que sugería Lord John, pero

era imposible pretender que nos mantuviéramos en el borde de este mundo de misterio cuando nuestras almas temblaban de impaciencia por actuar.

En consecuencia, bloqueamos la entrada de nuestro reducto con más ramas espinosas y dejamos nuestro campamento con las provisiones completamente rodeadas por este cerco protector. Luego nos adentramos en lo desconocido lenta y cautamente, siguiendo el curso del arroyuelo que partía desde nuestro manantial, que siempre podría servirnos de guía para regresar.

Apenas habíamos avanzado unos cientos de metros entre la selva en que Summerlee reconoció árboles de especies ya desaparecidas en el mundo exterior, cuando Lord John se detuvo levantando una mano.

¡Miren esto! ¡Debe ser la huella del padre de todos los pájaros!

Al decir esto señalaba una marca de tres dedos impresa en el barro. Cualquiera que fuese la criatura que la había dejado, había cruzado el pantano y entrado en la selva. Si se trataba realmente de un pájaro, su pie era tanto más grande que el de un avestruz que su tamaño, en la misma escala, debía ser mons-

truoso. Lord John miró con cuidado alrededor, y puso dos balas en su rifle de elefantes.

-Apuesto mi buen nombre como rastreador a que esta huella es fresca. No hace todavía diez minutos que fue dejada. Miren ustedes cómo el agua todavía fluye dentro de la parte más profunda. ¡Miren! Aquí hay huellas de otro más pequeño.

Efectivamente, huellas más pequeñas de la misma forma general corrían paralelas a las grandes.

-¿Y qué es esto? -preguntó el profesor Summerlee señalando lo que parecía la impresión de una gran mano de cinco dedos entre las huellas de tres.

-¡Wealden! -gritó Challenger extasiado-. Las he visto en las arcillas de Wealden. Se trata de una criatura que camina erecta sobre pies de tres dedos y ocasionalmente apoya una de sus patas delanteras de cinco dedos sobre el suelo. No es un pájaro, mi estimado Roxton, no un pájaro.

-¿Un mamífero?

-Tampoco. Un reptil: un dinosaurio. Ningún otro animal puede dejar un rastro así.

Sus palabras murieron en un susurro y todos nos detuvimos, inmovilizados por la sorpresa. Siguiendo el rastro habíamos dejado atrás el pantano y tras cruzar una zona de arbustos llegamos a una pradera

abierta, en la que pastaban cinco de las más extras criaturas que jamás había visto. Nos ocultamos entre los arbustos y observamos con comodidad.

Había, como he dicho, cinco animales: dos adultos y tres pequeños. Su tamaño era enorme, hasta el punto de que los más chicos eran grandes como elefantes, mientras que los otros dos superaban el tamaño de todas las criaturas que conozco. Tenían piel de color de pizarra, con escamas como las de un lagarto, que brillaban a la luz del sol. Los cinco estaban sentados sobre la ancha, potente cola, mientras que con sus patas delanteras bajaban ramas de los árboles que mordisqueaban. No se me ocurre una mejor manera de describirlos que decir que semejaban enormes canguros de seis metros de largo, con pieles como cocodrilos negros.

Su fuerza era colosal, hasta el punto de que uno de los animales adultos, al no poder alcanzar algunas ramas de un árbol, optó por rodear el tronco con sus patas delanteras y arrancarlo como si se tratara de un arbusto. Pero esto sirvió para demostrar dos cosas a la vez: el gran desarrollo de sus músculos, y el escaso nivel alcanzado por su cerebro. El árbol se le cayó encima debido al mal manipuleo, y la bestia emitió una serie de agudos gritos.

Aparentemente, el incidente lo llevó a suponer que el sitio era peligroso por lo que en seguida desapareció saltando entre los árboles, seguido de su compañero y de los tres cachorros.

Miré a mis camaradas. Lord John miraba fijamente, con el índice sobre el gatillo y su alma de cazador escapando ansiosa por sus ojos. ¡Qué no daría por tener una cabeza corno aquéllas entre los dos remos cruzados sobre la chimenea en su departamento de Albany! Pero su razón lo contenía, pues el éxito de nuestra empresa dependía de que nuestra existencia pasara inadvertida. Los dos profesores guardaban extasiado silencio. En su excitación se habían tomado inconscientemente de la mano, y permanecían así, como dos niños en presencia de una maravilla; las mejillas de Challenger se expandían en una seráfica sonrisa, mientras que la cara sardónica de Summerlee se suavizaba en un momento de maravilla y reverencia.

-¡Qué dirán de esto en Inglaterra! -comentó el último, finalmente.

-Mi querido Summerlee, puedo decirle con seguridad lo qué dirán. Que es usted un infernal mentiroso y un charlatán científico, exactamente como usted y otros dijeron de mí.

-¿Y las fotografías?

-Falsificaciones, Summerlee. ¡Malas falsificaciones!

-Pero..., ¿si les mostramos algunos ejemplares?

-¡Ah! Así tal vez. Malone y sus colegas de Fleet Street pueden comenzar a gritar sus abalanzas. Agosto veintiocho..., el día en que vimos cinco iguanodontes vivos en un prado de la Tierra de Maple W. Anótelos, Malone, y envíelos a su diario.

-Pero asegúrese de esquivar el puntapié -rió Lord John-. Las cosas se ven distintas desde la latitud de Londres, y es probable que su editor no quede muy convencido de su estabilidad mental o de su veracidad. Muchos hombres no cuentan sus aventuras por miedo a que no se les crean, y no podemos culparlos. ¿Cómo dijo usted que se llaman esos animales?

-Iguanodontes. Pueden encontrarse sus huellas en las arenas de Hastings, en Kent y en Sussex. El sur de Inglaterra estaba lleno de estos animales cuando había allí abundante vegetación para alimentarlos. Las condiciones cambiaron y las bestias murieron. Parece ser que aquí esas condiciones se mantienen, lo que ha permitido la supervivencia de estos animales.

-Si alguna vez salimos vivos de aquí, me gustaría llevar una cabeza conmigo. ¡Cómo palidecerían algunos de esos cazadores del África si vieron esto! De todos modos, no sé por qué, pero tengo la sensación de que no estamos muy seguros en estos momentos.

Yo también percibía misterio y peligro a nuestro alrededor. Como si en la sombría arboleda se escondiera una constante amenaza: al mirar el fresco follaje, vagos terrores oprimían nuestros corazones. Es cierto que los monstruos que acabábamos de ver eran bestias relativamente inofensivas, pero..., ¿qué horrores podían esconderse entre las rocas y arbustos de esta tierra de sorpresa?

Aquella misma mañana, la de nuestro primer día en la Tierra de Maple White, sabríamos qué extraños riesgos enfrentaríamos. Fue una aventura aborrecible que me repugna recordar.

Todo sucedió así: Atravesamos muy lentamente los bosques, en parte debido a que Lord John actuaba como explorador antes de que nosotros avanzáramos, y además, debido que a cada paso alguno de los profesores se detenía con expresión de asombro ante algún insecto o flor de tipo desconocido para ellos hasta entonces. Después de dos o

tres millas recorridas así por la margen derecha del arroyuelo, llegamos a un amplio claro en la arboleda. Un cinturón de matorrales conducía a un apiñamiento de rocas. Hacia allí nos dirigíamos cuando percibimos un extraño ruido, mezcla de silbido y graznido, que llenaba el aire de constante clamor y parecía provenir de algún punto delante de nosotros. Lord John levantó la mano indicándonos que nos detuviéramos, y corrió agachado hacia la línea de rocas, donde se asomó con gesto de asombro. Allí permaneció mirando fijamente un largo rato, como si nos hubiera olvidado. Finalmente nos hizo señas de que nos aproximáramos, si bien mantuvo la mano en alto indicándonos precaución. Todo su aspecto parecía decir que algo maravilloso, pero lleno de peligro, nos esperaba. Apiñándonos a su lado espiamos por sobre las rocas. Se trataba de un pozo, posiblemente un antiguo cráter volcánico, en cuyo fondo, a algunos centenares de metros de donde estábamos, se acumulaban grandes charcos de agua estancada, verdosa, orlados de juncos. De por sí constituía un paisaje horripilante, pero los seres que lo habitaban lo convertían en una escena del Infierno de Dante. Cientos de pterodáctilos se congregaban ante nuestra vista. Toda el área del

fondo se veía cubierta por los pequeñuelos y sus repugnantes madres empollando huevos amarillentos de aspecto correoso. Desde esta obscena masa de vida reptil se elevaba el ruido que nos había llamado la atención, y un olor rancio, pestilente, que enfermaba. Y sobre todo esto, más como ejemplares muertos y embalsamados que si se tratara de animales vivos, estaban los horribles machos, parados sobre las rocas absolutamente quietos con excepción del movimiento de sus ojos rojizos y un ocasional mordisco al aproximárseles algún insecto. Sus enormes alas membranosas estaban plegadas alrededor de sus cuerpos, lo que les daba el aspecto de ancianas gigantescas envueltas en chales tejidos, con sus feroces cabezas asomando, por sobre ellos. Entre grandes y pequeños estos inmundos animales superaban el millar.

De buena gana, nuestros profesores hubieran permanecido allí todo el día, extasiados por esta oportunidad de estudiar la vida de una era prehistórica. Señalaban los restos de peces y aves sobre las rocas, que indicaban los hábitos alimenticios de estos dragones voladores, y los oí comentar con placer el haber podido aclarar el motivo por el que en ciertas áreas definidas, tales como Cambridge Geen-

sand, se han encontrado huesos de pterodáctilos en grandes cantidades, lo que atribuyeron a las costumbres gregarias de los mismos.

Finalmente, Challenger se inclinó provocando la caída de una roca, lo que pudo costarnos la vida a todos. Instantáneamente uno de los machos emitió un penetrante grito emprendiendo el vuelo sustentado por los seis metros de sus alas membranosas, imitado por todo el círculo de centinelas, mientras que las hembras y los pequeños se agrupaban apretados cerca del agua. Resultaba fascinante ver casi un centenar de aquellos monstruos volando en círculos como golondrinas, pero comprendimos que no era momento de detenemos a admirarlos. Al principio, recorrían círculos amplios como para investigar la magnitud del posible peligro que corrían, y luego fueron reduciendo el radio de los mismos, volando muy cerca de nosotros. En cuanto intentamos retirarnos, el círculo se cerró más aún, hasta que las puntas de las alas de los más, próximos casi tocaban nuestras caras. Tratamos infructuosamente de alejarlos golpeándolos con las culatas de nuestros rifles, y entonces, del sibilante círculo emergió un monstruoso pico que nos lanzó una, dentellada. Luego le siguió otro, y otro más. Summerlee gritó

llevándose una mano a la cara, que sangraba. Sentí un golpe en la espalda y me volví, mareado por la conmoción. Challenger cayó y cuando me agaché para ayudarlo fui nuevamente golpeado desde atrás y caí sobre él. En esos momentos oí el disparo del rifle para elefantes de Lord John y vi caer a una de aquellas criaturas. Con una ala rota, gorgoteando y escupiendo por su pico abierto y los ojos saltones inyectados de sangre, recordaba a un diablo de un grabado medieval. El ruido había asustado a los demás, que volaban ahora en círculo más elevado sobre nuestras cabezas.

-¡Ahora! ¡Corran!-gritó Lord John.

Tropezamos entre la maleza y cuando estábamos llegando a la arboleda aquellas arpías ya se precipitaban nuevamente sobre nosotros. Summerlee fue derribado, pero pudimos arrastrarlo con nosotros hasta los troncos, donde estuvimos a salvo, ya que con aquellas enormes alas no tenían espacio para moverse entre las ramas.

Regresamos al campamento para lavar y desinfectar nuestras heridas y reponernos de las fatigas pasadas, pero estaba escrito que debíamos encontrarnos con nuevas sorpresas antes de poder descansar. La puerta del Fuerte Challenger no había

sido tocada, y el cerco de espinos aparecía igualmente intacto, pero era visible que durante nuestra ausencia había recibido la visita de alguna extraña y poderosa criatura. No se veían marcas de pies, y sólo la rama que se proyectaba desde el árbol gigante indicaba cuál había sido la vía de acceso. Nuestras pertenencias estaban esparcidas en desorden. Una lata de carne había sido destrozada como para extraer su contenido. Una de las cajas de municiones, aparecía reducida a astillas y uno de los casquetes de bronce estaba a su lado desgarrado. Nuevamente nos invadió la anterior sensación de terror, y miramos a nuestro alrededor con ojos temerosos escrutando las sombras que nos rodeaban, entre las cuales alguna temible figura se ocultaba.

Resultó saludable para nuestro estado de ánimo oír la voz de Zambo llamándonos desde la cumbre del pináculo. Nos aproximamos al borde de la meseta y le saludamos con la mano.

-¡Todo está bien, amo Challenger! ¡Aquí estoy!
¡No tema! ¡Siempre me encontrará aquí cuando me necesite!

Su honesta expresión y el inmenso panorama ante nosotros, extendiéndose hasta el afluente del Amazonas, nos ayudó a recordar que realmente es-

tábamos en esta tierra en el siglo veinte, y no habíamos sido transportados por arte de brujería a algún planeta en sus comienzos.

Sólo me queda un último recuerdo de las muchas sensaciones de aquel día lleno de sobresaltos. Nuestros dos profesores, cuyos respectivos temperamentos se veían exaltados sin duda por los golpes y heridas recibidos, se enzarzaron en una discusión sobre si aquellos animales correspondían al género "Pterodactylus" o "Dimorphodon". Yo ya había tenido demasiado de todo aquello, de modo que me alejé a fumar sobre el tronco de un árbol caído, donde se me unió Lord John.

-Dígame, Malone, ¿recuerda el lugar en que estaban aquellas bestias?

-Sí, con toda claridad.

-Es algo así como un cráter volcánico, ¿verdad?

-Exactamente.

-¿Se fijó en el suelo?

-Sí, rocas por doquier.

-Pero cerca del agua..., donde estaban los juncos.

-¡Ah, sí! Un terreno de color azulado, como arcilla.

-Exactamente. Un cráter volcánico lleno de arcilla azul.

-Sí, pero..., ¿qué hay con todo eso?

-¡Oh!, nada. Nada -dijo regresando al lugar en que continuaban su discusión nuestros sabios compañeros de aventuras.

No hubiera pensado jamás en ello si no hubiera sido porque mientras, Lord John se alejaba, continuaba murmurando para sí: "Arcilla azul... Arcilla azul en un cráter volcánico..."

CAPÍTULO 11

EL HEROE DE LA JORNADA

Cierta toxicidad debía existir en las mordeduras de los pterodáctilos, ya que en la mañana siguiente tanto Summerlee como yo estábamos afiebrados y muy doloridos. La rodilla de Challenger estaba tan maltratada que apenas podía saltar sobre una pierna, de modo que nos vimos obligados a permanecer en el campamento. Lord John se dedicó, con la poca ayuda que pudimos ofrecerle, a aumentar la altura del parapeto de ramas espinosas con que nos rodeábamos y que constituían nuestra única defensa.

Recuerdo que durante todo el día tuve la impresión de que éramos atentamente observados, si bien me resultaba imposible definir por quién y desde dónde. Comenté esto al profesor Challenger, quien

lo atribuyó a mi estado febril. No obstante, aquella sensación fue creciendo hasta casi obsesionarme. Pensé en el Curupuri de la superstición indígena e imaginé que su terrible presencia perseguía a los que osaban invadir sus remotos y sagrados recintos.

Aquella noche, la tercera que pasábamos en la Tierra de Maple White, vivimos una experiencia que dejó una fuerte impresión en nuestras mentes y nos hizo sentirnos agradecidos de que Lord John hubiera trabajado tan duramente en aumentar la protección de nuestro retiro. Estábamos durmiendo alrededor del moribundo fuego, cuando fuimos despertados violentamente por una sucesión de gritos y chillidos espeluznantes. No conozco otro sonido con qué comparar aquel tumulto, que pareció venir de algún lugar a pocos metros de nuestro campamento. Era tan penetrante como el silbato de una locomotora, pero este sonido es definido, mecánico, sin aberraciones, mientras que aquel otro era de volumen más profundo y vibrante, con evidencias del extremado esfuerzo de la agonía y el horror. Nos cubrimos los oídos con las manos para no escuchar. Un frío sudor me empapó y mi corazón se encogió ante la emoción de aquel llamado de socorro, pues tal parecía. Todos los lamentos de una vi-

da torturada, todas las innumerables penas, los infinitos padecimientos de un ser, se centraban y condensaban en aquel increíble grito agonizante. Y luego, por debajo de la aguda nota del mismo, resultaba audible otro sonido, intermitente, como una profunda carcajada gruñona y llena de diversión, que formaba un grotesco acompañamiento para el grito con el que aparecía mezclada. Durante tres o cuatro minutos continuó este horrible dúo, mientras que el follaje susurraba con el movimiento de las aves asustadas.

De pronto, terminó todo tan abruptamente como había comenzado.

Permanecemos sentados en aterrorizado silencio hasta que Lord John arrojó un haz de ramas sobre el fuego y, con la rojiza luz de las llamas, iluminó las caras-tensas de mis compañeros.

-¿Qué fue eso? -susurré.

-Lo sabremos por la mañana -repuso Lord John-. Fue muy cerca. No más allá de la pradera.

-Hemos tenido el privilegio de escuchar una tragedia prehistórica -comentó Challenger con voz más solemne que nunca-. Ese fue el tipo de drama que se repitió entre los juncos en la costa de alguna laguna del período jurásico cuando los dragones

mas grandes atrapaban a los menores entre el fango. Fue una suerte para el ser humano haber aparecido mucho después en el orden de la creación, y a que en aquellos primeros días había poderes que ningún tipo de coraje ni ningún mecanismo de su invención pudo ayudarle a sobrepasar. ¿Con qué podía haberse defendido de fuerzas como las que merodean esta tierra? ¿Con una lanza, o con una flecha? Ni siquiera un rifle moderno pudo haberle dado supremacía sobre los monstruos.

Summerlee levantó una mano con actitud admonitoria.

-¡Silencio! Estoy seguro de oír algo.

Nos callamos y pudimos captar un regular ruido de pasos. El ritmo de suaves pero pesados pies que se apoyaban con precaución en el piso. Se lo oyó recorrer el perímetro de nuestro refugio y detenerse luego en la entrada. Una baja nota sibilante denotaba la respiración de la bestia. Sólo nos separaba de aquel horror de la noche, nuestro endeble cerco. Cada uno de nosotros empuñó su rifle y todos nos mantuvimos expectantes.

-¡Por Dios! ¡Creo que lo veo! -susurró Lord John.

Me agaché y espí por sobre su hombro.

Sí. Yo también podía verlo.

En la profunda sombra del árbol se percibía una segunda sombra, más oscura, negra, insinuada apenas, vaga. Una forma yacente llena de salvaje vigor y de amenaza. No era mayor que un caballo, pero la indefinida silueta sugería gran volumen y fortaleza. El sibilante jadeo, tan regular y potente como el escape de una locomotora, daba la pauta de un monstruoso organismo. Al moverse tuve la impresión de ver brillar dos terribles ojos verdosos. Se oyó un susurro, como si estuviera arrastrándose lentamente hacia adelante. que va a saltar -dije, montando mi rifle.

-¡No dispare! -me previno Lord John-. El estampido de un arma en esta noche silenciosa será oído a millas de distancia. Conserve el rifle como una última posibilidad.

-Si pasa sobre el cerco estamos perdidos -comentó Summerlee con aterrorizada voz.

-No debe sobrepasarlo, pero no disparen hasta el final. Tal vez pueda hacer algo para alejarlo. Por lo menos lo intentaré.

Fue aquello el acto más valiente que vi jamás realizar a hombre alguno. Se inclinó sobre el fuego, recogió una rama ardiente y se deslizó en rápido

movimiento a través de una portezuela que entreabrió en el cerco.

Aquella cosa se adelantó con un espantoso rugido, pero Lord John no vaciló sino que corriendo hacia ella con ágil paso, le arrojó la llameante te a a la cara.

Durante un momento alcancé a ver una horrible máscara como la de un gigantesco sapo, de una piel llena de verrugas y de una boca babeante de sangre fresca.

Un segundo después, se oyó un crujido entre los arbustos y nuestro espantoso visitante había desaparecido.

-Supuse que huiría del fuego -comentó Lord John riendo, al regresar y arrojar la antorcha nuevamente a la hoguera.

-¡No debió arriesgarse tanto! -gritamos casi a coro.

-Era lo único que se podía hacer. Si hubiera penetrado el cerco, nos habríamos baleado entre nosotros tratando de matarlo. Por otra parte, si tratábamos de dispararle a través del cerco y le heríamos, habríamos provocado su ira. Por supuesto que no cabía pensar en la tercera posibilidad..., de entregarnos sin lucha. De todos modos, estamos

mucho mejor sin su compañía. ¿Qué animal era, de paso?

- Los dos profesores se miraron, dudando.

-Personalmente no me siento capaz de clasificarlo con seguridad -repuso Summerlee encendiendo su pipa.

-En términos generales pienso que esta noche hemos estado en contacto con alguna forma de dinosaurio carnívoro -agregó Challenger-. Pero considero prematuro aventurar una clasificación definitiva. Mañana tal vez alguna evidencia que podamos recoger de los alrededores pueda ayudarnos a ello. Mientras tanto, propongo que continuemos nuestro interrumpido sueño.

-Pero no sin centinela -dijo Lord John con decisión-. No podemos permitirnos hacerlo en un territorio como éste. Turnos de dos horas en el futuro para cada uno de nosotros.

-En tal caso, terminaré de fumar mi pipa cumpliendo con el primero de esta noche -dijo Summerlee.

Y desde ese momento en adelante nunca nos confiamos al sueño sin dejar a alguien de vigilancia.

La mañana siguiente no tardamos en descubrir el origen de los gritos de la noche. En la pradera de

los iguanodontes se observaban restos de una terrible carnicería. Considerando los charcos de sangre y los enormes trozos de carne esparcidos en toda dirección imaginamos al principio que habían sido masacrados varios animales, pero tras examinar esos restos más atentamente descubrimos que todos provenían de uno solo de los iguanodontes, que había sido literalmente despedazado por otro animal no mayor, tal vez, pero mucho más feroz que él.

Los profesores se aplicaron a estudiar trozo tras trozo, analizando las marcas de dientes y garras.

-Nuestra opinión debe tomarse aún con reservas -dijo el profesor Challenger-, pero considerando que debe tratarse de una criatura mayor que el tigre de dientes de sable, y además de características de reptil, estimo que puede haber sido un Allosauro.

-O un Megalosauo -completó Summerlee.

-Exactamente. Cualquiera de los grandes dinosaurios carnívoros. Entre ellos se encuentran los más terribles tipos de vida animal que jamás hayan asolado la tierra o adornado los museos.

Después de esta frase, Challenger rió ruidosamente, pero fue contenido por Lord John.

-¡Silencio! Mientras menos ruido hagamos, mejor será. No sabemos qué o quién puede merodear cer-

ca de nosotros, y si el amigo de anoche vuelve por aquí a desayunarse, no tendremos mucho de que reírnos. Y, de paso, ¿qué puede ser esta marca en el costado del iguanodonte?

Sobre la escamosa piel color pizarra, más arriba del hombro, se veía un extraño círculo negro de una sustancia que parecía asfalto. Ninguno de nosotros pudo sugerir qué significaba, si bien Summerlee recordaba haber visto una marca similar en uno de los dos iguanodontes pequeños el día anterior. Challenger se mantuvo en silencio, si bien con aspecto pomposo, como si pudiera explicarlo si se lo propusiera, de modo que finalmente Lord John le pidió su opinión directamente.

-Si Su Señoría condesclende graciosamente a permitirme abrir la boca, tendré sumo gusto en expresar mis sentimientos -repuso Challenger con elaborado sarcasmo-. No estoy habituado a recibir órdenes de la manera que parece acostumbrar a darlas Su Señoría, y no se me ocurrió pensar que debía solicitar su permiso antes de sonreír por acuella broma...

Recién después de recibir debidas disculpas, pareció apaciguarse y condescendió a dirigirse a nosotros con su habitual modo pedante.

-Con respecto a esa marca, me siento inclinado a concordar con un amigo y colega el profesor Summerlee, en cuanto a que ha sido efectuada con asfalto. Dado que esta meseta es esencialmente volcánica, y el asfalto es una sustancia que se asocia con las fuerzas plutónicas, no dudo de que existe aquí en estado líquido, y que los animales rueden haber estado en contacto con el mismo. Un problema mucho más importante es el relativo a la existencia del monstruo carnívoro que dejó sus huellas en esta pradera. Sabemos hasta cierto punto que esta meseta no es mayor que un condado inglés, aproximadamente, y dentro de este confinado espacio habitan animales, la mayoría de variedades que han desaparecido ya en el mundo actual, y han vivido juntos durante innumerables años. Ahora bien, es claro que en tan largo período puede suponerse que los animales carnívoros, multiplicándose sin restricciones, harían terminado con la provisión de carne y se habrían visto obligados a modificar sus hábitos alimenticios o morir de inanición, lo que no se ha producido. Podemos imaginar, entonces, que el equilibrio biológico se ha preservado debido a algo que limita la cantidad de estas criaturas feroces. Esto constituye otro de los muy interesantes problemas,

en consecuencia, que esperan nuestra solución: descubrir cuál puede ser ese factor que limita el número de animales y cómo actúa. Me aventuro a confiar en que tendremos alguna futura oportunidad de estudiar más de cerca al dinosaurio carnívoro.

-Y yo me aventuro a confiar en que no la tengamos -observé.

El profesor me miró con las cejas levantadas, como un director de escuela observaría a un muchacho travieso, pero no me contestó.

-Tal vez el profesor Summerlee tenga alguna observación que hacer sobre el problema que he planteado -continuó, y los dos sabios se enfrascaron en una ininteligible discusión científica en que se sopesaban las posibilidades de una disminución del índice de nacimientos ante la reducción de la cantidad de alimento, como un recurso natural en la lucha por la existencia.

Aquella mañana recorrimos una pequeña zona de la meseta, evitando el pantano de los pterodáctilos y manteniéndonos al este de nuestro arroyo, en lugar del oeste. En esa dirección el terreno estaba muy tupidamente arbolado y nuestro avance resultó lento.

He comentado con detalle los terrores que existen en la Tierra de Maple White, con lo que omití reseñar el reverso de la medalla. Toda aquella mañana caminamos entre maravillosas flores, la mayoría de color blanco o amarillo, que según los profesores, eran los colores primitivos de las flores. En muchos sitios el suelo estaba literalmente cubierto de ellas, y al avanzar por aquella maravillosa alfombra en que hundíamos los pies hasta los tobillos, se elevaba un fuerte perfume, de dulzura e intensidad indescriptibles. La familiar abeja zumbaba en todas partes. Muchos de los árboles estaban cargados de frutas, algunas de especies conocidas, otras, completamente nuevas para todos nosotros; observamos cuáles eran picoteadas por los pájaros para evitar el peligro de envenenamiento, y de ese modo agregamos variedad a nuestra reserva de alimentos.

En la selva que atravesábamos se observaban numerosos senderos de animales, y, en las zonas más pantanosas, gran cantidad de pisadas perfectamente definidas que nos eran desconocidas aún, incluyendo muchas de iguanodontes. En una pradera vimos a varias de estas criaturas pastando, y Lord John con ayuda de sus prismáticos, notó que estos ani-

males también tenían marcas de asfalto si bien en distinto lugar que el que habíamos examinado por la mañana. No podíamos imaginar a qué se debía este fenómeno. Abundaban los animales pequeños tales como puercoespines, ciertos osos hormigueros de cuerpo cubierto de escamas, y una variedad de cerdos salvajes. En una oportunidad alcanzamos a ver, sobre una verde gran animal de color castañocolina distante, a un oscuro que pasó a tal velocidad que nos fue imposible reconocer, pero, si se trataba de un ciervo, tal como insistió Lord John, debía ser tan grande como ciertos monstruosos alces cuyos restos fósiles son desenterrados de vez en cuando en las turberas de mi Irlanda natal.

Desde la misteriosa visita que habíamos recibido en nuestro campamento, regresábamos siempre allí con cierto temor, pero en esta ocasión encontramos todo en orden.

Aquella tarde tuvimos una discusión sobre nuestra situación y planes para el futuro que debo describir en detalle, ya que llevó a incidentes que nos permitieron obtener un conocimiento de la Tierra de Maple White que de otra forma hubiera llevado semanas de exploración.

Fue Summerlee quien inició el debate. Todo el día había estado quejoso y ante un comentario de Lord John sobre lo que haríamos al día siguiente explotó.

-Lo que debemos hacer hoy, mañana y todo el tiempo, es encontrar una forma de salir de la trampa en que hemos caído. Todos ustedes están retorciéndose el cerebro buscando nuevas formas de entrar en este país, y yo sostengo que lo que necesitamos es una manera de salir de él.

-Me sorprende, colega -replicó Challenger fro-tándose la majestuosa barba-. Un hombre de ciencia no puede permitirse un sentimiento tan innoble. Está usted en una tierra que ofrece al naturalista ambicioso posibilidades que jamás tuvo nadie, desde los comienzos del conocimiento humano, y sugiere ahora que partamos antes de haber adquirido nociones mejores de ella y de su contenido. Esperaba algo más de usted, profesor Summerlee.

-Recuerde que debo atender a mi extenso alumnado en Londres, que en estos momentos está a merced de un muy ineficiente reemplazante -fue la acerba respuesta de Summerlee-. Esto hace que mi situación difiera de la suya, ya que, si mal no recuer-

do, a usted nunca le han confiado una responsabilidad de tipo educacional.

-Así es. He considerado siempre un sacrilegio distraer un cerebro capaz de la investigación original en su más alto nivel, en cualquier asunto de menor importancia. Por ello siempre he rechazado cualquier oportunidad de un empleo en la educación.

Lord John se apresuró a cambiar de tema, pues de otra manera nuestros profesores hubieran ocupado el resto del día en sus personales querellas.

-Considero personalmente -interrumpió-, que sería lastimoso regresar a Londres antes de haber aprendido sobre este lugar más que lo que sabemos hasta ahora.

-Y yo nunca me atrevería a regresar a mis oficinas y enfrentar al viejo McArdle -tercié yo-. Jamás me perdonaría el haber partido dejando atrás tanta infinita posibilidad de mejor y mas sensacional información. Además, considerando que no podemos descender aunque así lo deseemos, es una pérdida de tiempo y energía discutirlo.

-No estoy de acuerdo -insistió Summerlee-. Permítaseme recordarles que vinimos aquí con una misión perfectamente definida, que nos fue confiada

durante la reunión en el Instituto de Zoología en Londres, y que consistía en verificar la veracidad de las declaraciones del profesor Challenger. Estamos ya en condiciones de respaldar dichas declaraciones, con lo que nuestro trabajo ha quedado concluido. En cuanto a la investigación a fondo de esta meseta, es tarea que no podemos enfrentar, dado que sólo una expedición más numerosa y con equipos especiales podría realizarla. Mi opinión es que si tratamos de hacerlo, por nuestra cuenta, el resultado sería negativo, pues, es muy probable que ni siquiera podamos regresar con la importante contribución a la ciencia que ya hemos logrado. El profesor Challenger encontró una manera de subir cuando consideramos inaccesible a esta meseta. Opino que debería ahora utilizar el mismo ingenio para devolvernos al mundo desde el que vinimos.

Debo confesar que este planteo del profesor Summerlee me resultó completamente razonable. Aun el profesor Challenger fue afectado por el pensamiento de que sus -enemigos nunca admitirían su veracidad si la confirmación de sus declaraciones no llegaba hasta quienes habían dudado.

-El problema del descenso es a primera vista formidable, pero no dudo que el intelecto pueda llegar

R resolverlo -dijo-. Estoy de acuerdo con mi colega en que una permanencia prolongada en la Tierra de Maple White es desaconsejable y que pronto tendremos que enfrentarnos con la necesidad de regresar, pero de todos modos me rehúso a partir hasta que hayamos efectuado una exploración, aunque sea superficial, de esta región, y podamos llevar con nosotros por lo menos un mapa esquemático de la misma.

El profesor Summerlee manifestó impaciencia.

-Hemos pasado dos largos días explorando, y no sabemos más sobre la verdadera geografía del lugar que a nuestros comienzos. Está muy densamente arbolado y llevaría meses recorrerlo y establecer las relaciones de una y otra parte. Si tuviera un pico central sería diferente, pero no lo hay, de modo que esa posibilidad debe descartarse.

En ese momento tuve mi inspiración.

Mis ojos se posaron en el enorme y rugoso tronco del árbol gigante que proyectaba su sombra sobre nuestro campamento.

Si su copa sobrepasaba las de los demás árboles, y si, como suponíamos, el borde de la meseta constituía su punto más elevado, este árbol constituiría un excelente mirador.

Mis compañeros de aventura compartieron esa opinión, y allá fui, árbol arriba.

Superada la primera parte del tronco, las ramas ofrecían excelentes puntos de apoyo, con lo que hice rápidos progresos. No obstante, el árbol parecía interminable. Mirando hacia arriba, no me era posible distinguir que las hojas ralearan indicando el final de la ascensión. Sobre una rama observé un bulto irregular, que parecía un nudo. Me incliné mejor para verlo detenidamente y estuve a punto de caer de sorpresa y horror.

Una cara me estaba contemplando, a poco más de medio metro de la mía. El ser a que pertenecía había estado escondido tras el nudo, asomándose precisamente en el mismo momento que yo. Era una cara humana... o por lo menos, mucho más humana que la de cualquier mono que yo hubiera visto hasta entonces. Alargada, blanquecina y marcada de pecas, con nariz chata y prominente mentón cubierto de una hirsuta barbilla. Los ojos, bajo espesas cejas, eran bestiales y feroces, y en su boca, abierta pira gruñir lo que parecía un insulto, tenía agudos dientes caninos. Durante un instante sus ojos evidenciaron odio y amenaza, pero inmediatamente la expresión fue reemplazada por otra, de miedo in-

contenible. Se oyó un ruido de ramas quebradas cuando se dejó caer entre el follaje y desapareció.

-¿Qué pasa? ¿Le sucedió algo? -gritó Roxton desde abajo.

-¿Lo vieron? -grité yo a mi vez, abrazado al tronco con todos mis nervios en tensión.

-Oímos un ruido como si hubiera usted perdido pie. ¿Qué sucedió?

Estaba tan sobresaltado por la repentina y extraña aparición de este hombre-mono que dudé entre continuar la subida o regresar y contar mi experiencia a mis compañeros. Pero ya había avanzado tanto que me pareció humillante regresar sin concluir mi misión.

Después de una larga pausa para recobrar el aliento... y el coraje, proseguí. Finalmente llegué a una rama elevada donde el follaje, más ralo, me permitía observar a mi alrededor toda la extensión de la meseta.

El sol brillante, y la atmósfera particularmente clara de esa mañana hacían visible hasta el último confín. La meseta tenía, aparentemente, contorno oval, diámetro de alrededor de treinta millas en su parte más larga y veinte en la más angosta, y semejaba un gran embudo de poca profundidad, en que

todas las paredes convergían a un gran lago central, de unas diez millas de circunferencia, rodeado de un espeso cerco de juncos en los bordes, y con su verde superficie quebrada en varios puntos por bancos de arena que brillaban como oro bajo el tibio sol. Cierta número de objetos oscuros alargados, demasiado grandes para ser cocodrilos y demasiado largos para que se tratara de canoas, estaban en los bordes de estos bancos. Con los prismáticos pude ver que eran animales, pero no alcancé a determinar su naturaleza.

Desde el costado de la meseta en que nos encontrábamos, suaves estribaciones boscosas se extendían por cinco o seis millas hacia el lago central. A mis pies divisé la pradera de los iguanodontes y un poco más allá un claro circular entre la arboleda marcaba el pantano de los pterodáctilos. En el lado opuesto, no obstante, la meseta presentaba un aspecto muy diferente. Allí el risco de basalto del exterior se reproducía por dentro, formando una escarpa de sesenta metros de alto, con una arboleda al pie. A lo largo de la base de este risco rojo, a cierta distancia del suelo, pude ver una gran cantidad de hoyos oscuros gracias a los prismáticos los que supuse eran las bocas de cavernas. En la abertu-

ra de una de éstas, algo blanco se agitaba, pero no pude ver con precisión de qué se trataba.

Me dediqué a dibujar un mapa de la región hasta que el sol se puso y la oscuridad me impidió continuar. Descendí entonces para reunirme con mis compañeros, que me esperaban ansiosos al pie del gran árbol. Por una vez, fui el héroe de la jornada. Yo había tenido la idea, la había llevado a cabo, y aquí estaba de regreso, con el mapa que nos ahorraría un mes de tropiezos entre peligros desconocidos. Me estrecharon solemnemente la mano, pero antes que discutieran los detalles del mapa les conté de mi encuentro con el hombre-mono entre las ramas.

-Y había estado allí todo este tiempo -concluí mi narración.

-¿Cómo lo sabe? -inquirió Lord John.

-Porque nunca dejé de percibir la sensación de que algo nos estaba vigilando. Se lo mencioné a usted, profesor Challenger.

-Así es. Parece que usted es el único entre nosotros dotado de ese temperamento céltico que lo hace sensitivo a tales impresiones.

-Toda esa teoría de la telepatía... -comenzó Summerlee, llenando su pipa.

-Es demasiado vasta para ser discutida ahora -le interrumpió Challenger con decisión-. Dígame, Malone, ¿observó si ese ser podía cruzar el pulgar sobre la palma de su mano?

-En verdad, no. -¿Tenía cola?

-No.

-¿Tenía pie prensil?

-Supongo que sí. De otro modo no pudo haber desaparecido tan rápidamente.

-Si mi memoria no falla, en Sudamérica hay cerca de treinta y seis especies de monos, pero es desconocido el antropoide. Es claro, no obstante, que existe en esta región, y que no se trata de la variedad velluda, remedo del gorila, que nunca ha sido visto fuera del este de Africa. Este es un tipo diferente, sin color y con barba. El enigma a resolver es si se aproxima más al mono o al hombre. En el último caso, se trataría posiblemente de lo que el vulgo llama "el eslabón perdido". Develar este problema debe ser nuestra inmediata obligación.

-De ninguna manera -opuso Summerlee-. Ahora que gracias al señor Malone tenemos nuestro mapa, nuestra inmediata obligación es procurar una salida de este terrible lugar.

-Y bien -admitió Challenger-. Convengo en que me sentiré más tranquilo cuando tenga la seguridad de que el resultado de nuestra expedición ha llegado al conocimiento de nuestros amigos en Inglaterra. Aún no sé cómo podremos hacer para descender, pero hasta el momento no he tropezado con ningún problema que mi cerebro no haya podido resolver, y les prometo que mañana aplicaré mi atención a la solución de éste.

Y así quedaron las cosas en ese sentido. Pero aquella noche, a la luz de una vela, se elaboró el primer mapa del mundo perdido. Cada detalle que yo había anotado esquemáticamente en mi puesto de vigía en el árbol fue dibujado cuidadosamente en su lugar relativo.

El lápiz de Challenger señaló el lago.

-¿Qué nombre le daremos? -preguntó.

-¿Por qué no aprovechar la oportunidad de perpetuar su *propio nombre*? -dijo Summerlee con su habitual toque sarcástico.

-Confío en que mi nombre tenga otro motivo más personal para merecer el homenaje de la posteridad -repuso Challenger severamente-. Cualquier ignorante puede perpetuar su inútil nombre apli-

cándoselo a una montaña o a un río. Yo no necesito tales monumentos.

Summerlee se preparó para un nuevo asalto, con torcida sonrisa, pero Lord John se lo impidió.

-Me parece que a quien corresponde dar nombre al lago es a nuestro joven amigo, que fue el que lo descubrió. Creo que si desea lo llamemos "Lago Malone", tiene todo el derecho del mundo que así sea.

-Por supuesto, que sea él quien proponga el nombre -convino Challenger.

-En tal caso -comenté sonrojándome-, tendrá que llamarse Lago Gladys.

-No le parece que Lago Central sería. más descriptivo? -objetó Summerlee.

-Bueno..., preferiría, como dije, que se llame Lago Gladys.

Challenger me miró con simpatía y sacudió su gran cabeza con un remedo de gesto de reprobación.

-Los muchachos son muchachos. -dijo-. Se llamará Lago Gladys.

CAPÍTULO 12

EL BOSQUE HORRENDO

Creo haber dicho -o tal vez omití decirlo, pues mi memoria falla estos días- que resplandecí de orgullo cuando hombres tales como mis tres camaradas me agradecieron por haber salvado, o por lo menos ayudado en gran medida a hacerlo, el inconveniente de reconocer la Tierra de Maple White, sin pérdida de tiempo. Siendo el más joven del grupo, no sólo en años sino también en experiencia, carácter, conocimientos y todo lo que contribuye a formar un hombre, me había sentido en sombras desde el comienzo, pero ahora comenzaba a tener mi vida propia. La idea me confortó, pero aquella satisfacción, que me hizo sobreestimarme, me conduciría aquella misma noche a la más espantosa experiencia

de mi vida, que terminó con una conmoción nerviosa que todo mi cuerpo sufre con el sólo recuerdo de aquella situación.

Sucedió así:

Había estado indebidamente excitado por mi aventura en el árbol, y el sueño se me hacía imposible. Summerlee estaba de guardia, sentado cerca de la pequeña hoguera, con el rifle sobre las rodillas y su puntiaguda barba balanceándose con cada cabeceo. Lord John yacía silencioso, envuelto en el poncho sudamericano que usaba, y Challenger dormía con un ronquido. que despertaba ecos en la arboleda. La luna brillaba, y el aire era sumamente frío. ¡Qué noche para dar un paseo! Y de pronto decidí: "¿Por qué no?"

"Si salgo subrepticamente, llego hasta el lago y regreso para la hora del desayuno con una descripción del lugar, seré, un miembro aún más meritorio de esta expedición" me dije.

Pensé en Gladys, y en su frase sobre el heroísmo que nos circunda. Me pareció escuchar su voz al decirlo. Pensé también en McArdle. ¡Qué artículo en tres columnas para el diario! ¡Qué base para fundamentar mi carrera en el periodismo! Me veía designado corresponsal en la próxima guerra...

Recogí una escopeta -tenía los bolsillos llenos de cartuchos-, separé las ramas que formaban la puerta de nuestro refugio, y me deslicé rápidamente al exterior. Mi última mirada hacia atrás me mostró a Summerlee, inútil centinela, cabeceando como un juguete mecánico frente al fuego que comenzaba a extinguirse.

No había recorrido aún cien metros, cuando comencé a arrepentirme profundamente. He dicho ya que soy demasiado imaginativo para poder llegar a ser, un hombre verdaderamente valiente, pero que tengo un infinito temor de parecer cobarde. Ese temor es el que me obligó a continuar: simplemente, no me atrevía a regresar sin haber hecho nada. Si bien era posible que mis compañeros no hubieran notado mi ausencia, y en consecuencia no habrían sabido de mi debilidad, siempre quedaría en algún rincón de mi mente una intolerable vergüenza de mí mismo.

Todo inspiraba temor en el bosque. Los árboles crecían tan juntos, y su follaje era tan cerrado que nada de la luz de la luna llegaba, excepto en algunos lugares. A medida que el ojo se acostumbraba a la oscuridad, podía apreciar que había distintas intensidades en las tinieblas, que había sitios en que las

sombras eran más intensas, como si se tratara de enormes bocas, ante las que me encogía de espanto.

Recordé el desesperante grito del iguanodonte, vino también a mi mente el recuerdo del espantoso animal que había iluminado la antorcha de Lord John. Consideré que precisamente ahora me encontraba en los cotos de caza de aquella bestia que en cualquier momento podría saltar sobre mí desde la oscuridad.

Traté de respaldar mi desfalleciente valor, cargando el arma que había traído conmigo, y entonces descubrí que los cartuchos no correspondían al calibre de la escopeta que había recogido.

Una vez más me dominó el impulso de regresar. Tenía ahora una excelente razón para hacerlo..., un motivo por el cual nadie me criticaría. Pero nuevamente el tonto orgullo tuvo la última palabra. Después de todo, aunque hubiera tenido el arma correcta era probable que de nada me serviría contra los peligros que podría encontrar. Luego de algunos momentos de titubeos, reuní los restos de coraje que me quedaban y reanudé la marcha, con la inútil arma bajo el brazo. Si la oscuridad del bosque me alarmó, peor fue la blanca luz de la luna que inundaba la pradera de los iguanodontes. Escondido

entre los arbustos, espíe; ninguno de los grandes animales estaba a la vista, tal vez alejados del lugar por la tragedia sufrida por uno de ellos. Crucé a la carrera hasta la arboleda del lado opuesto, donde volví a seguir el recorrido del arroyuelo, que en un sentido debía llevarme hasta el lago, y en el opuesto, de vuelta al campamento, con lo que evitaba la posibilidad de extraviarme.

Cuando pasaba cerca del pantano de los pterodáctilos, uno de los monstruos levantó vuelo y al cruzar delante de la luna, sus membranosas alas permitieron el paso de la luz, con lo que tuve la visión de un espantoso esqueleto volando contra el blanco resplandor del astro. Me acurruqué ocultándome tras una roca, ya que mi experiencia anterior me había demostrado que tan sólo un grito de la bestia atraería a cientos de sus compañeros. Recién cuando se hubo asentado nuevamente me atreví a continuar el viaje.

La noche había sido extremadamente tranquila, pero al avanzar se me hizo audible un bajo sonido retumbante, un continuo murmullo delante de mí, que aumentó de intensidad a medida que me adelantaba, hasta que lo percibí muy próximo. Cuando me detuve, era un ruido constante que, parecía pro-

venir de una fuente estacionaria. Recordaba el ruido de una tetera hirviente, o el burbujeo de una gran cacerola. Pronto descubrí su origen: era un lago, o mejor dicho charco, de cierta sustancia negra, cuya superficie se elevaba y caía con grandes salpicaduras. El aire sobre la misma vibraba por el calor, y el suelo era tan caliente que apenas si podía apoyar mi mano. Era claro que la gran explosión volcánica que había elevado esta extraña meseta siglos atrás no había agotado aún sus fuerzas. Ya había visto trozos de lava y rocas ennegrecidas entre la exuberante vegetación, pero este charco de asfalto era la primera prueba de la real existencia de actividad en el antiguo cráter. No tenía tiempo de examinarlo más, ya que tendría que apresurarme para estar de regreso en el campamento por la mañana.

El resto de la caminata fue más terrible aún. Muchas veces tuve que esconderme al oír ruido de ramas rotas, y con frecuencia vi grandes sombras que se movían en silencio. Frecuentemente me detuve con intenciones de regresar, y en todas las oportunidades el miedo fue vencido por el orgullo.

Finalmente, cuando mi reloj señalaba que era poco más de medianoche, vi el resplandor del agua entre los árboles, y diez minutos después me en-

contraba entre los juncos que rodeaban al lago central. Me dejé caer y bebí un largo trago de sus aguas. Había un ancho sendero con muchas huellas en aquel sitio, lo que indicaba que era un bebedero habitual de los animales. Vi un gran bloque de lava cerca de la costa, sobre el que trepé obteniendo así una excelente visión en todas las direcciones.

Lo primero que observé me llenó de sorpresa. Al describir el panorama que tenía desde el árbol, en el campamento, mencioné una serie de puntos negros, que parecían las bocas de cavernas. Ahora, al mirar en aquella dirección, vi discos de luz, perfectamente definidos, como los ojos de buey en un transatlántico que cruza por la noche. La única explicación lo posible era que se trataba de otros tantos fuegos..., que tan sólo la mano del hombre podía haber encendido.

Había vida humana en la meseta. ¡Qué gloriosamente había quedado justificada mi escapada! ¡He aquí una sensacional noticia para llevar con nosotros a Londres!

Estuve contemplando aquellos titilantes manchones de luz rojiza durante largo rato. Aun a la distancia a que me encontraba, podía observar cómo, de vez en cuando, parpadeaban o se oscurecían

cuando alguien pasaba delante. ¡Qué no hubiera dado por poder trepar más allá, espiar en su interior y llevar a mis camaradas información sobre la apariencia y carácter de la raza de hombres que vivían en tan extraño lugar! Eso era imposible por el momento, pero con toda seguridad no dejaríamos la meseta hasta que hubiéramos obtenido un conocimiento más definido al respecto.

El Lago Gladys -mi lago- parecía un estanque de mercurio, resplandeciendo con plateado brillo bajo la luz de la luna que aparecía reflejada en su mismo centro. Era poco profundo, pues en muchos sitios se veían sobresalir los bancos de arena. En toda su superficie se advertían signos de vida animal, unas veces denunciada por anillos y ondas en el agua; otras por el brillo plateado de algún pez, y otras, en el arqueado lomo color de pizarra de algún monstruo.

Un ruido próximo al sitio en que me encontraba trajo nuevamente mi atención al sendero de animales. Dos enormes armadillos habían bajado a la aguada y se encontraban bebiendo con sus largas lenguas flexibles. Luego llegó un ciervo con su hembra y dos cervatillos. Ni el mayor de los alces

que conocido hubiera llegado al hombro de este ciervo, tal era su altura.

De pronto, se oyó un gruñido de alarma y todos estos animales desaparecieron. Por el sendero llegaba una bestia monstruosa. Durante unos momentos me pregunte dónde había visto anteriormente aquella forma, aquel lomo curvo con el borde dentado y aquella cabeza que semejaba la de un pájaro, y que el animal mantenía próxima al suelo. Luego lo recordé: era el estegosauro, la misma criatura que Maple White había dibujado en su libro de apuntes.

El suelo temblaba bajo su tremendo peso. Los tragos de agua que tomaba resonaban en la noche tranquila. Durante cinco minutos estuvo tan cerca de mi escondite que con sólo estirar la mano hubiera podido tocar su lomo. Luego se incorporó, alejándose entre la arboleda.

Miré mi reloj: eran las dos y media. Ya debía comenzar mi viaje de regreso. No tenía dudas sobre la dirección en que debía caminar, ya que mientras siguiera el curso del arroyo llegaría al campamento. Me sentía con excelente ánimo, pues consideraba haber realizado un buen trabajo y llevaba gran cantidad de información a mis compañeros, comenzando, por supuesto, con lo visto en las cavernas,

que significaba, a todas luces, la existencia de seres humanos de alguna raza troglodítica. Además, estaba la existencia de vida en el lago, y la descripción que podía hacer de los varios animales examinados desde mi escondite. De pronto, mis pensamientos fueron ocupados por un extraño sonido, semejante a un ronquido, grave, profundo y extremadamente amenazante, que se percibía a mis espaldas. Algún extraño animal se encontraba en las proximidades, pero no era posible verlo. Apresuré el paso y, habría recorrido unos centenares de metros, cuando volví a oír aquel gruñido, esta vez más próximo y más amenazador. Mi corazón se detuvo cuando me di cuenta de que la bestia, cualquiera que fuese, con toda seguridad me estaba siguiendo. Miré hacia atrás, pero todo estaba quieto bajo la blanca luz de la luna. Nuevamente se oyó el gruñido, aún más cerca. Quedé paralizado observando el sendero que había recorrido, y entonces lo vi. Se produjo un movimiento entre los arbustos del otro lado del claro que acababa de atravesar, y una gran sombra saltó al sitio iluminado por la luna. La bestia avanzaba como un enorme canguro, saltando sobre las dos poderosas patas traseras, mientras que las delanteras permanecían dobladas sobre el pecho. Era

enorme como un elefante, pero a pesar del tamaño se movía con gran agilidad. Durante un momento estudié su forma, esperando que se tratara de un iguanodonte, que sabía inofensivo; pero a pesar de mi ignorancia comprendí que era otro animal, ya que en lugar de la suave cabeza del iguanodonte, que remedaba la del ciervo, éste tenía semejanza con la de un enorme sapo..., el mismo animal que nos había alarmado en el campamento. De vez en cuando se dejaba caer sobre las patas delanteras y aproximaba la nariz al suelo, buscando mi rastro.

Miré en mi alrededor en busca de un escondite, pero tuve que desechar esa posibilidad. Mi única vía de escape estaba en la huida, contando con mi entrenamiento deportivo. Mis movimientos se veían limitados dentro del camino que venía siguiendo, a lo largo del arroyuelo, ya que la vegetación era espesa. Por ello fue que tomé uno de los muchos senderos de animales que había visto anteriormente, por el que me resultaría más fácil correr con mi mayor velocidad.

Me dolían las piernas y mi pecho estaba a punto de reventar por el esfuerzo, pero corrí, y corrí, y corrí.

Finalmente la fatiga me venció y me detuve. Por un momento creí haberme librado del monstruo, pero de pronto apareció, con un ruido de enormes pies y gigantescos pulmones. Estaba perdido.

Fue estupidez de mi parte, esperar tanto tiempo. Hasta entonces mi perseguidor se guió por el olfato, pero ahora me había visto y la persecución se le hacía más fácil. La luz de la luna lo mostró con sus enormes ojos saltones, la fila de enormes dientes en su boca abierta y el brillo de las garras de sus patas delanteras. Con un grito de terror me volví y reemprendí la carrera oyendo a mis espaldas el ruido áspero de su respiración, cada vez más y más fuerte.

Sus pesados pasos sonaban casi a mi lado. Esperé sentirme asido en cualquier momento.

Súbitamente percibí un ruido de ramas rotas y me sentí caer. Luego todo fue oscuridad y reposo.

Al recuperar el conocimiento, tuve consciencia de un espantoso y penetrante hedor. Estiré la mano en la oscuridad y sentí algo que parecía un enorme trozo de carne, mientras que con la mano así un gran hueso. Sobre mi cabeza, un círculo de cielo iluminado por estrellas me hizo comprender que estaba en el fondo de un profundo pozo.

Me incorporé lentamente y palpé mi cuerpo. Todo me dolía, pero tenía pleno uso de todos mis miembros.

Al recordar las circunstancias de mi caída, levanté la vista aterrorizado, esperando ver aquella espantosa cabeza recortándose contra el cielo. No obstante, no había ningún ruido ni movimiento. Comencé a recorrer el pozo en que me encontraba y en que tan oportunamente había caído.

Tenía paredes cortadas a pico y un fondo nivelado de unos seis metros de diámetro. El suelo estaba literalmente cubierto de grandes trozos de carne, en su mayoría en descomposición. La atmósfera era irrespirable. Después de tropezar y caer muchas veces, di con algo firme. Era una gran estaca clavada en el centro del pozo, cuyo extremo no pude alcanzar con la mano y que, aparentemente, estaba cubierta de grasa. Recordé aun tenía una caja de fósforos en mi bolsillo, a la luz de uno de los cuales completé mi opinión sobre el lugar. Se trataba de una trampa, obviamente hecha por el ser humano. El poste del centro, de casi tres metros de alto estaba aguzado en su extremo, y se veía negro por la sangre de las víctimas que, al caer en el pozo, habían quedado allí empaladas.

Challenger había declarado que el ser humano no podía existir en la meseta, puesto que no podía competir con los monstruos que la poblaban. Ahora estaba demostrado que no era así. En sus cuevas de estrechas bocas, los nativos tenían refugio contra los monstruos, que no podían penetrar en ellas, y, gracias a sus cerebros desarrollados, eran capaces de preparar trampas cubiertas de ramas sobre las senderos preferidos por los animales salvajes, y destruirlos a pesar de su mayor fuerza.

El hombre era siempre el amo de la situación.

No era difícil trepar por las paredes del pozo, pero no me atrevía a hacerlo por miedo al horrible animal que me había perseguido. Finalmente, recordé los comentarios de Challenger y Summerlee sobre la falta de inteligencia de estos saurios, lo que sin duda había motivado su desaparición. Supuse que esperarme afuera hubiera sido un índice de que el animal era capaz de razonar, de establecer lo que me había acontecido y permanecer al acecho de mi reaparición, todo lo que no concordaría con aquellos comentarios.

Tras breve esfuerzo pude salir y miré a mi alrededor. Las estrellas comenzaban a palidecer y el cielo se aclaraba. El frío viento de la mañana me

produjo una agradable sensación al soplar sobre mi cara.

Regresé por el sendero de mi anterior huida hasta encontrarme nuevamente junto al arroyo, cuyo curso seguí.

De pronto, algo me recordó la existencia de mis compañeros. En el claro y tranquilo aire matinal oí la fuerte, dura nota del disparo de un rifle. Me detuve a escuchar, pero no se repitió. Durante un momento pensé en qué podría haberles sucedido, pero luego una explicación natural me tranquilizó. Ya era de día; ellos habrían imaginado que yo estaba perdido en los bosques, y aquel disparo tenía por objeto orientarme. Si bien se había convenido en no utilizar las armas de fuego excepto en oportunidades perfectamente justificables, cabía suponer que ellos me consideraban en peligro y por eso me apresuré aun más, para tranquilizarlos.

Dejé atrás el pantano de los pterodáctilos, crucé la pradera de los iguanodontes y, al llegar al último cinturón de arbustos que me separaban del Fuerte Challenger grité un saludo, que quedó sin respuesta.

El ominoso silencio me oprimió el corazón. Apresuré el paso, corrí, casi, y me encontré con el campamento desierto. La puerta del cerco espinoso

estaba abierta, nuestros efectos esparcidos en desorden y cerca de las cenizas de la hoguera se veía una fea mancha de sangre.

La sorpresa me aturdió hasta el punto en que creí haber perdido la razón. Recuerdo, vagamente, que corrí por los bosques que rodean el campamento llamando a gritos a mis compañeros. El horrible pensamiento de no encontrarlos ya más, de que quedaría solo en aquel territorio salvaje, sin posibilidades de descender de regreso al mundo civilizado, para vivir y morir solo en medio de aquella pesadilla... No, eso era más de lo que podría soportar.

Comprendí entonces cuánto dependía de mis compañeros, de la serena confianza en sí mismo de Challenger y de la dominante sangre fría de Lord Roxton. Sin ellos me sentía como un niño perdido en la oscuridad, indefenso e impotente.

Después de un período en que me dominó la desesperación, procuré recuperarme y descubrir qué desgracia había ocurrido a los demás.

El desorden completo demostraba que se había producido algún ataque, que seguramente se registró en el momento en que oí el disparo de rifle. El hecho de que se produjera un solo disparo indicaba

que todo había sido instantáneo. Los rifles estaban todavía en el suelo y uno solo, el de Lord John, tenía la recámara ocupada por una cápsula vacía.

No vi ningún indicio que señalara la naturaleza de los atacantes, hombres o animales, que habían invadido el refugio.

Recorrí el bosque, pero no encontré huellas que me orientaran. Me extravié y sólo por milagro, después de una hora de vagar, encontré de nuevo el campamento.

Entonces, un pensamiento me trajo algo de consuelo. No estaba absolutamente solo. Al pie del acantilado, esperándonos, se encontraba Zambo. Me acerqué al borde de la meseta y allá lo vi, sentado entre las mantas, y, para sorpresa mía, un, segundo hombre lo acompañaba. Llamé y agité el pañuelo a manera de saludo, y vi que Zambo subía por el pináculo. Poco después estaba en la cumbre del mismo, cerca de la meseta, y escuchó con profunda aflicción mi narración sobre lo sucedido.

-Ese fue el diablo, amo Malone. Está usted en el país del diablo y con toda seguridad se lo llevará a usted también. Siga mi consejo, baje pronto, antes que se lo lleve a usted también...

-¿Y cómo puedo hacer para bajar, Zambo?

-Corte enredaderas de los árboles, arrójelas hacia aquí, así las ato en este tocón y tendrá un puente.

-Hemos pensado en eso, Zambo. No hay enredaderas que puedan sostenernos.

-Mande a buscar sogas, amo Malone.

-¿A quién? ¿A qué lugar?

-A la aldea india. Tienen mucha soga de cuero trenzado en la aldea india. Hay un indio abajo, envíelo.

-¿Quién es?

-Uno de los que vinieron con nosotros. El otro lo golpeó y le quitó su parte de la paga. Este regresó y está dispuesto a llevar carta, traer soga, cualquier cosa.

¡A llevar una carta! ¿Por qué no? Tal vez pueda traer alguna ayuda, pero en el peor de los casos nuestras vidas no se habrían malogrado en vano, y las noticias de nuestras actividades y de lo que habíamos ganado para la ciencia, podrían llegar a conocimiento de la civilización. Ya tenía dos cartas completas esperando. Destinaría el resto del día para escribir una tercera, con la que completaría la información hasta el último día. Dije, pues, a Zambo que subiera nuevamente por la tarde y pasé mi mi-

serable y solitario día, escribiendo sobre mis aventuras de la noche anterior.

Escribí también una nota para el capitán de cualquier barco o algún comerciante blanco que el indio pudiera encontrar, rogándole enviar sogas, ya que de ellas dependerían nuestras vidas.

Todo esto, más tres soberanos que contenía mi bolsa, se lo arrojé a Zambo, diciéndole que entregara las monedas al indio, prometiéndole el doble si regresaba con noticias.

CAPÍTULO 13

UNA VISION INOLVIDABLE

En momentos en que el sol se ponía sobre la melancólica noche, vi la figura solitaria del indio sobre la vasta llanura a mis pies y le contemplé, pensando que constituía nuestra única, débil esperanza de salvación, hasta que desapareció entre la niebla del atardecer.

Ya estaba bastante oscuro cuando decidí regresar a nuestro campamento, y miré hacia abajo, al rojo brillo del fuego de Zambo, el único punto luminoso en el vasto mundo al pie de la meseta.

En cierto modo, me sentí más feliz, pues ahora pensaba que el mundo conocería nuestras aventuras y por lo menos nuestros nombres no se perderían con nuestros cuerpos, sino que pasarían a la poste-

ridad asociados con el resultado de nuestras penurias.

Resultó impresionante dormir en aquel malhadado campamento, pero era peor hacerlo en la jungla.

Encendí tres fuegos y luego de comer, caí en profundo sueño del que desperté al amanecer; en extrañas y felices circunstancias.

Sentí la presión de una mano sobre mi brazo y me incorporé sobresaltado, procurando alcanzar el rifle. Al reconocer a Lord John no pude contener un grito de alegría.

Era él, pero al mismo tiempo no lo era. Cuando lo dejé estaba calmo, correcto y metuculoso en su vestimenta. Ahora lo veía pálido, con los ojos dilatados, respirando con agitación como si hubiera corrido durante mucho tiempo. Su delgada cara mostraba arañazos y sus ropas colgaban en harapos. Lo miré sorprendido pero no me dio oportunidad de preguntar. Mientras me hablaba, recogía cosas del depósito.

-¡Rápido, Malone! ¡Rápido! -gritó-. Cada momento cuenta. Recoja los rifles. Los dos. Tengo ya los otros. Ahora, todas las balas que pueda. Llénese los bolsillos. Ahora comida. Con media docena de latas estará bien. ¡Eso es! No se demore a hablar o

pensar; muévase. ¡Muévase rápidamente o estamos perdidos! Todavía semidormido e incapaz de imaginar qué significaba todo aquello, me encontré siguiéndole alocadamente a través del bosque, con un rifle bajo cada brazo y un puñado de cosas en cada mano. Corrió por la parte más espesa de la maleza hasta que llegamos a un denso matorral donde se metió a pesar de las espinas, arrastrándome consigo.

-¡Aquí! -jadeó-. Creo que estamos seguros aquí. Con toda seguridad que me buscarán en el campamento. Será su primer movimiento. Pero esto los despistará.

-¿Qué pasa? -le pregunté cuando recuperé el aliento-. ¿Dónde están los profesores? ¿Quién nos persigue?

-Los hombres-monos -se lamentó-. ¡Por Dios, qué brutos! No hable en voz alta que tienen muy buenos oídos, y agudos ojos también, pero nada de olfato, según me pareció -apreciar, de modo que no creo que puedan rastrearne hasta aquí. ¿Dónde estuvo usted, joven amigo?

En pocas palabras le comenté lo que había hecho.

-Malo, malo -contestó cuando le conté acerca del dinosaurio y el pozo-. No es el lugar más adecuado

para una cura de reposo, ¿verdad? Pero yo no tenía idea de lo que esto podía resultar hasta que nos capturaron esos diablos. Los caníbales de Papú me cautivaron en una oportunidad, pero son caballeros al compararlos con estos muchachos.

-¿Cómo sucedió?

-Fue al amanecer. Nuestros sabios amigos comenzaban a desperezarse... ni siquiera habían empezado a discutir. De repente se produjo una lluvia de monos. Caían como manzanas de un árbol. Su pongo que se habían estado reuniendo, durante la noche, hasta que aquel gran árbol que nos daba sombra estaba cargado de ellos. Le dispare a uno en el pecho, pero antes de que pudiéramos prepararnos para la defensa, estábamos de espaldas en el suelo, con los brazos extendidos. Les he llamado monos, pero llevaban garrotes y piedras en las manos y utilizaban cierto tipo de lenguaje entre ellos. Además, nos ataron las manos con enredaderas, de modo que han superado a cualquier bestia que haya visto en mis viajes. Hombres-monos, eso son. Eslabones perdidos.... y yo hubiera deseado que continuaran así: perdidos. Se llevaron a su camarada herido, que sangraba como un cerdo, y se sentaron a nuestro alrededor. Son grandes, tan altos como un hombre,

pero mucho más fuertes. Tienen curiosos ojos vidriosos bajo rojos mechones de cejas, y se sentaron a nuestro alrededor mirándonos con expresión de odio, deleitándose con su triunfo. Challenger no es ningún cobarde, pero hasta él se sintió intimidado. Consiguió incorporarse, y les gritó que lo mataran pronto y terminaran de una buena vez. Creo que lo inesperado de todo lo había enloquecido un poco, pues les gritó insultos y maldiciones como un loco. Si se hubiera tratado de un grupo de sus favoritos periodistas, no los hubiera tratado de peor manera.

-¿Y qué hicieron ellos? -pregunté ansioso.

Estaba dominado por la curiosidad que despertaba la extraña narración que Lord John me susurraba al oído, mientras mantenía sus ojos alerta y apretaba la culata de su rifle.

-Creí que era el fin de todos nosotros, pero la actitud de Challenger inició un nuevo tipo de comportamiento entre los hombres-monos. Estuvieron un largo rato parloteando entre ellos. Luego uno de esos brutos, se paró al lado de Challenger... Usted reirá, pero le doy, mi palabra de que parecían parientes. Si no lo hubiera visto personalmente, no lo habría creído. Ese viejo hombre-mono, el jefe de la tribu, era una especie de Challenger rojo, con todos

los rasgos de nuestro amigo, si bien un poco exagerados. El cuerpo corto, los hombros anchos, el torso redondo, cuello corto, el mismo tipo de barba y espesas cejas, la misma expresión insolente, y todos los demás detalles sobresalientes de nuestro sabio. Cuando este ejemplar se aproximó a Challenger y le puso la mano sobre el hombro, la escena se completó. Summerlee estaba al borde del histerismo, y se lanzó a reír hasta las lágrimas. Los hombres-monos también rieron, o por lo menos hicieron ruidos para arrastrarnos a través de la selva. No tocaron siquiera las armas ni las latas, pensando tal vez que eran peligrosas, pero se alzaron con toda nuestra comida suelta. Summerlee y yo fuimos muy maltratados durante el camino, como lo prueba mi piel y mis ropas, pues nos llevaron en línea recta a través de las ramas, y la piel de estos individuos es como el cuero, pero Challenger recibió distinto tratamiento. Cuatro de ellos lo transportaron sobre los hombros como a un emperador. ¿Qué fue eso?

En la distancia se oía un extraño ruido. similar al de castañuelas.

-¡Allí están! -dijo Lord John deslizado cartuchos dentro del segundo rifle que tenía. Cargue esas armas, mi joven amigo, pues no les vamos a per-

mitir que nos tomen vivos, y no piense usted en ello. Ese es el ruido que hacen cuando están excitados y ¡y por Dios que les daremos excitación si nos encuentran! ¿Puede oírlos ahora?

-Muy lejos.

-Bien, proseguiré mientras tanto. Nos llevaron a una ciudad en que viven, un millar de cabañas de ramas y hojas en un enorme bosque cerca del borde del acantilado, a tres o cuatro millas de aquí. Esas sucias bestias me registraron recorriendo todo mi cuerpo con sus dedos. Nos ataron y nos dejaron bajo un árbol, vigilados por uno de esos enormes brutos con un garrote en la mano. Al decir "nos" me refiero a Summerlee y yo, ya que Challenger fue llevado a un árbol y le dieron de comer piñas, tratándolo como nunca lo fue en su vida. Se las arregló traernos algo de fruta y, con sus propias manos aflojó nuestras ligaduras. En otra situación, nos hubiéramos reído de buena gana al verlo sentado sobre al árbol hallado de su hermano gemelo cantando, ya que cualquier clase de música los ponía de buen humor. Pero las cosas estaban en un punto tal que la risa había quedado desterrada. Dentro de ciertos límites, le dejaban hacer lo que quería, pero nosotros apenas si podíamos movernos. Era un

consuelo para todos nosotros pensar que usted seguía en libertad, y con usted los archivos de nuestra expedición.

Hizo una pausa para escuchar los ruidos del bosqueantes de continuar con su relato.

-Y bien, mi joven amigo, le contaré algo que lo va a sorprender. Dice usted que vio signos de la presencia de hombres, fuegos, trampas y otras cosas por el estilo. Bueno, nosotros hemos visto a los hombres mismos, aunque en condiciones distintas. Parece que los humanos dominan un sector de esta meseta, aquél donde usted vio las cuevas, y los hombres-monos enseñorean este otro. Entre ambos bandos se ha establecido una guerra permanente. Ayer los hombres-monos apresaron a una docena de humanos y los trajeron como prisioneros, entre gran alboroto. Se trataba de hombres pequeños, rojizos. Los hombres-monos mataron a dos de ellos allí mismo. A uno de ellos casi le arrancaron el brazo..., fue absolutamente brutal. Aquellos nativos apenas si se quejaron, pero Summerlee se desmayó y el mismo Challenger apenas si pudo tolerarlo. Me parece que ya se han ido, ¿verdad?

Escuchamos con atención, pero nada, excepto el canto de los pájaros, quebraba el profundo silencio de la arboleda. Lord John prosiguió:

-Creo que usted se salvó gracias a aquellos indígenas, pues si no hubiesen estado ocupados con ellos es seguro que habrían venido a buscarlo. Es seguro que nos estuvieron vigilando durante todo el tiempo, como usted lo notó anteriormente, de modo que su ausencia no les debe haber pasado inadvertida. No obstante, sólo podían pensar en la nueva presa, gracias a lo cual fui yo, y no un grupo de hombres-monos, quien lo despertó esta mañana. Bien, después de la muerte de aquellos dos, vivimos una horrible pesadilla. Recordará usted aquel bosquecillo de bambúes donde encontramos el esqueleto del americano. Bien, eso queda exactamente debajo de la ciudad de los monos, y ese es el lugar donde sacrifican a los prisioneros. Debe haber montañas de esqueletos allá abajo, que no alcanzamos a ver. Tienen una especie de campo de desfile en el borde de la meseta, donde realizan toda una ceremonia. Los pobres diablos tienen que saltar, uno por vez, y la tribu se divierte en ver si se hacen añicos o en sólo quedan clavados en las cañas. Cuatro hombres saltaron, y las cañas los atravesaron

como agujas de tejer a través de un pan de manteca. Pensamos que también a nosotros nos tocaría saltar, pero aparentemente no siguieron, sino que reservaron a seis indígenas para hoy, aunque, según pudimos inferir, Summerlee y yo seríamos las estrellas de la función. Su lenguaje es, fundamentalmente, constituido por signos, de modo que no resulta difícil entender algo de lo que se proponen. Por ello, decidí escapar urgentemente. Todo tenía que recaer en mí, pues Summerlee resultaba inútil y Challenger no es mucho mejor, ya que cada vez que se reúnen comienzan a discutir sobre la clasificación científica de estos hombres-monos. Uno de ellos sostiene que se trata de driopitecos de Java, el otro que son pitecantropos. Son completamente chiflados, ambos. Pero, como le decía, había atisbado un par de posibilidades de escapar. Una de ellas consiste en que estos brutos no pueden correr tan rápido como un hombre en terreno abierto. La otra, que no saben nada de armas de fuego. No creo que todavía sepan cómo fue que su camarada cayó herido en nuestro campamento. Si podíamos conseguir las armas, pensé, era imposible predecir nuestras posibilidades. De modo que esta mañana temprano di a mi guardián un puntapié en el vientre y corrí en dirección al

campamento. Allí lo recogí a usted y las armas, y aquí estamos.

-¡Pero, los profesores!-exclamé consternado.

-Buenos; debemos regresar a buscarlos. Yo no podía traerlos conmigo, pues Challenger estaba sobre un árbol y Summerlee no puede correr tanto. La única posibilidad consiste en recuperar las armas e intentar un rescate. Por supuesto que queda la posibilidad de que los maten en venganza; pero no creo que toquen a Challenger, si bien Summerlee sigue en peligro; claro está que, todos modos, lo hubieran matado, así que no empeore sus posibilidades al escapar. Sea como fuere, es una cuestión de honor para nosotros regresar allá y tratar de rescatarlos, o morir con ellos.

Comenzábamos a incorporarnos en nuestro escondite, cuando Lord John me contuvo firmemente.

-¡Por Dios! ¡Allí vienen!

Desde donde estábamos alcancé a ver un grupo de hombres-monos pasando a cierta distancia. Caminaban en fila de a uno, con sus piernas dobladas y la espalda curva; las manos ocasionalmente tocaban el suelo y las cabezas giraban de izquierda a derecha, mientras avanzaban. La forma de pararse les restaba altura, pero calculo que medían aproxima-

damente un metro y medio. Muchos de ellos llevaban garrotes. A la distancia, parecían un grupo de velludos y deformes seres humanos.

Esta impresión la tuve en el breve momento en que cruzaron delante de nuestra vista. Poco después se perdieron entre los arbustos.

-Todavía no -dijo Lord John, que había levantado el rifle-. Nuestra mejor posibilidad la tendremos cuando estén de regreso en su ciudad. Allí trataremos de darles donde más les duela. Les daremos una hora de tiempo y luego partiremos.

Ocupamos el tiempo desayunándonos con el contenido de una de las latas de comida. Lord Roxton no había ingerido otra cosa que frutas desde la mañana anterior, de modo que devoró su parte con fruición. Finalmente, con nuestros bolsillos a punto de reventar con las municiones y un rifle en cada mano, partimos en nuestra misión de rescate. Antes de alejarnos, tomamos cuidadosa nota de la ubicación de este escondite, a fin de encontrarlo si teníamos nueva necesidad de recurrir a él. Cruzamos los arbustos en silencio, hasta que llegamos al borde de la meseta, donde nos detuvimos, y Lord John me comentó su plan.

-Mientras estemos entre los grandes árboles, estos cerdos nos dominarán, pero en terreno abierto las cosas serán diferentes. Allí nosotros nos movemos más rápidamente que ellos, de modo que debemos mantenernos en campo raso todo lo posible. El borde de la meseta tiene menos árboles grandes que el interior, así que andaremos por allí, caminando lentamente con los ojos bien abiertos y el rifle preparado. Y sobre todo, no deje que lo aprisionen... mientras le quede un tiro. Ese es mi último consejo, mi joven amigo.

Los bosques parecían estar llenos de hombres-monos; una y otra vez los oíamos charlar en su curiosa jerga. Entonces nos ocultábamos entre los arbustos más próximos hasta que se alejaban. Esto nos demoraba, de modo que ya habían transcurrido dos horas por lo menos cuando los cautos movimientos de Lord John me indicaron que estábamos próximos a nuestro destino. Me hizo señas de que me echara al suelo, y se arrastró regresando un minuto después con expresión ansiosa.

-¡Venga! ¡Rápidamente! ¡Ruego al Señor que no sea ya demasiado tarde!

Me encontré temblando de nerviosa excitación al arrastrarme hacia adelante hasta su lado, mirando

entre los arbustos en dirección a un claro que se abría delante de nosotros.

Era una visión de tal naturaleza que nunca olvidaré mientras viva. Tan fantasmagórico e imposible era aquel lugar que no se en qué forma describirlo.

Más aún, no sé si yo mismo podré admitir su existencia dentro de algunos años, si es que vivo para recordarlo. Se que me parecerá alguna pesadilla, un delirio producido por la fiebre. No obstante, trataré de describirlo ahora, mientras está aún fresca en mi mente la imagen y por lo menos uno, el hombre que se halla a mi lado, sabrá si he mentido.

Se extendía por delante un amplio espacio abierto, de varios cientos de metros de ancho, cubierto de verde césped y helechos bajos que crecían hasta el borde mismo del risco. Alrededor de este claro, había un semicírculo de árboles con curiosas chozas construidas con follaje y apiladas una sobre la otra entre las ramas. Las aberturas de estas viviendas, con más de nido que de casa, estaban ocupadas por mujeres y niños de la tribu de los hombres-monos. Constituían el público y contemplaban con profundo interés la acción que se desarrollaba, y que nos fascinaba y llenaba de espanto.

En el claro, cerca del borde del risco, se agrupaba una multitud de varios centenares de hombres-monos, muchos de ellos de gran tamaño y todos ellos horribles en grado sumo. Se observaba cierta disciplina, ya que ninguno intentaba romper la línea que formaban. Frente a ellos había un pequeño grupo de indios, de cuerpos pequeños, miembros sin vellos, de pieles bronceadas que brillaban bajo la fuerte luz solar, y entre ellos se destacaba un alto hombre blanco, delgado, que permanecía con la cabeza baja y los brazos cruzados, expresando toda su actitud el horror y congoja que experimentaba. Resultaba imposible equivocarse: se trataba del profesor Summerlee.

Al frente y alrededor del grupo de prisioneros se le movían varios hombres-monos que los vigilaban de cerca, haciendo imposible todo pensamiento de fuga. Más allá, alejados de todos los demás y cerca del borde del risco, aparecían dos personajes, tan extraños, y, en otras circunstancias tan ridículos, que absorbieron mi atención. Uno era nuestro camarada el profesor Challenger. Los restos de su chaqueta colgaban de sus hombros, pero su camisa había desaparecido y la gran barba se mezclaba con los profusos vellos negros que cubrían su poderoso pecho.

Había perdido el sombrero y su cabello, crecido durante nuestras aventuras, se agitaba en desorden. Un solo día parecía haber cambiado al más acabado producto de la civilización moderna, convirtiéndolo en el desesperado salvaje de Sudamérica. A su lado se erguía su amo, el rey de los hombres-monos. Este era en todo, tal como me había anticipado Lord John, la imagen exacta de nuestro profesor, excepto en que su color era rojo en lugar de negro. La misma figura corta y ancha, los mismos fuertes hombros, idéntica posición de los brazos, igual barba mezclándose con los vellos del pecho. Sólo sobre las cejas, donde la huidiza frente del hombre-mono contrastaba con el amplio cráneo del europeo, era visible una real diferencia. En todos los demás aspectos, el rey era una absurda parodia del profesor.

Todo esto que tanto tardé en describir, lo observé en pocos segundos. Luego tuvimos diferentes cosas en que pensar, pues un movido drama se estaba desarrollando. Dos de los hombres-monos arrastraron a uno de los indios hasta el borde del precipicio y a una señal del rey lo tornaron de brazos y piernas, lo balancearon tres veces y lo arrojaron al aire. En este momento todos los hombres-monos agrupados alrededor se precipita-

ron hasta el borde a observar la caída. Se produjo un largo silencio y luego un enloquecido grito de placer. Saltaban todos con los brazos en alto, aullando exaltados. Luego volvieron a alinearse y esperar por la siguiente víctima. Esta vez era el turno de Summerlee. Dos de sus guardias lo tomaron por las muñecas y lo arrastraron brutalmente. Challenger se volvió hacia el rey y agitó sus manos violentamente. Estaba rogando, implorando por la vida de su camarada. El hombre-mono le empujó a un lado con violencia y agitó la cabeza. Ese fue el último movimiento consciente que efectuó en este mundo. El rifle de Lord John resonó y el rey cayó inmóvil al suelo.

-¡Dispare, hijo, dispare! ¡Al centro del grupo!

Hay extrañas profundidades en el alma del más común de los hombres. Por naturaleza soy de corazón débil, y muchas veces he notado que mis ojos se humedecían ante el grito de una liebre herida. No obstante, en estos momentos tenía sed de sangre. Me encontré de pie disparando un cargador tras otro y otro más, mientras gritaba por pura ferocidad y la alegría de matar. Con nuestras cuatro armas los dos hicimos una horrible carnicería. Los dos guardianes de Summerlee cayeron y éste daba vueltas

alrededor como un borracho, incapaz de asimilar la idea de que había quedado libre. La densa muchedumbre de hombres-monos se agitaba sorprendida, como preguntándose de dónde provenía esta lluvia mortífera, o qué podía significar. Luego, comenzaron a gritar y correr, hasta que se convirtieron en una aullante masa que huía en busca de refugio hacia los árboles, dejando el terreno salpicado de cadáveres de sus camaradas alcanzados por nuestro fuego.

Los prisioneros quedaron por el momento solos en el medio del claro.

El rápido cerebro de Challenger comprendió la situación. Tomó al espantado Summerlee de un brazo y corrió con él a nuestro encuentro. Dos de los guardias trataron de detenerlos, mas otras tantas balas de Lord John dieron con ellos por tierra. Les alcanzamos dos de los rifles que teníamos, pero Summerlee estaba ya al final de sus fuerzas y apenas si podía mantenerse en pie.

Ya los hombres-monos se estaban recuperando del susto y avanzaban entre los arbustos con intenciones de cerrarnos el paso. Challenger y yo arrastramos a Summerlee de ambos brazos mientras Lord John detenía a los perseguidores con su infali-

ble puntería. Durante más de una milla aquellos brutos nos siguieron desde muy cerca, pero pronto comprendieron nuestro poder y no se atrevieron a enfrentarse con el rifle de Lord John. Cuando llegamos al Fuerte Challenger, miramos hacia atrás y nos encontramos solos.

Esto creíamos, pero nos equivocamos. No habíamos concluido de cerrar la puerta de ramas espinosas, estrechado nuestras manos y todavía tratábamos de recuperar el ritmo normal de nuestra respiración recostados en el suelo al lado del manantial, cuando oímos un suave lamento desde el exterior. Lord John saltó, con un rifle en la mano, y abrió. Allí, postrados en el suelo, estaban los cuatro indios sobrevivientes, temblando de miedo ante nosotros pero implorando nuestra protección.

Uno de ellos, con expresivo ademán señaló los bosques indicando que estaban llenos de peligros. Luego, arrojándose a los pies de Lord John, se abrazó a sus botas.

-¡Por Dios! -exclamó éste, retorciéndose el bigote-. ¿Qué haremos con esta gente? Levántate, muchacho, y retira tu cara de mis botas.

Summerlee estaba sentado cargando su pipa.

-Tendremos que ayudarlos -dijo-. Usted nos ha sacado de las mismas fauces de la muerte. ¡Palabra de honor que fue un trabajo admirable!

-¡Realmente admirable! -secundó Challenger-. No sólo nosotros individualmente, sino toda la ciencia europea tiene con ustedes una profunda deuda de gratitud, pues no vacilo en decir que la desaparición del profesor Summerlee como La mía, habrían producido un apreciable vacío en la historia de la zoología moderna. Nuestro joven amigo y usted han actuado extraordinariamente bien.

Nos contempló con su sonrisa paternal, pero la ciencia europea se hubiera sorprendido bastante de ver a su hijo dilecto, la esperanza del futuro, con la cabeza descuidadamente enredada, el pecho desnudo y las ropas destrozadas. Tenía una lata de comida entre las rodillas y un gran trozo de cordero en una mano. El indio lo miró y con un corto grito cayó al suelo y se aferró a la rodilla de Lord John.

-No te asustes, hijo -dijo éste palmeándole la cabeza-. No puede soportar su apariencia, Challenger, y, por Dios no lo culpo. Bueno..., bueno, muchacho. Es solo un ser humano, como el resto de nosotros.

-¡Realmente..., señor! -repuso indignado el profesor.

-¡Bueno, profesor! Después de todo, tuvo usted suerte de ser un poco distinto de los demás. Si no hubiera sido por su parecido con el rey...

-Por mi honor, Lord John Roxton, se permite usted demasiado...

-¡Caramba! Es un hecho, profesor.

-Le ruego que cambie de tema. Sus observaciones no tienen relación con el asunto en general y resultan ininteligibles. La cuestión es qué hacer con estos indios. Lo obvio es escoltarlos a su casa, si es que sabemos dónde habitan.

-Eso no es difícil de saber. Viven en las cuevas en el lado opuesto del lago -aclaré-. Es una caminata de cerca de veinte millas.

Summerlee se lamentó.

-No podré llegar allí. Además, todavía oigo a esos brutos rondando en la arboleda.

Efectivamente, se oía el parloteo de los hombres monos; los indios lloriqueaban de miedo.

-¡Debemos irnos de aquí, de prisa! -indicó Lord John-. Usted, mi joven amigo, encárguese de ayudar a Summerlee. Estos indios llevarán las provisiones. Ahora partamos antes de que nos vean.

En menos de media hora nos encontrábamos en el refugio entre los matorrales, perfectamente es-

condidos. Durante todo el día se oyó el excitado parloteo de los hombres-monos en dirección al campamento abandonado, pero ninguno se aproximó a nuestro actual escondite, y los pobres fugitivos, blancos y rojos, pudieron tener un largo sueño reparador. Estaba yo mismo dormitando al atardecer, cuando alguien me tocó el brazo y encontré a Challenger arrodillado a mi lado.

-Usted lleva un diario de estos sucesos y espera publicarlos eventualmente, señor Malone -dijo solemnemente.

-Así es, estoy aquí sólo como representante de la prensa.

-Exactamente. Y usted debe haber oído cierta observación de Lord John Roxto que parecía implicar que existe cierto..., cierto parecido...

-Sí, eso oí.

-No creo necesario decirle que cualquier publicidad que reciba tal idea, cualquier ligereza en su narración de los acontecimientos, resultaría excesivamente ofensiva para mí...

-Me mantendré dentro de los límites de la más absoluta verdad.

-Las observaciones de Lord John son frecuentemente exageradas, y es capaz de atribuir a las más

absurdas razones el respeto que siempre las razas subdesarrolladas demuestran a la dignidad y al carácter. ¿Comprende usted lo que quiero significar?

-Completamente.

-Dejo el asunto librado a su discreción.

Luego de una larga pausa, continuó.

-El rey de los hombres-monos era una criatura de gran distinción..., una personalidad realmente agradable e inteligente, ¿no le parece?

-Una criatura extraordinaria -repuse.

Y el profesor, con su mente un poco más tranquila, se entregó nuevamente al sueño.

CAPÍTULO 14

VERDADERAS CONQUISTAS

Habíamos supuesto que nuestros perseguidores, los hombres-monos, desconocían nuestro escondite entre la maleza, pero no tardaríamos en darnos cuenta de nuestro error.

Nada se movía en el bosque. El silencio era absoluto. Eso nos llevó a olvidar nuestra experiencia anterior de cuán astutos y pacientes podían llegar a ser en espera de su oportunidad para atacar.

Estoy seguro de que, cualquier cosa que pueda sucederme en el futuro, nunca estaré tan cerca de la muerte como lo estuve aquella mañana. Pero me estoy apartando del orden en que se desarrollaron los acontecimientos.

Despertamos exhaustos por las terribles emociones del día anterior, así como por la falta de alimento. Summerlee estaba aún tan débil que le resultaba difícil incorporarse, pero tenía un rudo tipo de coraje que le impedía admitir la derrota. Convinimos en permanecer quietos durante una o dos horas, desayunarnos, y luego iniciar nuestra marcha a través de la meseta rumbo a las cuevas donde, según mis exploraciones habían establecido, habitaban los indios. Confiábamos en que el haberlos rescatado nos aseguraría una calurosa bienvenida entre sus compañeros de tribu, y luego, habiendo cumplido nuestra misión y con un mayor conocimiento de los secretos de la Tierra de Maple White, nos aplicaríamos por entero a resolver el problema de nuestro regreso a la civilización.

Durante la espera pudimos observar más tranquilamente a los indios que habíamos rescatado. Eran hombres pequeños, nerviosos, activos y de buena apariencia física; con largos cabellos lacios atados sobre la nuca con una cinta de cuero, material del que también eran sus taparrabos. Sus caras barbilampiñas eran placenteras y afables. Los lóbulos de sus orejas sangraban desgarrados, evidenciando que había ornamentos que sus adversarios

arrancaron. Su lenguaje, si bien nos resultaba ininteligible, era más complejo que los ruidos con que se comunicaban entre sí los hombres-monos. Se señalaban unos a otros repitiendo la palabra "accala", por lo que supusimos que tal era el nombre de su tribu. Ocasionalmente agitaban las manos en dirección a los bosques que nos rodeaban y exclamaban "¡Doda! ¡Doda!", que con seguridad, era el nombre que daban a sus enemigos.

-¿Qué opina de ellos, Challenger? -preguntó Lord John-. Una cosa me resulta evidente, y es que el que tiene la frente afeitada es una especie de jefe entre ellos.

Efectivamente, este hombre se mantenía separado de los otros, que nunca se dirigían a él sin ostensibles muestras del mayor respeto. Era el más joven de todos, y no obstante se mostraba tan orgulloso y altanero que cuando Challenger le tomó la cabeza saltó como un potro espoleado y se alejó con ofendido brillo en sus ojos negros y, apoyando su mano sobre el pecho y mostrando gran dignidad, repitió varias veces la palabra "Maretas". El profesor, sin inmutarse, tomó del hombro a otro indio e inició su conferencia como si se tratara de un espécimen embalsamado en un salón de clases.

-El tipo de esas gentes -dijo pomposamente-, tanto si juzgamos por la capacidad craneana, el ángulo facial o cualquier otra clase de estimación de valores, no puede ser considerado como de seres inferiores; por el contrario, cabe ubicarlos en un nivel considerablemente más elevado que a muchas otras tribus sudamericanas que podría mencionar. De ninguna manera podemos explicar la evolución de tal raza en este lugar. En ese sentido, hay tan gran distancia entre éstos y los hombres-monos y los animales primitivos que han sobrevivido en esta meseta, que es inadmisibile que puedan haberse desarrollado en el sitio en que los hemos encontrado.

-Entonces, ¿de dónde cayeron? -inquirió Lord John.

-Esa es una cuestión que, sin lugar a dudas, será profusamente discutida en las sociedades científicas de Europa y América. Opino que la evolución se ha producido bajo condiciones peculiares de esta región, hasta la etapa de los vertebrados, sobreviviendo los antiguos tipos en, compañía de los nuevos. Por ello hemos encontrado animales modernos como el tapir, el gran ciervo y el oso hormiguero, en compañía de reptiles del tipo Jurásico. Hasta aquí, no tengo dudas. Ahora, analicemos la existencia de

los hombres-monos y los indios. ¿Qué debe pensar una mente científica sobre su presencia? Sólo puedo explicarlo diciendo que puede haberse debido a una invasión desde el exterior. Es probable que haya existido en Sudamérica un mono antropoide que en eras pretéritas logró entrar a este lugar, y que se convirtió en los seres que hemos visto, algunos de los cuales -en este punto de su exposición me miró fijamente-, algunos de los cuales, digo, con una conformación y apariencia que, de haber estado acompañadas por la inteligencia correspondiente, me atrevo a decir que habrían prestigiado a cualquier raza viviente. En cuanto a los indios, no cabe duda de que pertenecen a una corriente inmigratoria más reciente. Bajo la presión del hambre o de otros enemigos, se vieron obligados a emigrar, radicándose en esta meseta. Enfrentados a animales feroces que jamás habían visto antes, se refugiaron en aquellas cuevas, pero sin duda han tenido que mantener una dura lucha por sobrevivir, especialmente, contra los hombres-monos que los consideraron intrusos e iniciaron una guerra sin cuartel contra ellos, con una astucia de la que son incapaces los animales mayores de la meseta. De allí el hecho de que parece que sean pocos en número. ¿Alguna pregunta?

El profesor Summerlee, por una vez en su vida, se sentía demasiado deprimido para discutir con Challenger, pero sacudió violentamente la cabeza como indicando que disentía por completo. Lord John se limitó a rascarse la suya, comentando que no podía pelear porque no estaba dentro de la misma categoría o peso, y yo, por mi parte, desarrollé mi acostumbrado papel de llevar las cosas a un nivel más prosaico y práctico, señalando que uno de los indios faltaba.

-Fue a buscar agua -aclaró Lord John.

-¿Al anterior campamento?

-No, al arroyo que está entre esos árboles. No debe quedar a más de un centenar de metros, pero, realmente, está demorando demasiado.

-Iré a buscarlo -dije, y recogiendo mi rifle caminé en dirección al arroyo. Les resultará extraño que abandonara así el refugio que brindaba la maleza, pero recordarán que estábamos lejos de la ciudad de los hombres-monos y, según creíamos, estos seres no habían descubierto nuestro escondite. Además, con un rifle en las manos no les temía. No había llegado a conocer aún toda su astucia y su fuerza.

Pude oír el murmullo de nuestro arroyo, pero todavía me lo ocultaba un grupo de árboles y maleza.

Me estaba acercando a este punto, cuando desde la distancia divisé un bulto oscuro bajo uno de los árboles. Al aproximarme, vi que se trataba del indio, que yacía sobre un costado, con los miembros recogidos y la cabeza en una posición extraña como si mirara por sobre su propio hombro. Grité para avisar a mis amigos que algo andaba mal, y me acerqué a examinar el cadáver. Cierta instinto, o miedo, o tal vez un rumor de hojas, me impulsó a mirar hacia arriba. Desde el follaje, dos largos y musculosos brazos velludos se extendían lentamente en mi dirección. Un instante más y las manos se habrían cerrado alrededor de mi garganta. Salté hacia atrás, pero no con suficiente rapidez que me permitiera evitar que me asiera por la nuca con una mano, y la otra apretando mi cara. Levanté los brazos para proteger mi garganta, pero no pude evitar que el abrazo se completara... Me sentí colgado en el aire.

Una intolerable presión empujaba mi cabeza hacia atrás, cada vez más y más violentamente. Mis sentidos me abandonaban, pero alcancé a arrancar la mano que sujetaba mi barbilla. Levanté la vista y me encontré mirando un par de inexorables ojos declaro color azul en una cara espantosa. Aquellos ojos tenían algo de hipnótico. No pude continuar

defendiéndome. Cuando aquel ser notó que yo dejaba de oponer resistencia, dos blancos dientes brillaron durante un momento en cada lado de la bestial boca y la llave de lucha se tornó más apretada sobre mi mentón, levantándolo y empujándolo hacia atrás cada vez más... Una niebla opaca se formó ante mis ojos. y mis oídos se llenaron de ruidos. Percibí, amortiguado y lejano, el estampido de un rifle, y tuve una confusa noción de caer sobre el suelo.

Recuperé el conocimiento en nuestro refugio. Alguien había traído el agua desde el arroyo y Lord John estaba salpicándome la cara, mientras que Challenger y Summerlee me sostenían, con expresión preocupada. Durante unos instantes tuve el privilegio de atisbar la existencia de espíritus humanos detrás de sus máscaras científicas.

Mi postración se debía más al susto que a daños físicos, de modo que media hora después, a pesar del fuerte dolor de cabeza y el cuello envarado, estaba sentado y dispuesto a cualquier cosa.

-Escapó usted por milagro, mi joven amigo -dijo Lord John-. Cuando oí su grito y corrí, y vi su cabeza retorcida y sus pies sacudiéndose en el aire, supuse que habíamos sufrido la primera baja. Erré

el disparo, pero la bestia se asustó y lo dejó caer. ¡Por Dios! Me gustaría contar con cincuenta hombres con rifles... Limpiaría esta infernal meseta de hombres-monos...

Era claro ahora que habíamos sido localizados y sometidos a constante vigilancia. No teníamos nada que temer durante el día, pero con seguridad que por la noche nos atacarían, de modo que debíamos alejarnos cuanto antes.

Estábamos casi rodeados por árboles, donde podríamos sufrir una emboscada. Sólo en dirección al lago el terreno estaba cubierto por arbustos bajos, con pocos árboles y ocasionales praderas, es decir, por el camino que yo había seguido en mi solitaria escapada nocturna, y que nos conducía directamente a las cavernas de los indios. Este sería, por todos los motivos posibles, nuestro itinerario.

Lamentamos alejarnos del antiguo campamento, no sólo por las provisiones que allí quedaban, sino porque perdíamos contacto con Zambo, nuestro vínculo con el mundo exterior. No obstante, teníamos abundante provisión de municiones para nuestras armas y esperábamos contar con alguna oportunidad de regresar a restablecer nuestras comunicaciones con el negro, que había prometido

permanecer y no dudábamos de que cumpliría su palabra.

Esa tarde iniciamos el viaje. El joven jefe marchó a la cabeza, actuando como guía, pero se rehusó indignado a llevar carga alguna. Tras él los dos indios sobrevivientes marchaban con nuestras escasas provisiones y nosotros cuatro cerrábamos la columna, con los rifles cargados y prontos a actuar.

Cuando partimos, se oyó un ulular de los hombres-monos, que pudo haber sido un grito de triunfo ante nuestro alejamiento, o una expresión de desprecio por nuestra huida.

Mirando hacia atrás, sólo vimos la densa cortina de vegetación, pero la magnitud del grito nos indicó claramente cuántos de nuestros enemigos se ocultaban entre las ramas. No obstante, nadie nos persiguió, y pronto nos encontramos en campo abierto y fuera de su alcance.

Mientras caminaba, cerrando la marcha, no pude evitar una sonrisa ante el aspecto de mis tres compañeros. ¿Era éste el mismo Lord John Roxton que había visto sentado en el Albany entre sus tapices persas y sus cuadros, bajo la rojiza luz de sus lámparas coloreadas? ¿Y aquél, el profesor prepotente que se había envanecido detrás del gran escritorio

en su amplio estudio en Enmore Park? ¿Y aquel otro, la cuidadosa y austera figura que se había incorporado ante la gente reunida en el Instituto Zoológico? Creo que hubiera sido imposible encontrar en algún sendero de Surrey tres vagabundos con aspecto más desamparado y harapiento.

No habíamos estado más de una semana sobre esta meseta, pero todas nuestras ropas estaban en el campamento al pie, y esa semana nos había tratado severamente a todos excepto a mí, que no tuve que soportar el manoseo de los hombres-monos. Mis tres amigos habían perdido sus sombreros, y ahora cubrían sus cabezas con pañuelos. Sus ropas caían en hilachas, y sus sucias caras sin afeitar eran prácticamente irreconocibles. Tanto Challenger como Summerlee cojeaban visiblemente, y yo todavía arrastraba mis pies de debilidad como consecuencia del ataque del hombre-mono.

Eramos, en verdad, un grupo lastimoso, y no me asombraba que los indios miraran hacia atrás ocasionalmente, observándonos con miedo.

Comenzaba a oscurecer cuando llegamos a la margen del lago y, cuando estuvo a nuestra vista la plateada superficie, los indios gritaron con alegría, señalando ansiosamente algo al frente: una gran flo-

tilla de canoas surcaba las aguas en dirección al lugar en que nos encontrábamos. Pronto estuvieron cerca y nos distinguieron. Inmediatamente, se oyó un simultáneo grito de alegría, y los vimos incorporarse agitando en el aire remos y lanzas. Luego se aplicaron nuevamente a bogar y llegaron a la costa, donde se postraron ante el joven jefe. Finalmente uno de ellos, un hombre de edad, con un collar y brazaletes de grandes cuentas brillantes y cubierto con la piel de un animal de hermosas pintas de color de ámbar, corrió y abrazó tiernamente al joven que habíamos salvado. Luego nos miró, e hizo algunas preguntas tras las cuales se nos aproximó con dignidad y nos abrazó a todos por turno. Posteriormente, y siguiendo sus órdenes, toda la tribu se postró en el suelo ante nosotros en señal de homenaje.

Personalmente, me sentí tímido e incómodo frente a esta manifestación de obsequiosa adoración, y leí iguales sentimientos en las caras de Lord John y Summerlee, pero la de Challenger se abrió para percibirla más íntimamente, como una flor bajo el sol.

Tal vez sean tipos subdesarrollados -dijo frotándose la barba-, pero tu comportamiento en presen-

cia de sus superiores debería servir de ejemplo a nuestros más adelantados europeos. Es extraño observar lo correctos que son los instintos del hombre natural.

Era visible que los nativos habían venido en pie de guerra, pues todos llevaban lanzas de bambú con puntas de hueso, arcos y flechas, garrotes y hachas de piedra. Sus sombrías miradas iracundas en dirección a los bosques desde donde veníamos nosotros, y la frecuente repetición de la palabra "Doda" indicaban con claridad que venían a rescatar a los prisioneros: a salvarlos de la muerte, o vengarlos.

La tribu se reunió allí mismo en consejo, sentándose en círculo, mientras nosotros descansábamos sobre una laja basáltica próxima y observábamos el desarrollo de los acontecimientos. Dos o tres guerreros hablaron y luego el joven que habíamos rescatado, que supusimos era el hijo del jefe, les dirigió una inspirada arenga con tan elocuentes ademanes que pudimos entenderle con la misma claridad que si hubiéramos conocido su lenguaje.

-¿Por qué regresar? -parecía decir-. Tarde o temprano tendremos que hacerlo. Vuestros camaradas han sido asesinados. ¿Por qué satisfacernos con que yo haya vuelto sano y salvo? Estos otros hubieran

muerto. No hay seguridad para nosotros. Estamos reunidos ahora, y estamos dispuestos.

Nos señaló antes de continuar.

-Estos extranjeros están con nosotros. Son grandes guerreros y odian a los hombres-monos tanto como nosotros. Dominan al trueno y al relámpago. ¿Cuándo volveremos a tener una oportunidad como ésta? Adelante, y vayamos dispuestos a morir ahora o vivir el futuro con, tranquilidad. ¿De qué otra manera podemos regresar sin vergüenza al lado de nuestras mujeres?

Los guerreros estaban pendientes de sus palabras, y cuando terminó agitaron sus primitivas armas en el aire, rugiendo una expresión de aplauso.

El anciano jefe se nos aproximó, y nos efectuó algunas preguntas señalando en dirección a los bosques. Lord John le hizo señal de que esperara y se dirigió a nosotros.

-Bien; depende de ustedes decir qué se hará. Por mi parte, tengo que cobrarme una deuda de aquellos monos y si termino por eliminarlos de la faz de la tierra, no creo que la tierra se lamente de ello. Voy a acompañar a estos amigos, y me propongo ayudarlos hasta el final. ¿Qué dice usted, joven amigo mío?

-Iré, por supuesto.

-¿Y usted, Challenger?

-Cooperaré, con toda seguridad.

-¿Summerlee?

-Me parece que nos estamos apartando del objeto de esta expedición, Lord John. Le aseguro que no pasó por mi mente cuando dejé mi cátedra en Londres, que era propósito de la expedición encabezar una correría de salvajes contra una colonia de monos antropoides.

Lord John sonrió.

-Y, sin embargo, a tan viles actividades nos vemos compelidos. Pero, a pesar de ello, ¿cuál es su decisión, profesor?

-Me parece que se trata de un paso muy objetable el que daremos -insistió Summerlee, discutiendo como siempre-. No obstante, si todos ustedes van, difícilmente puedo yo quedarme detrás.

-Entonces, queda decidido -concluyó Lord John, y volviéndose hacia el jefe asistió y dio una palmada al rifle.

El anciano estrechó nuestras manos, mientras la tribu gritaba con mayor fuerza que nunca.

Era muy tarde ya para iniciar el ataque, de modo que los indios prepararon un vivac. Se encendieron

hogueras. Algunos desaparecieron en la jungla para regresar con un joven iguanodonte que, como los otros, tenía una marca de asfalto sobre el hombro. Cuando uno de los nativos se adelantó, con aspecto posesivo, y dio su consentimiento para la matanza de la bestia, comprendimos el significado de las marcas. Estas grandes bestias eran propiedad privada, como un rebaño de ganado, y los símbolos que nos habían tenido perplejos no eran nada más que la marca de sus propietarios.

En pocos minutos la bestia había sido cortada y grandes trozos estaban colgados sobre una docena de hogueras, juntamente con ciertos grandes peces que habían sido lanceados en el lago.

Summerlee se había acostado y dormía sobre la arena, pero nosotros merodeamos alrededor del agua, procurando aprender algo más sobre este extraño territorio. Dos veces encontramos pozos de arcilla azul, tal como la que habíamos visto en el pantano de los pterodáctilos. Por razones desconocidas, despertaron el interés de Lord John. Lo que atraía la atención del profesor Challenger, por otra parte, era un geyser de barro, gorgoteante, en que se formaban grandes burbujas de gas que estallaban en la superficie. Extendió un junco hueco hasta él, y

gritó con juvenil regocijo cuando, al aproximar un fósforo encendido al otro extremo, se oyó una pequeña explosión y quedó ardiendo una tenue llama azul. Igualmente se alegró cuando, extendiendo una bolsa de cuero sobre las burbujas de modo que el gas penetrara, logró llenarla con el mismo y hacerle elevarse en el aire.

-Un gas inflamable, marcadamente más liviano que la atmósfera. Diría que contiene una considerable proporción de hidrógeno libre. Mis recursos no están agotados, Malone. Todavía puedo demostrarles de qué modo una mente grandiosa moldea la naturaleza para adaptarla a sus necesidades.

Por mi parte, nada en la costa resultaba tan maravilloso como la gran extensión de agua. La cantidad de gente reunida y los ruidos producidos alejaron a todas las criaturas vivientes y, con excepción de algunos pterodáctilos que planeaban en las alturas esperando alimentarse de la carroña, todo estaba quieto alrededor del campamento. Pero en el lacro era diferente. Hervía de extraña vida. Grandes lomos negros con aletas dentadas quebraban la superficie plateada y volvían a perderse en las profundidades. Los bancos de arena estaban salpicados de formas que se arrastraban: grandes tortugas, extra-

ños saurios. Aquí y allá altas cabezas de serpiente se proyectaban fuera del agua, cortándola con un pequeño collar de espuma, dejando una larga estela, balanceándose como graciosos cisnes. Recién cuando uno de estos seres se subió a un banco de arena y nos permitió apreciar su cuerpo grueso y las grandes aletas detrás del largo cuello, Challenger y Summerlee -que se nos había reunido- prorrumpieron en gritos de maravilla y admiración.

-¡Plesiosaurios! ¡Plesiosaurios de agua dulce! -exclamó Summerlee -. ¡Bienaventurados nosotros, mi querido Challenger, entre los zoólogos del mundo! ¡Pensar que hemos podido ver un ejemplar vivo!

Recién cuando cayó la noche y los fuegos de nuestros salvajes aliados brillaban con rojo resplandor en las sombras, pudimos alejar a los dos hombres de ciencia de los alrededores del lago, que nos fascinaba.

Al alba, nuestro campamento comenzó a manifestar actividad y, una hora más tarde, comenzamos nuestra memorable expedición.

A menudo, en mis sueños, había pensado en llegar a ser corresponsal de guerra, pero nunca pensé que se trataría de una acción tan primitiva como

ésta. He aquí mi primer despacho desde un campo de batalla:

Nuestro número se había visto reforzado durante la noche por un nuevo contingente de nativos de las cavernas, y al iniciar el avance éramos de cuatrocientos a quinientos en total. Un grupo de exploradores nos precedió, y tras ellos toda la fuerza, en sólida formación, recorrió la pendiente cubierta de arbustos hasta el borde mismo de la selva. Allí nos separamos en una larga línea de lanceros y arqueros. Roxton y Summerlee tomaron posiciones sobre el flanco derecho, mientras que Challenger y yo lo hicimos a la izquierda. Estábamos acompañando a la batalla a un ejército de la edad de piedra, con la última palabra en el arte de la armería de la calle de Saint James y el Strand...

No tuvimos que esperar mucho al enemigo. Un agudo clamor se elevó de la arboleda y de pronto un grupo de hombres-monos se abalanzó con garrotes y piedras hacia el centro de la línea de indios. Fue un movimiento valiente, pero tonto, pues las grandes criaturas eran lentas a pie, mientras que sus oponentes tenían agilidad felina. Resultaba horrible ver a los feroces brutos, con bocas babeantes y llameantes ojos, saltando y tratando de luchar, pero

fracasando en sus intentos, mientras que sus enemigos los esquivaban y cubrían con una lluvia de flechas.

Uno de esos seres pasó a mi lado, con una docena de dardos sobresaliendo de sus costillas. Por piedad le disparé una bala, y cayó entre las hierbas. Ese fue el único disparo de arma de fuego, pues el ataque de los hombres-monos había sido dirigido al centro de la línea, y allí los indios no necesitaban de ayuda para repelerlos. De todos los hombres-monos que salieron al campo abierto, ninguno regresó a la arboleda.

Pero la acción se tornó mortal cuando entramos entre los árboles. Durante una hora, tal vez más, se registró una desesperada lucha. Saltando desde las ramas, garrote en mano, los hombres-monos caían entre los indios y a menudo derribaban a dos o tres antes de ser lanceados. Sus terribles golpes destruían todo lo que alcanzaban. Uno de ellos destruyó el rifle de Summerlee, y estuvo por terminar con el profesor, pero un indio lo apuñaló oportunamente. Otros, desde lo alto de los árboles, arrojaban piedras y troncos. En cierto momento, nuestros aliados se desmoralizaron ante la presión de sus oponentes, pero el respaldo brindado por las armas

de fuego, que causaban estragos entre los hombres-monos, los ayudó a recuperarse.

Finalmente cedió la tenaz resistencia de los hombres-monos. Abandonaron la lucha y huyeron desordenadamente, perseguidos de cerca por los indios. El bosque resonaba con los gritos de triunfo de éstos, acompañado por el sonido vibrante de los arcos y el zumbido de las flechas.

Todo el odio acumulado tras generaciones, todas las crueldades de la pequeña historia de la meseta, todos los recuerdos de abusos y persecuciones, quedarían purgados aquel día.

Por fin, el hombre reinaría supremo, y las bestias-hombres tendrían que permanecer en sus reductos.

Nos encontramos con Lord John y Summerlee, que venían en nuestra búsqueda.

-Todo está terminado -dijo Lord John-. El resto queda por su cuenta. Tal vez podamos dormir mejor mientras menos veamos lo que sucederá aquí.

Los ojos de Challenger brillaban con el placer de la carnicería.

-Hemos tenido el privilegio de presenciar una batalla decisiva para la historia. Una de las típicas batallas que determinaron el destino del mundo.

¿Qué es, mis amigos, la conquista de una nación por otra? Brutalidad sin significado alguno. Cada una produce los mismos resultados. Pero en estas feroces batallas, en la aurora de las edades, los habitantes de las cavernas hicieron valer su mejor capacidad antes que ellos. Esas eran conquistas, reales victorias. Y por un extraño capricho del destino, hemos presenciado y hemos ayudado a decidir ésta. Ahora, la meseta pertenecerá por siempre al hombre.

Se necesitaba una robusta fe en el fin para justificar tan trágicos medios.

Al cruzar el bosque juntos, encontramos hombres-monos yaciendo en ensangrentados montones, acribillados de lanzas y flechas. Aquí y allá un pequeño grupo de indios destrozados marcaba el lugar en que un antropoide se había hecho fuerte y vendido cara su vida. Siempre delante de nosotros, se oían los gritos de la persecución. Los hombres-monos se refugiaron en su ciudad arbórea, pero desde allí también fueron desalojados. Cuando llegamos, fuimos testigos de la escena final.

Ochenta o cien machos, los últimos sobrevivientes, habían sido empujados por el claro que conducía al borde de la meseta que fuera escenario

de nuestra hazaña dos días antes. Los indios, formando un semicírculo de lanzas, se habían cerrado a su alrededor, y en un minuto concluyó todo. Treinta o cuarenta antropoides murieron donde estaban, y los demás, gritando y manoteando, fueron arrojados sobre el precipicio, tal como habían hecho durante años con sus prisioneros, y cayeron sobre los agudos bambúes doscientos metros más abajo.

Fue como Challenger había anticipado.

El reino del hombre quedaba asegurado para siempre en la Tierra de Maple White.

Los machos fueron exterminados, y las hembras y cachorros, prisioneros, quedaron condenados a vivir en esclavitud.

La rivalidad de incontables siglos llegó a su sangriento final.

Para nosotros, la victoria trajo incontables ventajas. Una vez más pudimos visitar nuestro campamento y tener acceso a nuestras provisiones. Una vez más pudimos comunicarnos con Zambo, que había asistido aterrorizado al espectáculo de ver caer, desde la distancia, una avalancha de monos.

-¡Vengan, amos, vengan! -gritó-. ¡El diablo los atraparé si siguen allí!

-Esa es la voz de la cordura -comentó Summerlee sinceramente-. Hemos tenido ya suficientes aventuras, que no se adecuan ni a nuestros temperamentos ni a nuestra posición en el mundo. Le recuerdo su palabra, Challenger. Desde ahora en adelante, debe usted dedicar sus energías a lograr que salgamos de este horrible territorio y regresemos a la civilización.

CAPÍTULO 15

LA FUGA

Escribo esto día por día, pero confío en que, antes del fin, pueda decir que la luz brilla de nuevo tras nuestras nubes.

Debemos permanecer aquí, y por el momento no distinguimos ninguna posibilidad de salir. No obstante, creo que llegará algún día en que nos alegremos de haber permanecido más tiempo, para ver más de las maravillas de este singular sitio y de las criaturas que lo habitan.

La victoria de los indios y la aniquilación de los hombres-monos marcó el punto en que cambié nuestra suerte. Desde entonces, éramos en verdad amos y señores de la meseta, ya que los nativos nos miraban con una mezcla de temor y gratitud, pues

nuestros extraños poderes los habían ayudado a terminar con el hereditario enemigo.

Por su propia tranquilidad, tal vez, hubieran deseado vernos partir, pero no habían sugerido ninguna manera por la cual pudiéramos regresar a la llanura.

Alcanzamos a entender, por sus gestos, que había existido alguna vez un túnel por el cual podía llegarse allá abajo, cuyo extremo inferior habíamos visto. A través de ese túnel, tanto hombres-monos como indios, en distintas épocas, ingresaron al mundo de la meseta, y por allí mismo entraron Maple White y su compañero.

Sólo un año atrás, no obstante, un terrible terremoto destruyó la parte superior del paso. Los indios ahora sólo podían sacudir la cabeza y encogerse de hombros cuando expresábamos por señas nuestros deseos de descender.

Dos día después de la batalla, regresamos a través de la meseta, a vivir en las inmediaciones de las cuevas. Fuimos invitados a compartir las cavernas, pero Lord John insistió en que montáramos nuestro campamento al pie del risco interior, considerando que, de estar en las cavernas, quedaríamos a disposición de los indios si llegaban a intentar traicionar-

nos. En consecuencia, mantuvimos nuestra independencia, y conservamos las armas preparadas para cualquier emergencia.

Visitábamos continuamente las cavernas, lugares notables que no pudimos determinar a ciencia cierta si habían sido construidas por la mano del hombre o por obra de la naturaleza.

Estaban todas en el mismo estrato, entre el basalto volcánico que formaba el risco, por arriba, y el duro granito como base.

Las bocas estaban a casi seis metros sobre el suelo, y se llegaba a ellas por medio de escaleras talladas en la montaña, tan angostas y empinadas que ningún animal podía subir por ellas. Eran tibias y secas, extendiéndose en rectos pasajes de largos variables, por el interior del risco. Las suaves paredes grises mostraban excelentes pinturas ejecutadas con ramas carbonizadas, que representaban a los distintos animales de la meseta. Si toda la vida que actualmente existía en la Tierra de Maple White desapareciera, el futuro explorador encontrará en las paredes de estas cavernas amplia evidencia de la fauna que la pobló: dinosaurios, iguanodontes, peces-lagartos...

Cuando supimos que los grandes iguanodontes eran mantenidos como manadas domésticas, concebimos que el hombre, aun con sus armas primitivas, había establecido su primacía en la meseta, pero pronto descubriríamos nuestro error.

Fue en el tercer día desde que acampamos cerca de las cavernas. Challenger y Summerlee habían salido juntos rumbo al lago donde algunos de los nativos, bajo su dirección, se ocupaban de arponear ejemplares de los grandes lagartos. Lord John y yo permanecimos en el campamento, y una gran cantidad de indios se movía por la herbosa colina, en distintas ocupaciones. De pronto se oyó un agudo grito de alarma, y la palabra "Stoa" resonó en miles de bocas. Desde todos los rincones, hombres, mujeres y niños corrían en busca de refugio, trepando por las escaleras desesperadamente.

Mirando hacia arriba, los vimos agitar las manos entre las rocas, llamándonos para que nos refugiáramos. Recogimos nuestros rifles de repetición y corrimos a ver en qué consistía el peligro. Entonces, desde la arboleda próxima, emergió un grupo de doce a quince indios corriendo con visible terror, seguidos desde cerca por dos de aquellos horribles monstruos que habían rondado nuestro campa-

mento y me habían perseguido en mi solitaria expedición. Su forma era la de escuerzos, y se movían en una sucesión de saltos, pero su tamaño superaba al del más grande de los elefantes. Nunca los habíamos visto, excepto de noche, ya que en realidad son animales de hábitos nocturnos, salvo casos en que, como el presente, eran molestados en sus madrigueras.

Tuvimos poco tiempo para mirarlos, pues en un instante alcanzaron a los fugitivos y estaban realizando una bestial matanza entre ellos. Su método era dejarse caer sobre cada uno, dejándolo aplastado, destruido, para saltar luego sobre otro. Los malhadados indios gritaban de terror, pero estaban indefensos ante la implacable determinación de aquellos monstruos.

Uno tras otro cayeron bajo su peso, y no quedaba sino media docena de sobrevivientes, cuando mi compañero y yo pudimos acudir en su ayuda, pero ésta fue de poco valor, y nos envolvió en el mismo peligro. A la distancia de un par de cientos de metros vaciamos nuestros cargadores, disparando bala tras bala contras las bestias, pero con igual resultado que si les hubiéramos arrojado bolitas de papel. Sus lentos reflejos de reptiles no les hacían reaccionar

ante los impactos, y la falta de un centro cerebral especial, ya que esta función estaba distribuida en varios puntos a lo largo de su médula, impedía que fueran víctima de las armas modernas. Todo lo que podíamos hacer era detener su actividad y distraerlos para permitir tanto a los nativos como a nosotros mismos contar con tiempo como para trepar al refugio de las cavernas. Pero donde las balas cónicas del siglo veinte no eran de utilidad, las flechas envenenadas de los nativos resultaron exitosas. El veneno que utilizaban no servía al cazador, pues en la lenta circulación sanguínea de las bestias tardaba en producir efectos los suficientes como para que el animal destruyera al hombre antes de morir. Pero ahora, mientras los dos monstruos nos perseguían hasta las escaleras, una lluvia de dardos cayó sobre ellos, que, sin demostrar ningún dolor, continuaron tratando de alcanzarnos, trepando torpemente por las escaleras para caer a los pocos metros una y otra vez. Pero finalmente el veneno actuó. Uno de ellos emitió un profundo rugido y dejó caer la enorme cabeza sobre el suelo. El otro se revolcó en un círculo excéntrico, gritando un agudo lamento y luego se retorció agonizante varios minutos hasta que por último permaneció inmóvil, rígido.

Con gritos de triunfo los indios rodearon a los animales en una danza de celebración. Dos más de sus peligrosos enemigos habían perecido.

Aquella noche cortaron en trozos y retiraron los cadáveres, no para comerlos, pues el veneno continuaba siendo activo, sino para evitar la pestilencia. Sin embargo, los grandes corazones, cada uno grande como una almohada, continuaron latiendo allí, lenta y firmemente, con un suave movimiento, en una demostración horrible de vida independiente. Recién al tercer día los ganglios perecieron y aquellas horrendas cosas se inmovilizaron.

Algún día, cuando cuente con mejor mesa que un cajón de conservas y herramientas más adecuadas que un gastado trozo de lápiz y una libreta de apuntes ajada, escribiré una más detallada descripción de los indios accala, de nuestra vida entre ellos y de los pantallazos que alcancé a percibir de las extrañas condiciones de la vida en la pasmosa Tierra de Maple White. La memoria, por lo menos, nunca me fallará, pues mientras agite en mí un hálito de vida, cada hora, cada movimiento de ese período permanecerá imborrable.

En su oportunidad describiré las maravillosas noches a la luz de la luna en el lago central, cuando

un joven ictiosaurio, extraña criatura mitad foca, mitad pez, con ojos cubiertos por hueso y un tercer ojo fijo en el centro de la cara, caería en las redes de un indio. Las noches en que una verde serpiente de agua se irguió entre los juncos y arrastró en su curvado cuerpo al timonel de la canoa de Challenger...

Hablaré también de la gran cosa nocturna, que hasta ahora no sabemos si era una bestia o un reptil, que vivía en un nauseabundo pantano al este del lago y brillaba con suave fosforescencia en la oscuridad. Los indios estaban tan aterrorizados de ella que se negaban a acercarse a aquel lugar, y a pesar de haber intentado dos veces llegar hasta ella, no pudimos pasar a través del profundo marjal en que habitaba.

Igualmente, contaré del extraño corredor, como una avestruz gigantesca y cabeza de cuervo, que persiguió en una oportunidad al profesor Challenger. Esa vez, las armas modernas fueron de utilidad, y el animal, un phororachus, según nuestro jadeante pero entusiasmado profesor, cayó bajo las balas del rifle de Lord John.

Sobre todo esto escribiré en detalle, comentando también las maravillosas tardes de verano en que,

con el cielo azul sobre nosotros, observábamos la extraña fauna y flora que poblaba aquella meseta.

Las maravillosas y hasta entonces desconocidas flores, los arbustos con deliciosas frutas...

Pero, se preguntarán ustedes, ¿por qué estas demoras, esta pérdida de tiempo, cuando deberíamos estar ocupados día y noche en procura de algún medio para regresar al mundo exterior? Mi respuesta es que ninguno de nosotros cesó de pensar y trabajar sobre ese problema, pero todo en vano. Un hecho se nos hizo inmediatamente evidente: los indios no harían nada por ayudarnos. Cuando sugeríamos que nos ayudaran a arrastrar un árbol que sirviera de puente sobre el abismo, o que nos dieran cintas de cuero o lianas para trenzar sogas que nos sirvieran para igual fin, encontrábamos siempre una afable pero invencible negativa. Sonreían, guiñaban sus ojos, sacudían la cabeza, y allí quedaba todo. Aun el anciano jefe nos recibía con igual negativa obstinada, y sólo Maretas, el joven que habíamos salvado, nos miraba con gestos que demostraban que estaba apenado por nuestros deseos. Desde su triunfo contra los hombres-monos, nos consideraban superhombres que llevábamos la victoria en los tubos de las extrañas armas, y creían que, mientras

permaneciéramos con ellos, la fortuna les sonreiría. Incluso, se nos ofreció una esposa y una cueva a cada uno si decidíamos permanecer allí.

Hasta entonces, todo había sido simple, pero decidimos mantener secretos nuestros planes pues teníamos sobradas razones para suponer que en última instancia nos obligarían a quedarnos en la meseta utilizando la violencia.

A pesar del peligro de los dinosaurios, que sólo es grande durante la noche, pues, como ya comenté, tienen hábitos nocturnos, en dos oportunidades durante las últimas tres semanas llegué hasta nuestro antiguo campamento para ver si Zambo continuaba montando guardia al pie del risco. Mis ojos se esforzaban en vano tratando de ver en la gran planicie la ayuda que esperábamos, pero los llanos sembrados de cactus se extendían vacíos y desnudos, hasta la distante línea de bambúes.

-¡Pronto vendrán, amo Malone! ¡Antes que pase otra semana vendrá el indio con la soga y lo ayudaremos a bajar! -gritaba invariablemente nuestro excelente Zambo.

En mi segunda visita al campamento, tuve una curiosa experiencia que hizo que pasara una noche lejos de mis compañeros. Regresaba por el sendero

tantas veces recorrido, cuando en las proximidades del pantano de los pterodáctilos vi que se me aproximaba un hombre que caminaba dentro de una especie de jaula hecha con cañas dobladas, de forma acampañada. Al aproximarme vi con sorpresa que se trataba de Lord John Roxton, que, saliendo de debajo de aquella curiosa forma de protección, se me acercó riendo, si bien con aspecto confuso.

-Bin, mí joven amigo, ¿quién hubiera pensado en encontrarlo aquí?

-¿Qué está haciendo?

-Visitando a mis amigos, los pterodáctilos -repuso.

-Pero, ¿por qué?

-¿No cree que son animales interesantes? Insoportables, rudos con los extraños, como recordará; por eso es que preparé esta defensa, pero en verdad, muy interesantes.

-¿Y qué busca usted en el pantano? -Insistí. Me miró con ojo inquisidor, y su expresión evidenciaba cierto desasosiego.

-¿No cree usted que otras personas, aparte de los profesores, pueden tener interés en aprender cosas? Estoy estudiando a estos animales. Esto debe bastarle.

-Bueno..., no quise ofenderlo.

Recuperó su buen humor.

-No lo hizo. No se preocupe. Quiero cazar un pichón de esos demonios para Challenger. Ese es uno de mis propósitos... No, no necesito compañía. Estoy bien protegido en esta jaula, pero usted no. Hasta luego. Regresaré al campamento al anochecer.

Se volvió, y lo dejé vagando por el bosque dentro de su extraña jaula.

Si el comportamiento de Lord John había sido extraño, el de Challenger lo superaba. Puedo decir que parecía poseer una extraordinaria fascinación entre las mujeres indias, y llevaba siempre una larga rama de palmera con las que las espantaba, como si fueran moscas, cuando su atención se volvía demasiado pesada. Resultaba extremadamente grotesco verlo caminar como un sultán de opereta, con tan extraño cetro en la mano, su negra barba erizada y un grupo de muchachas indias detrás, cubiertas con sus livianos vestidos de fibras de cortezas de árboles. En cuanto a Summerlee, estaba absorto en la vida de los insectos y aves de la meseta, y pasaba todo su tiempo limpiando y montando ejemplares, excepto la considerable parte del día en que insulta-

ba a Challenger por no ser capaz de sacarnos de nuestro auxilio.

Challenger había caído en el hábito de caminar solo todas las mañanas, para regresar de vez en cuando con portentosa solemnidad, como quien debe soportar todo el peso de una gran empresa sobre sus hombros. Un día, seguido de sus devotas adoradoras, nos condujo a su oculto taller, revelándonos el secreto de sus planes.

El lugar era un pequeño claro en el centro del palmar. Allí había uno de los lodosos géysers que ya he descrito, a cuyo alrededor se encontraban apilados muchos trozos de cuero de iguanodonte, y una gran membrana plegada, que resultó ser el estómago seco y limpio de uno de los grandes peces-lagartos del lago. Esta gran bolsa había sido cosida en un extremo, y en el otro tenía solamente un pequeño orificio, por donde se habían insertado varias cañas de bambú que estaban conectadas con embudos cónicos de arcilla que recogían el gas que burbujeaba en el fango del geysers. Pronto el flácido órgano comenzó a expandirse lentamente, con tendencia a elevarse. Challenger lo retuvo ajustando las cuerdas que lo sostenían, atadas a los árboles de alrededor del claro. En media hora se formó un

gran globo de gas que tiraba hacia arriba con fuerza. Challenger sonreía y mesaba su barba en silencio, con el aire de satisfacción con que un padre muestra a su primogénito.

Summerlee fue el primero en romper el silencio..

-No pretenderá que nosotros subamos a eso, Challenger.

-Lo que pretendo, mi querido Summerlee, es darles una demostración de la fuerza ascensional de este globo, que hará que suban ustedes sin ningún temor.

-Puede sacarse desde ya esa idea de la cabeza. Nada en el mundo me inducirá a cometer tal tontería. Lord John, confío en que usted no respaldará esa locura.

-Muy ingenioso, diría yo -comentó Lord John-. Me gustaría saber cómo funciona.

-Lo verá, lo verá -repuso Challenger-. Hace varios días que estoy aplicando el esfuerzo de mi cerebro a resolver el problema de nuestro descenso. Ya ha quedado demostrado que no podemos hacerlo por las paredes del risco, y que no hay ningún túnel. Tampoco podemos construir un puente que nos permita cruzar hasta el pináculo por donde vinimos. Hace tiempo señalé que estos géyseres desprenden

hidrógeno libre, lo que naturalmente me indujo a pensar en un globo. Me sentí en un principio incapaz de descubrir algún tipo de envoltura para encerrar el gas, pero al contemplar las enormes entrañas de estos reptiles, encontré lo que buscaba. ¡He aquí el resultado!

Con una mano asida al frente de los harapos de su chaqueta, extendió la otra señalando la obra de su ingenio, que en estos momentos aparecía completamente inflada, tirando con fuerza de sus ataduras.

-¡Locura de verano! -exclamó Summerlee.

Lord John estaba encantado con la idea.

-Notable, ¿verdad? -susurró en mi oído, y luego elevó la voz.

-¿Y no tiene barquilla?

-Ese será el próximo paso -explicó Challenger-. Ya he planeado cómo sostenerla. Mientras tanto, les mostraré cómo, con ayuda de este globo, descendemos uno por uno perfectamente, como con un paracaídas, y el globo será recuperado cada vez. Basta con demostrar que puede soportar el peso de uno de nosotros y descender suavemente, lo que haré al instante.

Recogió un trozo grande de basalto, estrechado en el centro de modo de poder asegurar una cuerda,

que era precisamente la que habíamos traído con nosotros a la meseta. Tenía más de treinta metros de largo y, si bien era delgada, resultaba muy fuerte. Además, había preparado una especie de collar con muchas tiras de cuero colgando alrededor, que colocó sobre el globo uniendo por debajo del mismo las bandas colgantes, a las que ató el trozo de basalto. Quedó sobrando un trozo de sogá, que Challenger enrolló alrededor de su brazo.

-Ahora les demostraré la fuerza de este globo.

Y así diciendo, cortó con un cuchillo las correas que lo retenían.

Nunca estuvimos más cerca del peligro de una completa aniquilación. La membrana inflada partió con gran velocidad y en un instante Challenger fue arrastrado tras ella. Tuve apenas tiempo de arrojar-me a su cintura, que ceñí con mis brazos, pero pronto mis pies también se agitaron en el aire. Lord John me tomó de los pies, pero pronto él mismo flotaba sobre el suelo. Tuve una momentánea visión de cuatro aventureros hamacándose en el aire como una tira de salchichas, pero felizmente la resistencia de la sogá era limitada. Se oyó un seco crujido y caímos en desordenado montón. Cuando pudimos

incorporarnos, se veía lejos en el cielo un punto negro que se alejaba a gran velocidad.

-¡Espléndido! -gritó impávido Challenger, fro-tándose un brazo-. ¡Una demostración exitosa! Les prometo que dentro de una semana tendré prepara-do otro globo que podrán ustedes utilizar con toda seguridad y confort como primera etapa de nuestro viaje de regreso.

Hasta ahora he escrito mi narración a medida que se iban produciendo los distintos aconteci-mientos.

Desde este momento, completaré la historia des-de el antiguo campamento, donde Zambo los espe-ró tanto tiempo, ya detrás todas las dificultades y peligros vividos sobre esa áspera meseta que se ele-va por sobre nuestras cabezas. Descendimos sin inconvenientes, si bien de modo inesperado, y todo está bien ya. Dentro de seis semanas o un par de meses, nos encontraremos nuevamente en Londres y es posible que esta carta no llegue mucho antes que nosotros.

Nuestros corazones palpitan de gozo ante el in-minente regreso, y nuestros espíritus ya vuelan a In-glaterra, hacia nuestra vieja ciudad, que nos es tan querida.

La misma tarde de nuestra peligrosa aventura con el globo casero de Challenger, cambié nuestra suerte.

Comenté que la única persona que había manifestado en cierto modo simpatía por nuestros intentos de descender, era el joven jefe que rescatamos de los hombres-monos. En su expresivo lenguaje de signos, nos hizo comprender que no deseaba retenernos en su extraña tierra contra nuestros deseos. Aquel atardecer llegó a nuestro campamento y me entregó un rollo de corteza de árbol. Luego solemnemente señaló la fila de cuevas sobre nuestras cabezas y, poniendo un dedo sobre sus labios como indicándome la necesidad de conservar un secreto, se alejó.

Llevé el trozo de corteza a la luz de la hoguera y lo examinamos juntos. En el interior, se veía un singular diseño, que reproduzco:

Estos trazos estaban perfectamente delineados en carbonilla sobre la blanca superficie.

-Cualquier cosa que sea, me atrevo a asegurar que es importante para nosotros -dije-. La expresión de su cara cuando me lo entregó, indicaba eso sin lugar a dudas.

-Es seguro que se trata de algún tipo de escritura -indicó Challenger.

-Me parece más bien un acertijo... -comenzó a decir Lord John, que súbitamente extendió la mano y recogió el trozo de corteza.

-¡Por Dios! Creo que lo tengo. ¡Miren! ¿Cuántas marcas hay aquí? Dieciocho. ¿Cuántas son las cavernas del risco? Dieciocho, también.

-Señaló hacia allá, precisamente, cuando me dio eso -acoté.

-Bien, resuelto, entonces. Este es un mapa de las cavernas. Dieciocho en total, todas en fila, algunas cortas, otras profundas. Unas rectas, otras se bifurcan. Exactamente como las vimos. Este es un mapa y aquí hay una cruz que señala una que es mas profunda que las demás.

-¡Una que da al exterior! -exclamé.

-Creo que tienen razón -convino Challenger-. Si esa caverna no da al exterior, no comprendo por qué esta persona, que tiene motivos para querernos bien, nos habría llamado la atención al respecto.

-¡Treinta metros! -gruñó Summerlee.

-Nuestra sogá tiene todavía más de treinta metros de largo -interrumpí-. Con toda seguridad podremos utilizarla.

-¿Y qué haremos con los indios que habitan la cueva? -continuó objetando Summerlee.

-No está habitada. Si recuerdan bien, estas cavernas son utilizadas como depósito. ¿Por qué no vamos ahora mismo y damos una ojeada?

En la meseta crece una planta bituminosa, una especie de araucaria, que los indios utilizan como antorchas. Cada uno de nosotros recogió un haz de sus ramas, y subimos por los escalones que daban a aquella caverna, que estaba vacía como supusimos, con excepción de algunos enormes murciélagos que salieron volando asustados.

Como no deseábamos atraer la atención de los indios, tropezamos con las paredes, a oscuras, hasta que nos sentimos suficientemente internados como para que la luz de las antorchas no fuera visible, y al encenderlas, nos encontramos en un hermoso túnel, de paredes secas, con suaves paredes grises cubiertas de dibujos. Nos apresuramos en nuestra marcha, hasta que de pronto nos vimos obligados a detenernos, con una exclamación de desaliento: una lisa pared de roca cerraba el paso. Nuestros corazones desfallecieron.

-No se preocupen, mis amigos -dijo el indomable Challenger-. Todavía quedan mis globos.

-¿Estaremos equivocados? ¿Se tratará de otra caverna?

-No. La segunda desde la izquierda. Es ésta. No nos hemos equivocado -contestó Lord John, señalando el mapa.

Miré la marca que señalaba su índice y grité de alegría:

-¡Creo que lo tengo! ¡Síguenme! ¡Síguenme!

Recorrí lo andado, antorcha en mano.

-Aquí las encendimos -comenté, señalando algunos fósforos en el suelo.

-Así es.

-Bien, el mapa indica que se trata de una caverna bifurcada, y en la oscuridad pasamos por alto el punto de bifurcación. Saliendo, a nuestra derecha, encontraremos el brazo más largo.

Así fue. Habíamos recorrido una veintena de metros cuando encontramos una segunda ramificación del túnel, por la que continuamos la marcha con impaciencia. Tras varios cientos de metros por aquel túnel oscuro, alcanzamos a divisar un brillo rojo. Parecía que una gran llama constante cruzaba el pasadizo, cerrándonos la marcha.

Continuamos avanzando. Ningún sonido, ningún movimiento. No se percibía calor, pero la gran

cortina luminosa se alzaba delante de nosotros haciendo brillar la arena del piso hasta que, al aproximarnos más, vimos que tenía un borde circular.

-¡La luna! ¡Por Dios! -gritó entusiasmado Lord John-. Hemos cruzado, muchachos. ¡Hemos cruzado!

Efectivamente, era la luna llena que aparecía frente a la abertura de la caverna. Asomándonos por la boca de la cueva, pudimos convencernos de que, con la ayuda de la soga, nos resultaría fácil el descenso.

Con alegre ánimo regresamos al campamento para apresurar nuestra escapada.

Lo que debíamos hacer tenía que ser realizado rápida y secretamente, pues aún a estas horas de la noche los indios podrían descubrirnos y obligarnos a permanecer.

Resolvimos dejar nuestras provisiones, llevando únicamente nuestras armas y municiones. Pero Challenger insistió en llevar unos pesados bultos, así como cierto especial embalaje de cuya naturaleza me está prohibido hablar, que nos dio más trabajo que ninguno.

El día transcurrió lentamente, pero llegó la oscuridad y nos encontró dispuestos a partir. Con gran

trabajo logramos subir nuestro equipo y tras una última mirada sobre todo aquel paisaje nos despedimos de aquella tierra, nuestra tierra, como quedamos en llamarla. Pronto se vería visitada por cazadores, turistas, curiosos. Pero para cada uno de nosotros constituía un país de aventura, donde nos arriesgamos, sufrimos y aprendimos mucho.

A nuestra izquierda se abrían las bocas de otras cavernas, algunas de las cuales brillaban con rojos resplandores. Al pie del risco se oían las voces de algunos indios que reían y cantaban. Detrás estaban las primeras estribaciones boscosas, seguidas por el gran lago en que vivían extraños monstruos.

Mientras mirábamos todo esto, se oyó un grito fuerte, horripilante, el rugido de uno de los monstruos.

Era la voz de la Tierra de Maple White despidiéndonos.

Nos volvimos y penetramos por la caverna que nos conducirla de regreso a casa.

Dos horas más tarde todas nuestras pertenencias estaban ya al pie del risco, sin que tuviéramos otras dificultades que las producidas por los bultos que llevaba Challenger.

Dejamos todo allí y nos dirigimos al campamento donde nos esperaba Zambo.

Llegamos al amanecer para encontrarnos con la sorpresa de que no había allí un fuego encendido, sino una docena. La partida de rescate había llegado. Se encontraban con Zambo veinte indios del río, con estacas, sogas y cuanta cosa podía ser útil para construir un puente sobre el abismo.

Por lo menos, no tendremos dificultades ahora para llevar el equipaje mañana, cuando emprendamos el viaje rumbo al Amazonas.

Y así, humilde y agradecido, termino este relato. Nuestros ojos han visto grandes maravillas y nuestras almas se han fortificado ante lo que tuvimos que soportar. Cada uno de nosotros cuatro es ahora un hombre mejor, más profundo.

Si nos detenemos en Pará a reequiparnos, esta carta llegará a Londres con el barco que nos preceda. De no ser así, es probable que la reciba el mismo día en que yo tenga el placer de estrechar nuevamente su mano, mi estimado señor McArdle, lo que espero que sea muy pronto ya.

CAPÍTULO 16

¡UN DESFILE! ¡UN DESFILE!

Deseo hacer constar nuestro agradecimiento a todos nuestros amigos del Amazonas por la enorme bondad y hospitalidad con que fuimos recibidos en nuestro viaje de regreso. Particularmente, al señor Peñalosa y otros funcionarios del gobierno brasileño por los preparativos especiales con que nos ayudaron en el viaje, y al señor Pereira, de Pará, a cuyas previsiones debemos el poder contar con ropas adecuadas para reaparecer en forma decente ante el mundo civilizado.

Parecerá un flaco pago de toda esa cortesía que hayamos engañado a nuestros benefactores, pero bajo tales circunstancias no tuvimos otra alternativa, y mediante estas líneas les hago saber que sólo re-

presentará una pérdida de tiempo y dinero tratar de seguir nuestros pasos. Estoy seguro de que nadie, por muy diligentemente que estudie nuestra narración, podrá ni siquiera aproximarse al lugar de nuestras aventuras.

Por gran cantidad de razones, todas las cuales es seguro que encontrarán justificadas, queremos que continúe desconocido el sitio que fue escenario de los hechos aquí narrados.

La excitación causada en todas partes de Sudamérica que tuvimos que atravesar, imaginamos que sería por motivos puramente locales, y puedo asegurar a nuestros amigos en Inglaterra que no teníamos idea de la conmoción que causaba en toda Europa el rumor de nuestras experiencias.

Recién cuando el "Ivernia" estaba a quinientas millas de Southampton, los incontables telegramas de distintos periódicos y agencias de noticias ofreciendo altos precios por nuestras narraciones, nos demostraron cuánto se había consagrado la atención, no sólo del mundo científico, sino del público en general, en seguir nuestros pasos.

De todos modos, había quedado convenido entre nosotros en que nada se diría a la prensa hasta que nos reuniéramos con los miembros del Instituto

Zoológico, ya que, como delegados, era nuestro claro deber dar nuestra primera información al cuerpo del que habíamos recibido instrucciones de investigar.

Por lo tanto, aunque encontramos a Southampton lleno de gente de prensa, nos rehusamos terminantemente a hacer comentarios, de modo que la atención pública se enfocó en la reunión que tendría lugar en la tarde del 7 de noviembre, para la cual, el salón del Instituto Zoológico en que se había iniciado nuestra expedición, resultó demasiado pequeño.

La reunión fue programada para el segundo día después de nuestra llegada, a fin de permitirnos atender nuestros asuntos personales más urgentes.

De los míos, no quiero hablar todavía. Pienso que al alejarme de ellos, con el tiempo, podré pensar, y tal vez hablar al respecto con menor emoción.

He contado al lector al comienzo de esta narración, en qué consistían los motivos que me impulsaron a la acción. Es cierto, tal vez, que debo continuar esa narración y demostrar los resultados, pero todavía no ha llegado el momento en que no pueda ya evitar hacerlo.

Por lo menos, he sido partícipe de una aventura maravillosa, y no puedo menos que estar agradecido a la fuerza que me llevó a ello.

Y ahora vuelvo al supremo momento de todas nuestras aventuras. Mientras me esforzaba por encontrar una forma adecuada de describirlo, mis ojos cayeron sobre la edición de mi propio periódico de la mañana del 8 de noviembre con el completo y excelente relato de mi amigo y colega MacDonal. Lo mejor que puedo hacer es transcribir su narración. Admito que el diario exageraba un poco, especialmente por su propia participación en la empresa a través de un corresponsal especial, pero los demás periódicos importantes eran apenas un poco menos exuberantes en su narración. Así fue cómo el buen Mac informó:

"EL NUEVO MUNDO"

"GRAN REUNIÓN EN QUEEN'S HALL"

"ESCENAS TUMULTOSAS"

"EXTRAORDINARIOS INCIDENTES"

"¿QUÉ ES ESO?"

"MOTÍN NOCTURNO EN REGENT
STREET"

La muy discutida reunión del Instituto Zoológico, citada para escuchar el informe de la comisión

investigadora enviada el año pasado a Sudamérica para verificar las manifestaciones del profesor Challenger sobre la continuación de la existencia de vida prehistórica en aquel continente, se llevó a cabo anoche en Queens Hall, y puede, decirse que constituirá un hito en la historia de la ciencia, pues su desarrollo fue sensacional, así que nadie de los presentes podrá jamás olvidarla.

Las invitaciones estaban limitadas a los miembros y sus amistades, pero este término es elástico, y mucho antes de las ocho, hora fijada para la iniciación, todos los rincones del gran salón estaban atestados. El público en general, que por motivos no justificables se consideró excluido sin razón, se reunió ante las puertas, terminando por invadir la sala. Los miembros de la prensa se vieron obligados a agruparse en un rincón del escenario, cerca del grupo de científicos de todo el mundo allí congregados.

La aparición de los cuatro exploradores no necesita ser descripta, ya que las fotografías publicadas muestran el entusiasmo con que fueron recibidos.

Cuando el silencio se restauró y el público volvió a ocupar sus asientos, fueron presentados por el director de la reunión, Duque de Durham. Luego se

incorporó el profesor Summerlee, cuya narración no reproduciré, ya que concuerda con la que, en forma detallada, publica este periódico en sus columnas como un suplemento, y proveniente de la pluma de nuestro propio corresponsal especial.

Tan sólo diré que, después de describir la forma en que se originó el viaje, rindió un adecuado homenaje al profesor Challenger, al que agregó sus disculpas por la incredulidad con que sus afirmaciones, ahora totalmente confirmadas, habían sido recibidas anteriormente.

Describió someramente el viaje; comentó las dificultades con que tropezaron.

La narración efectuada mantuvo a la multitud en completo silencio, absorta ante la descripción de aquellos animales, plantas y seres humanos encontrados durante la expedición.

Finalmente, describió, entre ciertas risas, la ingeniosa, si bien llena de peligros, invención aeronáutica del profesor Challenger, terminando su notable discurso con una reseña del método por el cual encontraron el camino de regreso al mundo civilizado.

Se creyó que la reunión habría terminado en ese punto, tras un voto de aplauso y agradecimiento iniciado por el profesor Sergius, de la Universidad

de Upsala, que fue inmediatamente aprobado y puesto en práctica. No obstante, era evidente que los acontecimientos no estaban destinados a desarrollarse sin asperezas.

Durante el discurso del profesor Summerlee se notaron síntomas de oposición, y ahora el doctor James Illingworth, de Edimburgo, se irguió en el centro de la sala. Dijo que deseaba hacer una rectificación antes que se adoptara una resolución, y solicitó permiso para hacerlo. Al obtener autorización, se dirigió al público, pero fue interrumpido por el profesor Summerlee, que quiso dejar aclarado que Illingworth era su enemigo desde una controversia mantenida en las páginas del «Quarterly Journal of Science» sobre la verdadera naturaleza del batibio, pero el director del debate señaló la imposibilidad de tener en cuenta cuestiones personales.

El doctor Illingworth no fue bien oído, debido a la constante oposición de los amigos del grupo explorador. Muchos trataron de obligarlo a sentarse. Comenzó expresando su agradecimiento por el trabajo científico realizado por los profesores Challenger y Summerlee. Manifestó lamentar que pudiera advertirse algún prejuicio en sus comentarios, que estarían especialmente destinados a satisfacer su

deseo de lograr una científica demostración de la verdad. Su oposición, en resumen, era la misma que el profesor Summerlee había adoptado en la reunión anterior. En aquella oportunidad el profesor Challenger había hecho manifestaciones que Summerlee recibió con dudas. Ahora, el mismo Summerlee hacía declaraciones similares, y pretendía que se le creyera, sin más ni más. ¿Era esto razonable? (Se produjo una prolongada interrupción durante la cual desde el sector de la prensa se oyó al profesor Challenger solicitar autorización para echar a la calle a Illingworth.) Hacía un año, un hombre dijo ciertas cosas. Ahora, cuatro, hombres decían otras, más increíbles aún. ¿Debía esto constituir prueba final de la veracidad de todos ellos? Es cierto que los 97 cuatro eran hombres de carácter, pero la naturaleza humana es compleja... Aún los profesores pueden ser desencaminados por un deseo de notoriedad. Los cazadores pueden desear adquirir una posición que les permita despreciar a sus rivales, y los periodistas no son adversos a golpes sensacionales, en que la imaginación debe ayudar en mucho. a los hechos reales. Cada uno de los miembros del grupo explorador, según Illingworth, tenía motivos para mentir. ¿En qué consistían las pruebas aportadas?

¿Fotografías? En este siglo de ingeniosas manipulaciones, una fotografía no prueba nada. ¿Qué más? Se nos había contado una historia sobre sogas y cavernas que impedían llevar e ejemplares de la fauna gigantesca. Ingenioso, pero no convincente, prosiguió analizando Illingworth. Se ha dicho que Lord John Roxton manifestaba haber traído el cráneo de un Phororachus. Illingworth indicó con cierto sonsonete que le agradecería haber visto ese cráneo. En ese momento Lord John Roxton se incorporó pidiendo que le aclarara si pretendía llamarlo mentiroso.

El director del debate exigió orden, y solicitó al doctor Illinworth que concluyera sus comentarios y efectuara la modificación que quería introducir en la resolución.

A esto, Illingworth, propuso que, si bien debía agradecer al profesor Summerlee su interesante conferencia, todo el asunto debía ser considerado como no probado, y correspondía pasarlo a una comisión investigadora más numerosa y de ser posible, más digna de confianza.

No es necesario describir la confusión que se produjo. Una gran parte de los concurrentes expresaron su indignación. Se inició una pelea entre el

grupo de estudiantes que ocupaban los bancos posteriores, y lo único que impidió que se produjeran mayores incidentes fue la presencia de muchas damas en el recinto.

Repentinamente, el profesor Challenger se incorporó. Su apariencia especialmente dominante, y el imperioso ademán con que requirió silencio levantando una mano sobre la cabeza, dominaron al auditorio.

Logrado el silencio, se dirigió al público con las siguientes palabras: -Recordarán muchos de los presentes, que escenas similares a ésta se produjeron durante la anterior reunión, y que en aquella ocasión el profesor Summerlee fue el principal ofensor, si bien se muestra ahora contrito y apenado por aquello. He escuchado esta noche frases similares, pero mucho más ofensivas, provenientes de quien acaba de sentarse, y, si bien representa para mí un gran esfuerzo disminuirme para pensar desde el nivel mental del mismo, trataré de hacerlo para tratar de eliminar cualquier duda razonable que pueda quedar. No creo necesario señalar que si bien el profesor Summerlee habló esta noche en su carácter de delegado del Instituto ante la comisión de investigación, el principal iniciador de todo esto fui yo, y

sólo a mí corresponde el mérito de cualquier resultado positivo. Personalmente guié a estos señores hasta aquella meseta, les hice ver lo correcto de mis afirmaciones, y los traje de regreso. Precavido, no obstante, ante el resultado de mis anteriores declaraciones, no he venido desprovisto de pruebas que puedan demostrar sin lugar a dudas la veracidad de nuestras narraciones. Cómo lo explicó ya el profesor Summerlee, nuestras cámaras fueron destrozadas por los hombres-monos cuando asaltaron nuestro campamento y se arruinaron nuestros negativos. (Risas, gritos y comentarios como «¡Cuéntenos otra!» se oyeron en el fondo de la sala.) He mencionado a los hombres-monos, y puedo asegurarles que algunos de los sonidos que ahora percibo traen a mi mente el vívido recuerdo de aquellas criaturas. (Nuevas risas, en otros sectores.) A pesar de ello, conservamos cierto número de fotografías que demuestran las condiciones de vida sobre la meseta. ¿Se nos acusa de haberlas falsificado? (Una voz gritó «¡Sí!», y se produjo una larga interrupción, que concluyó con la expulsión de buen número de muchachos.) Los negativos fueron examinados por expertos. ¿Qué otra prueba tenemos? Ya ha quedado explicado que las circunstancias de nuestra huida

de la meseta nos impidió llevar grandes cantidades de equipaje, -pero tienen ustedes la posibilidad de observar la colección de mariposas e insectos del profesor Summerlee, que contiene muchas especies hasta ahora desconocidas. ¿No es esto evidencia?

«¡No!»-gritó alguien.

¿Quién es el que dijo eso? -preguntó Challenger.

El doctor Illingworth se incorporó, manifestando que lo que quería indicar era que tal colección pudo ser efectuada en cualquier sitio y que no tenía por fuerza que tratarse de una meseta prehistórica.

-Sin dudas, tiene usted razón, y me inclino ante su autoridad científica, si bien admito que su nombre no me resulta conocido -prosiguió Challenger-. Dejemos entonces de lado las fotografías y la colección entomológica. Me referiré a la variada y precisa información que traemos sobre puntos que hasta ahora no habían sido aclarados. Por ejemplo, los hábitos domésticos del pterodáctilo.

Una voz interrumpió, se oyeron gritos insolentes y se produjo otro tumulto.

-Decía que sobre los hábitos domésticos del pterodáctilo podemos ahora iluminar muchos puntos oscuros. Puedo mostrarles una fotografía que traigo

en el portafolios, de un pterodáctilo vivo, que los convencerá de que...

-Ninguna fotografía nos podrá convencer de nada -interrumpió el doctor Illingworth.

-Así es.

-Más allá de toda posibilidad de duda.

Fue en este momento cuando se produjo la sensación de la noche. El profesor Challenger levantó una mano, hizo una señal, y nuestro colega, el señor E. D. Malone, se incorporó alejándose hacia el fondo de la plataforma, de donde regresé en compañía de un gigantesco negro, llevando entre los dos una gran caja cuadrada, evidentemente muy pesada, que depositaron con suavidad frente al profesor Challenger. Este se inclinó, retiró la tapa de la caja y mirando a su interior chasqueó los dedos. Un instante después apareció una cosa horrible, que se acomodó sobre uno de los costados de la caja. Ni siquiera la espectacular caída del Duque de Durham pudo distraer la petrificada atención del público. La cara de aquel animal era como la más espantosa gárgola que la imaginación pueda concebir. Maliciosa, horrible, con dos pequeños ojos rojos que miraban malévolamente, su largo pico entreabierto mostrando la

doble fila de filosos dientes, era la fiel representación del diablo de nuestra niñez.

Dos damas cayeron en sus sillas sin sentido. Se oyeron gritos en toda la sala. Por un momento se corrió serio peligro de que se produjera un pánico colectivo.

El profesor Challenger levantó ambos brazos para dominar la confusión, pero este movimiento espantó al pterodáctilo, que extendió las alas y voló en círculos por Queen's Hall, aumentando la alarma.

-¡La ventana! ¡Cierren esa ventana!-gritó el profesor Challenger, pero ya era tarde.

El extraño ser se dirigió hacia el rectángulo luminoso, recogió sus tres metros de alas, y voló al exterior.

El profesor Challenger cayó en su silla con la cara entre las manos, en momentos en que toda la gente, tras un suspiro de alivio, comenzó a aplaudir unánimemente; la multitud se abalanzó sobre el escenario y levantó en andas a los cuatro héroes, que en vano procuraron liberarse.

-¡A Regent Street! ¡Un desfile! ¡Hagamos un desfile!

La escena en la calle fue extraordinaria. Una densa falange, cerrando las calles, avanzó por Regent

Street, Pall Mall, St. James Street y Picadilly. La zona de más denso tránsito de Londres se vio invadida por la larga procesión que seguía a los que portaban en hombros a los exploradores.

Recién después de medianoche fueron depositados en la entrada de las habitaciones de Lord John Roxton en el Albany y, tras cantar «Dios Salve al Rey», la muchedumbre se dispersó.

Así concluyó una de las más memorables noches que Londres ha vivido en muchos años.

De ese modo describió mi amigo MacDonal los acontecimientos.

Quiero agregar a ello una palabra sobre el destino corrido por el pterodáctilo. Nada de cierto puede decirse. Hay declaraciones de dos asustadas mujeres de que lo vieron parado sobre el techo de Queen's Hall durante varias horas. Al día siguiente, los diarios publicaron la noticia de que el soldado Miles, de guardia en Marlborough House, abandonó su puesto sin permiso y sería juzgado por la corte marcial. Según su declaración, dejó caer el rifle y huyó al ver al diablo volando delante de la luna. La corte no le creyó pero puede suponerse cuál fue el origen de su desertión.

Por último, se tuvo información de un vapor americano, el S. S. Friesland, de que se había visto pasar una forma extraña, como de un gigantesco murciélago, rumbo al sudoeste. Si la resistencia de vuelo igualó al instinto, es probable que el pterodáctilo no haya encontrado su fin en las vastedades del Atlántico.

Y Gladys... ¡oh, mi Gladys! La Gladys del místico lago que ahora se llamará Lago Central, pues nunca tendrá ella inmortalidad a través de mí. ¿Por qué no vi nunca una fibra dura en su naturaleza? ¿Cómo no comprendí que era un pobre amor el que impulsaba al ser amado hacia la muerte, o al peligro de sufrirla?

Permítanme contarle en pocas palabras.

En Southampton no recibí ningún telegrama, y llegué alarmado a la pequeña villa en Streatham alrededor de las diez de la noche. ¿Estaría viva o muerta? ¿Dónde estaban todos mis sueños de encontrarla sonriente, con brazos abiertos y frases de elogio para el hombre que había arriesgado la vida para satisfacerla?

Crucé el jardín y llamé a la puerta. Oí la voz de Gladys en el interior, hice a un lado a la mucama y entré.

Estaba sentada bajo una lámpara al lado del piano. De tres rápidos pasos llegué a su lado y tomé sus manos entre las mías.

-¡Gladys! -grité-. ¡Oh, Gladys!

-¿Qué ocurre? -exclamó.

-¿Gladys...? Tú eres Gladys, ¿verdad? ¿Mi pequeña Gladys Hungerton?

-No -repuso-. Soy Gladys Potts. Permíteme que te presente a mi esposo.

¡Cuán absurda es la vida! Allí me encontré, saludando mecánicamente a un hombrecillo de cabellos castaños que estaba ocupando la profunda poltrona que en una época estaba consagrada a mi uso personal.

-Papá nos deja estar aquí mientras terminan nuestra casa -dijo Gladys.

-¿Ah, sí? -repuse, confusa.

-¿No recibiste mi carta en Pará?

-No, no recibí ninguna carta.

-¡Oh, qué pena! Eso te hubiera aclarado todo.

-No te preocupes, todo está claro.

-Le he contado a William lo nuestro. No tenemos secretos. Lo siento, pero si no te hubieras ido..., pienso que si me hubieras amado realmente, no te hubieras ido, dejándome aquí sola.

El hombrecillo me invitó a tomar una copa.

-Siempre es así, ¿verdad? -comentó en tono confidencial-. Y seguirá así a menos que tengamos poligamia, sólo que al revés. ¿Me comprende?

Se rio como un idiota, mientras me dirigía a la puerta. Tuve un repentino impulso. Regresé encarándome a mi exitoso rival.

-¿Me puede contestar una pregunta?

-Si se trata de algo razonable... -repuso.

-¿Cómo lo hizo? ¿Buscó un tesoro escondido, descubrió un polo, sirvió en un barco pirata o voló a través del canal? ¿Dónde está el encanto novelesco? ¿Dónde?

-¿No cree que esto es un poco personal?

-Perdone. Una sola pregunta más: ¿qué hace usted? ¿Cuál es su profesión?

-Soy empleado de un procurador. Segundo ayudante en las oficinas de Johnson y Merivale, 41 Chancery Lane.

-¡Buenas noches! -me despedí, y como un desconsolado héroe con el corazón destrozado, me perdí en las tinieblas.

Permítanme una última escena antes de concluir.

La noche pasada cenamos en las habitaciones de Lord John Roxton y, unidos en amable camaradería,

charlando sobre nuestras aventuras. Es extraño ver en estos distintos escenarios las conocidas caras y figuras. Allí estaba Challenger, con su sonrisa condescendiente, sus párpados entrecerrados, mirada intolerante, su barba agresiva y saliente pecho. Summerlee con su corta pipa entre el bigote y la barba recortada. También estaba Lord John, siempre con el humor brillando en sus ojos azules, que miraban con aire divertido desde su cara de águila.

Tal es la última imagen de ellos que quiero conservar.

Después de la cena, Lord John manifestó su deseo de decirnos algo. Retiró una vieja caja de cigarrillos de un armario, y la depositó sobre la mesa.

-He aquí algo de lo que tal vez debí hablar antes, pero quería saber más antes de estar seguro. No vale la pena crear ilusiones vanas. Pero ahora tengo hechos, y no esperanzas. Recordarán ustedes el día en que encontramos el pantano de los pterodáctilos. Bien, algo en el terreno llamó mi atención. Se trataba de algo que tal vez ustedes no advirtieron. Me refiero a la arcilla azul en una veta volcánica.

Los profesores asintieron.

-Bien, sólo conozco otro lugar en el mundo con características similares. Es la Mina de Diamantes

De Beers, en Kimberley. Es decir, que inmediatamente de ver aquello pense en diamantes. Preparé aquella jaula para poder llegar al lugar sin peligro y pasé un día feliz con un azadón. He aquí lo que conseguí.

Abrió la caja de cigarros e, inclinándola, dejó caer veinte o treinta piedras, cuyo tamaño, variaba desde el de porotos hasta el de nueces.

-Tal vez crean que debí habérselo contado a ustedes. Estoy de acuerdo, sólo que yo sé que hay muchas trampas para los incautos, y que las piedras pueden ser de cualquier tamaño y carecer de valor. Las traje, en consecuencia, y el primer día de nuestro regreso llevé una a Spink y le solicité que la cortara y valuara.

De una caja de píldoras que llevaba en su bolsillo, extrajo el más hermoso diamante que he visto en mi vida.

-Este es el resultado. Cotiza todo el lote a un mínimo de doscientas mil libras esterlinas. Por supuesto, que lo repartiremos en partes iguales. No admitiré otra posibilidad. Bien, Challenger..., ¿qué hará usted con sus cincuenta mil libras?

-Si persiste usted en su generosa oferta, fundaré un museo privado.

-¿Y usted, Summerlee?

-Me retiraré de la enseñanza, para disponer de tiempo a fin de clasificar mis fósiles.

-Yo usaré mi parte -dijo Lord John-, para equipar una expedición e ir a visitar nuevamente la vieja meseta. En cuanto a usted, mi joven amigo, supongo que se casará...

-Todavía no -repuse con amarga sonrisa-. Creo que, si me lo permite, iré con usted.

Lord Roxton no contestó, pero su fuerte diestra se tendió hacia mí por sobre la mesa.